



LEGADO CORRUPTO

Una serie de NATHAN JERICHO



RAÚL
GARBANTES

Legado Corrupto
(Nathan Jericho investigador privado parte 3)

Raúl Garbantes

Copyright © 2017 Autopublicamos.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Autopublicamos
contacto@autopublicamos.com

Acerca de Raúl Garbantes:

Facebook: <https://facebook.com/autorraulgarbantes>

Twitter: <https://twitter.com/raulgarbantes>

Amazon: <https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Prólogo

En algún lugar no identificado de Estados Unidos, 1971

El futuro de las naciones se determinaba en lugares ocultos como ese y de manera extraoficial. No siempre los hombres más poderosos se correspondían con los rostros y nombres más conocidos. Es decir, quienes realmente tomaban las decisiones importantes que traerían consecuencias para el resto deliberaban en reuniones secretas entre desacuerdos y pocas palabras.

El salón en aquella ocasión era muy sencillo, aunque decorado con sobriedad. Uno de los presentes ofreció su casa de verano, que contaba con un amplio espacio idóneo para reuniones como esa, para presidir un banquete o celebrar un baile. Sin embargo, no había nada que anunciara celebración en los rostros de quienes se sentaban a lo largo de una gran mesa. Se llevaba a cabo una conversación privada con suficiente protocolo y confidencialidad, donde cada uno de los implicados se notaba ansioso y aburrido al mismo tiempo. El grupo que allí se reunía secretamente era conocido como los Conspiradores, y bajo esta denominación se reconocían mutuamente en tanto compartían objetivos similares con una motivación común: ser contrarios al Gobierno de Nixon e impedir la creación del Proyecto Enoch.

Se miraban unos a otros como si intentaran descifrar un enigma o como si alguno de ellos tuviera una máscara bajo la cual se ocultaba su verdadero rostro, o, para ser exactos, sus verdaderas intenciones. Cada uno tenía una agenda propia que respondía en mayor o menor medida con la agenda compartida que fundamentaba la reunión de ese día. Entre los invitados se encontraban personalidades de renombre como Gerald Ford, John Ehrlichman, David Young y Egil Krogh. En especial los tres últimos se mantenían como observadores silenciosos que solo intervenían cuando era preciso o si alguien les hacía una pregunta directa. Su presencia allí resultaba en extremo comprometedor, ya que se efectuaba a espaldas de Nixon, a cuyas órdenes desempeñaban cargos importantes. Cada uno de ellos tenía enemigos comunes o particulares que pagarían por la información sobre su asistencia para usarla en su contra. En ese sentido, aunque el ambiente reinante fuera bastante sosegado, era inevitable no reconocer cierta tensión disimulada en sus rostros.

En líneas generales, existía una sensación de natural nerviosismo entre los presentes, especialmente por parte de quienes desempeñaban cargos oficiales en la actual administración o eran personalidades públicas con una carrera política en ascenso. Su presencia respondía a intereses que no serían bien vistos por una parte de la Casa Blanca o por los miembros de los respectivos partidos a los que pertenecían, lo cual resultaba bastante peligroso. A la incertidumbre debía añadirse la constante paranoia de que alguien allí dentro sirviera a intereses desconocidos. Históricamente siempre existieron los dobles espías o los soplones. Cuando tantas voluntades individuales tan dispares entre sí pretenden alinear sus intenciones para alcanzar un mismo propósito, la posibilidad de que haya un cabo suelto o un elemento de descontrol que exponga una capa oculta bajo la aparente superficie del consenso es grande.

Después de un par de horas hablando, se atrevieron finalmente a profundizar en un tema que a la mayoría le preocupaba tanto como el futuro de la administración del presidente Nixon, y que en cierto modo guardaba relación con ello: el Proyecto Jericho. Por supuesto, se trataba de un punto álgido, ya que hacía referencia a sucesos que se remontaban hasta veinte años atrás, cuando el mundo estaba en guerra, las grandes naciones se enfrentaban, cualquier paz posible parecía un sueño lejano y el colapso total era un riesgo constante. Ahora se vivían tiempos de

aparente paz, en los que las guerras más importantes se libraban en salones elegantes con unos pocos privilegiados que cambiaban sus lealtades con la misma volatilidad con que el viento indicaba un nuevo clima.

A pesar de su antigüedad, el Proyecto Jericho era un tema principal en la agenda de reuniones desde hacía un par de años. Su importancia y efectos seguían generando situaciones que mantenían vigente la conversación, siendo imposible clasificarlo dentro del tipo de material confidencial que, una vez clausurado, se confina en un cajón solitario para que acumule polvo hasta que mueran todos los que alguna vez participaron. En este caso particular, la muerte de los implicados tan solo había conseguido que el Proyecto Jericho continuase generando preguntas, así como suscitando miedos entre quienes de alguna forma u otra intervinieron o llegaron a saber sobre su existencia.

Cada uno de esos muertos y desaparecidos, cuyos nombres estuvieron relacionados con el Proyecto Jericho, es mencionado durante la conversación. Nadie lamenta lo ocurrido, como si cada nombre fuera tan solo una cifra numérica que engrosa una predecible estadística sobre la cual se habla de una forma desapasionada. Son nombres destinados al olvido y que son mucho más útiles si se corresponden con un cadáver.

—Debemos ser muy cautos al respecto —recomendó uno de los asistentes—. Si alguien inicia un proceso de investigación que permita reconocer una relación entre estas muertes podríamos vernos en una situación comprometedor.

—Eso parece un escenario improbable —intervino otro—. El único factor que relaciona esas muertes es el Proyecto Jericho. Pero nadie a excepción de los presentes sabe sobre ese Proyecto. Y, por supuesto, los que todavía sobreviven entre quienes participaron en él. Sin embargo, estas personas son las que menos interés tienen en que alguien consiga relacionarlos con lo que allí ocurrió.

—No olvides a los niños que crecieron: Jericho y Damascus. Su grado de utilidad ha sido muy importante en los últimos años, pero eso no descarta que puedan representar un peligro para todos nosotros en el futuro.

Todos quedaron en silencio al escuchar la declaración de esta voz en particular. En este tema concreto la conversación es liderada por una figura cuya prominencia dentro del grupo de asistentes está definida por su poder, que es superior a cualquier gestión de gobierno anterior, posterior o actual gracias a que representa los intereses de su clase. El hombre en cuestión se conduce con la seguridad propia del que sabe el impacto que tienen sus palabras. Todos lo reconocen como uno de los hombres adinerados que son jefes de la cúpula de los Conspiradores y por lo tanto, a cada palabra que diga debe concedérsele una extrema atención. Imponente y elegante en sus gestos, es el tipo de persona influyente que prefiere permanecer en el anonimato, pero a quien deben consultársele las decisiones importantes que los rostros reconocibles del poder anunciarán después.

—Yo no me preocuparía tanto por ellos —acusó otro asistente que intervenía muy poco, solo cuando lo consideraba conveniente—. Ellos dos son los principales interesados en sepultar el Proyecto y destruir a cada persona que les hizo daño. Tienen una motivación más importante que el dinero o el poder: la venganza. Por supuesto, si en algún momento esta pasión que alimenta la rabia, gracias a la cual actúan conforme a nuestra voluntad, se llegara a desviar para volverse contra nosotros, entonces tomaremos medidas para neutralizarlos. Entretanto, nos conviene tenerlos de nuestra parte y recompensarlos por su excelente trabajo.

—No tendrían por qué volverse en nuestra contra —subrayó confiado alguien más—. Si

llegado el momento nos aseguramos de recompensarlos como es debido, con ello saldaremos cualquier deuda. Sin embargo, es evidente que ellos lo harían de todos modos sin necesidad de que nadie se los ordene. Por ahora los necesitamos, y quizá desde mucho antes del momento en que iniciemos nuestros planes.

—Ellos no trabajan para nosotros —recordó sarcásticamente alguien en su intervención—. Se ven a sí mismos como mercenarios que trabajan por su propia cuenta y responden a su agenda. Eso es peligroso. Saben demasiado, pero no les preocupa lo que realmente buscamos.

—No podría estar menos de acuerdo con cada una de las posiciones planteadas —afirmó el líder de los Conspiradores, que propuso el tema inicialmente—. Según los últimos reportes, nuestro contacto no ha hecho mención alguna sobre que debamos tener especial cuidado con ellos. No obstante, reitero la importancia de extremar nuestras precauciones. El problema de quienes se conducen por motivaciones excesivamente personales es que no son capaces de ver el cuadro completo. En ese sentido, a ellos no les importa tanto el futuro como a nosotros. Nuestro cuidado es no contradecir sus necesidades. Hasta ahora ha funcionado porque sus necesidades contradicen las nuestras. Ha sido un trabajo en equipo, aunque ellos crean formar el suyo al margen del nuestro. Ambos juegos no tendrían por qué ser incompatibles después de todo. Solo que ellos nunca comprenderán verdaderamente lo que hacemos. ¿Por qué habrían de hacerlo más allá de sus habilidades especiales y fuera de esa venganza particular que tanto les satisface? Nosotros en cambio estamos aquí por un propósito mayor. Y esa es una diferencia sustancial que siempre debemos tener en cuenta cuando lidiemos con ellos.

El jefe de los Conspiradores no demostró gran preocupación respecto a Jericho y Damascus, lo cual resultó reconfortante para quienes aún veían con recelo la participación que estaban teniendo hasta el momento. Tal como se dijera, para ninguno quedaba duda alguna de cuál era ese «propósito mayor» al que se refería el jefe de los Conspiradores: ¡El Proyecto Enoch no debía ocurrir bajo ningún concepto! De lo contrario de nada habría servido erradicar a los implicados en el Proyecto original. No son las personas las que representan un peligro, sino las ideas que sobreviven incluso cuando estas ya no se encuentran entre nosotros.

El Proyecto Enoch era la preocupación primordial en la agenda, aunque apenas se atrevieran a mencionarlo al principio de la reunión. Querían llegar cuanto antes a dicho tema, pero esperaban a que algún otro lo mencionara primero. Por supuesto, se trataba de un asunto en extremo delicado por su relación con el Gobierno de Nixon. Cuando se aludía a la necesidad de no permitir los avances del Proyecto Enoch, cuya pretensión consistía en continuar aquello que el anterior Proyecto no fue capaz de lograr, eso enseguida se traducía de una sola manera: acabar con la gestión de Nixon antes de que culmine su mandato.

Situaciones cruciales demandaban acciones inmediatas, y para que estas se llevaran a cabo debían llegarse a acuerdos tan pronto como fuera posible. En tiempos de paz, el Proyecto Enoch podría desenvolverse con mayor éxito y confidencialidad, amparado por una parte de la presidencia encabezada por Nixon junto con otro grupo de personas poderosas, quienes querrían retomar los experimentos para crear armas humanas que garanticen éxito ante una futura confrontación con Rusia o alguna otra potencia enemiga. Los Conspiradores tenían muy claro, a pesar de algunos desacuerdos en cuanto a los medios para lograrlo, que para detener los avances de este nuevo Proyecto debían adelantar los planes en contra de Nixon que ya se habían fraguado y discutido desde meses atrás. La contingencia daba paso a la acción. No había tiempo para esperar.

—¿Qué propones entonces? —preguntó Ford, uno de los más interesados en activar

cualquier plan que destruyera políticamente la gestión de Nixon—. ¿Debemos seguir esperando o ponemos en marcha lo que hemos discutido en otras sesiones?

Esta vez el líder de los Conspiradores, que había comenzado a hablar, decidió ponerse de pie. Era un hombre alto y de brazos largos. Este gesto conseguía que todos alzaran las cabezas y, en cierto modo, con esto resaltaba su autoridad por encima de ellos. Una jugada maestra cuando se trataba de dar una orden para la cual no querías escuchar objeciones ni estabas dispuesto a concederles crédito.

—El tiempo de esperar llegó a su fin —respondió el líder de los Conspiradores y la contundencia de su voz consiguió que algunos tragaran saliva desde sus asientos—. Propongo que demos comienzo a la Operación Diluvio.

Desde hacía varias sesiones se esperaba que alguien lo propusiera, y si bien gran parte de los presentes estaban de acuerdo con dar comienzo a la Operación, ninguno se había atrevido a formularlo. Así que cuando finalmente alguien la formuló abundaron las cabezas gachas y las miradas desconfiadas de un lado a otro. El jefe de los Conspiradores sonrió escrutando los rostros de cada uno de los presentes, esperando que alguien expresase alguna disconformidad al respecto o reiterase su apoyo total a la propuesta.

—¿Estás seguro? —preguntó tímidamente alguien de menor rango entre los asistentes—. Es una gran responsabilidad. Deberíamos someterlo a votación.

El jefe de los Conspiradores le dedicó una sonrisa maliciosa seguida de un suspiro hastiado antes de responder:

—Deberían estar más entusiasmados —observó—. Nos hemos reunido durante muchos meses para llegar a este momento. ¿Por qué no parecen alegres? Muchos de ustedes se beneficiarán directamente de los resultados de la Operación Diluvio si cumplimos con nuestros objetivos. Eso se traducirá en más poder y control del que nunca antes han tenido y del que nunca tendrán si Nixon sigue en el cargo. Pero por supuesto que haremos una votación. Para eso vivimos en la nación más democrática del mundo occidental. Esos son precisamente los valores que queremos preservar. Levanten la mano quienes están de acuerdo con que activemos la Operación Diluvio de inmediato.

No todos lo hicieron enseguida y en cambio esperaron ver algunas manos alzadas antes de unirse. La mayoría de los presentes estaban de acuerdo, incluidos Ford y aquellos que trabajaban en el gabinete de Nixon. Entre quienes no se encontraba el que propuso la votación por su aprobación.

—De acuerdo, una vez más la democracia ha triunfado —celebró el jefe de los Conspiradores con un dejo de cinismo—. Asumo que quienes no alzaron la mano consideran que aún debemos esperar y no que la Operación Diluvio sea inapropiada, ya que si eso es lo que piensan no comprendo qué hacen aquí.

Los señalamientos de esta declaración causaron que quienes se abstuvieron de levantar la mano bajaran la cabeza avergonzados, evitando las miradas que pesaban sobre ellos. Su objeción podría ser malinterpretada como un torpe paso en falso que demostraba inseguridad y falta de confianza en el grupo o, por otra parte y en el peor de los casos, levantaría sospechas sobre su fidelidad respecto a la Operación Diluvio. Lo cierto era que incluso aquellos que alzaron la mano, en tanto algunos lo hicieron dudosos y prácticamente sintiéndose obligados por miedo a ser interpelados, veían en la activación de esta Operación la posibilidad de muchos riesgos capaces de volverse en su contra.

Sin embargo, el jefe de los Conspiradores parecía muy seguro de su determinación para darle comienzo. Si bien cada uno de ellos albergaba sus dudas sobre si ese era el momento apropiado, la decisión con la que este sacó el tema a colación y luego propuso una votación para activarla sirvió como el impulso que necesitaban para confiar en algo que deseaban.

—Me parece excelente —declaró Ford—. Eso quiere decir que entramos oficialmente en la primera fase de la Operación, ¿no es cierto?

Enseguida comprendieron a qué se refería, pero esperaban a que el jefe de los Conspiradores confirmara la pregunta.

—Supones bien —apoyó—. Y para eso necesitaremos la ayuda de nuestros amigos en la Casa Blanca.

Tras decir esto señaló educadamente a Young, Krogh y Ehrlichman. Las miradas de los presentes se posaron enseguida sobre ellos y se sintieron muy intimidados. Si alguno hubiera querido retractarse sobre esa ayuda en particular que sugerían las palabras de quien presidía la reunión no tendría el atrevimiento de hacerlo. En lugar de una sugerencia parecía una orden directa, así que asintieron para dar a entender que estaban de acuerdo con lo dicho.

—Estupendo —celebró el jefe de los Conspiradores—. Queda constancia, bajo el testimonio de todos los aquí presentes y gracias a la mediación de nuestros colaboradores, que a partir de hoy se pondrá en marcha la primera fase de la Operación Diluvio: la formación de los «fontaneros de la Casa Blanca». Para ello contaremos también con la participación de Daniel Ellsberg, quien preparará los «papeles» para su posterior filtración.

La sensación de que ya no habría vuelta atrás se instauró en el elegante salón como una sentencia. La «filtración de los papeles» implicaba la inclusión del Pentágono, por lo que resultaba una movida peligrosa capaz de desembocar en una jugada maestra o en un estrepitoso fracaso. Sin embargo, cada paso fue planeado con antelación y contaban con personas altamente calificadas para cumplir a la perfección cada fase. Si algo salía mal no sería por ineptitud, sino por culpa de un delator. Siempre existía esa probabilidad, pero debían esforzarse en confiar los unos en los otros en la medida de lo posible.

La reunión se dio por terminada. Quienes hubiesen querido discutir un poco más sobre el rol que desempeñaban sujetos como Jericho o Damascus no obtuvieron las respuestas que habrían deseado. Si bien hasta ahora ambos hombres resultaron altamente beneficiosos para los objetivos de los Conspiradores, todavía existían muchas preguntas sobre cómo los usarían en el futuro. El problema con sujetos renegados como ellos era su impredecibilidad, por muy útiles que fueran en primera instancia. No eran la clase de personas que se dejaban comprar fácilmente si esto contradecía sus motivaciones. Hacía falta también resolver el «pago» que podrían darles para que se retiraran sin dejar rastro de su comprometedor participación.

No obstante, nadie volvió a traer el tema de Jericho y Damascus a colación. Por lo tanto se dio por sentado que ya no quedaba ningún asunto pendiente hasta la próxima sesión, cuando seguramente empezarían a discutir sobre los avances que hicieran los «fontaneros de la Casa Blanca» a medida que se pusieran manos a la obra. Así que, a pesar de las dudas o los miedos razonables que albergaran en su interior, se impuso una esperanza compartida que dejó a todos conformes y satisfechos por el modo en que se desarrollaron los acontecimientos hasta entonces. Hasta cierto punto reconocían en esa esperanza un alivio. Si sus planes resultaban según lo esperado, el Proyecto Enoch sería detenido antes de que comenzara formalmente y, de igual manera, el presidente Nixon quedaría expuesto.

Agradecieron finalmente la determinación con la que el jefe de los Conspiradores dispuso

sus órdenes. Les hacía falta que alguien se atreviera a tomar las decisiones difíciles y las ejecutara sin dar pie a segundas lecturas inspiradas por el temor a fracasar. Aunque si algo les quedaba claro era que fracasar no era una opción. Debían triunfar a cualquier costo.

Capítulo 1

Muskogee, Oklahoma, marzo 1971

Cualquiera que los viera diría que conformaban una familia disparatada, integrada por sujetos tan disímiles que nadie sería capaz de adivinar las razones por las cuales se mantenían tan unidos. Convivían en un piso franco reducido, bastante modesto, con su decoración mínima compuesta de mobiliario barato. En cierto modo, el espacio era muy pequeño para que tres personas convivan en él, aunque hasta el momento el hacinamiento no representaba un problema demasiado grave como para comentarlo.

Los rayos del sol entran por la ventana de una forma molesta, pero ninguno quiere ponerse de pie para cerrar las cortinas y aminorar el calor dentro del apartamento. Son los signos de que el invierno ha llegado a su fin y la primavera se siente a gusto con su reinado.

Reunidos en la «sala» principal, Anezka posa su mirada de un extremo a otro, observando indistintamente a Jericho y Damascus, quienes no le prestan atención y parecen decididos a no moverse. Ella tampoco quiere ceder y ser la que cierre las cortinas. No le gusta que piensen que tienen el control, incluso cuando no le dicen lo que debe hacer. Así que pretende fingir que no le molesta la incidencia del sol sobre su rostro, acomodándose de tal forma en el sillón para aminorar el impacto de los rayos mientras estos pegan en su espalda.

Jericho apenas se mueve, con la respiración serena en su pecho, recostado en el sofá grande, bajo el cual se halla a su alcance la cerveza a medio tomar. Anezka advierte que lleva al menos tres días usando la misma camisa, la cual ahora no solo luce vieja, sino arrugada y un poco sucia. A pesar de su observación se reserva el comentario, ya que no quiere responsabilizarse de la higiene y el cuidado de la ropa de ambos hombres. En contraste, ella luce impecable, con un vestido oscuro de buena factura. Tampoco se permite, en el acto de descansar, parecer demasiado masculina o descuidada frente a ellos, así que tiene sumo cuidado de adoptar una pose con la espalda recta y cruzando las piernas con gracilidad.

El caso de Damascus es muy distinto. Anezka también le dedica unas pocas miradas de reojo, ya que no le agrada hacer contacto visual con él demasiado tiempo. A pesar de que es capaz de mantener una conversación con Damascus con la misma naturalidad y provocación que emplea para hablar con Jericho, siempre se sentía tensa al considerarse sometida bajo su escrutinio. Incluso en una situación tan doméstica como esta hay algo en Damascus que no parece humano, a diferencia de Jericho. Por ejemplo, en ese preciso instante, mientras ambos descansan, Damascus permanece de pie, prácticamente sin mover un músculo, apoyado en la pared, observando a lo lejos la vista que le ofrece la ventana. Su excentricidad resalta estando ahí, al fondo de la amplia sala, con las manos en los bolsillos, el rostro imperturbable y la mirada fija en un punto. No frunce el ceño ni se rasca la nariz, ni ejecuta ninguna de esas acciones tan normales. Se podría afirmar que apenas parpadea.

A Anezka le asusta su impersonalidad, aunque no lo reconoce a viva voz, y por esta misma razón evita quedarse absorta observándolo, precisamente porque, debido a su rareza, es una de esas personas que resultan fascinantes de ver para estudiar cada uno de sus mínimos gestos y movimientos. Entretanto se da cuenta de que, por encontrarse al otro extremo del piso, es el menor perjudicado por el efecto del sol, así que depende de ella o de Jericho tomar la decisión de ponerse de pie y bajar las cortinas.

Ambos hombres parecen inamovibles en sus respectivos lugares. Anezka comprende que no le queda otra opción más que rendirse, así que se pone de pie y baja las cortinas lo suficiente para

que ni el sol los moleste o la oscuridad reine dentro de la sala principal. Esto hace reaccionar a Damascus, quien cede a su mutismo y, por un momento, baja la mirada para observar alternativamente a Anezka y Jericho. Anezka les sonríe mientras vuelve a ocupar el sillón, cruzando de nuevo las piernas. Jericho baja la mano para alcanzar la cerveza y tomar un sorbo, mientras le agradece su buena acción:

—Adivinaste mis pensamientos. Gracias por bajarlas.

—No hay de qué —responde Anezka—. Pero no te acostumbres a que te haga esa clase de favores.

—Entonces hazme otro tipo de favores —contraataca Jericho con picardía, volviendo a poner la botella de cerveza bajo el sofá y esta vez sentándose. Luego gira la cabeza para observar a Damascus, encontrándose con su mirada—. ¿No te cansas de vestir tantos abalorios? ¡Relájate un poco! Ni siquiera eres capaz de sentarte.

—No creo que Damascus se siente —interviene Anezka—. Ahora que lo pienso, creo que nunca lo he visto sentado. Siempre está así, de pie y con cara de pocos amigos.

—¿Cara de pocos amigos? —resalta Jericho a modo de pregunta—. Eso sería tener una expresión. Nunca puedes adivinar lo que piensa si te limitas a observar su rostro.

—En eso radica su encanto —destaca Anezka, atreviéndose a dedicarle una mirada a Damascus mucho más extensa de lo habitual—. De lo contrario perdería ese aire de hombretón y malo que tan bien le hace sentir.

Damascus la observa con una expresión relajada, pero no da ninguna respuesta respecto a las observaciones en tono de broma que le hacen tanto Anezka como Jericho. Estaban acostumbrados a su falta de sentido del humor, y de alguna forma esto representaba un chiste en sí mismo que los relajaba. A su vez, entre Jericho y Anezka había un contacto fluido que inmediatamente se tradujo en una complicidad e intimidad en el ámbito sexual. No es un secreto para Damascus que ambos se acuestan. También se ha dado cuenta de que se sienten mucho más atraídos el uno por el otro de lo que estarían dispuestos a reconocerse a sí mismos, o mucho menos entre ellos.

Ya que la vista hacia afuera queda entorpecida por la cortina, Damascus ha centrado su punto de mira en Anezka. Al principio se siente halagada por ser observada cuando le habla, algo que no ocurre muy a menudo, ya que siempre parece no estar prestándole atención a menos que diga algo que él considere importante. Sin embargo, conforme su mirada se vuelve incesante e ininterrumpida, ella se siente intimidada. Anezka piensa que quizá se está vengando de sus bromas. Jericho y ella no han considerado la posibilidad de que su sentido del humor sea bastante distinto: oscuro y solo comprendido por él mismo. Mirándola de aquella forma, parece estar inmerso en su propio chiste privado gracias al cual disfruta con no dejar de observarla para ponerla nerviosa y, de este modo, comprobar cuánto tiempo lo resistiría. Es como si intentara leer sus pensamientos. O, peor aún, como si ya los hubiera descifrado y al mirarla de aquella forma se lo hiciese saber.

Con Damascus nunca se sabía a qué razones secretas respondían sus acciones, ni bajo qué pretexto oculto se conducía su voluntad. Lo único que tiene claro Anezka es que no le gusta ser mirada de esta forma. O para ser exactos: no le gusta ser el centro de atención de Damascus. Mientras, Jericho apenas les presta atención a ambos, vaciando la cerveza y arrojando la botella a un lado. En esta acción Anezka encuentra la oportunidad perfecta para escabullirse de la mirada de Damascus:

—¿Quieres otra cerveza? —pregunta Anezka a Jericho—. Te la buscaré.

Anezka no le da tiempo a Jericho para darle una respuesta, ya está de pie y abandona el salón para ir hasta la cocina, donde en un pequeño refrigerador se guardan las cervezas que solo Jericho consume. No necesita tampoco su respuesta para saber que es afirmativa. Jericho siempre quiere beber. Debido a la salida de Anezka, Damascus tiene que dejar de mirarla. Mientras saca la cerveza, ella piensa en lo estúpida que ha sido por delatarse. No queda duda de que Damascus interpretará su reacción como miedo. Lo menos que quiere es darle a entender que teme su presencia, esto implicaría demostrarle que tiene poder sobre ella, y eso es algo que le resulta intolerable.

Cuando vuelve a la sala con la cerveza le dedica una sonrisa a Damascus, acompañada de un guiño antes de caminar en dirección a Jericho y depositar la fría cerveza en sus manos.

—¡Ah, esto es todo lo que necesita un hombre para ser feliz! —agradece Jericho—. Al menos un hombre como yo. Me conformo con poco: una cerveza fría es todo lo que hace falta.

—Hablemos de lo que nos ocupa —dice Damascus rompiendo su silencio, probablemente cansado de escuchar tanta cháchara doméstica—. Tus superiores te han dado actualizaciones, ¿no es cierto?

La interpelación hacia Anezka es directa, pero con un tono relajado. Con ello manifiesta que no debe temerle. Al menos no en aquel momento. Eran aliados, y aunque este vínculo no fuese irrompible, era lo suficientemente útil para todos. Damascus se refiere a su breve ausencia horas atrás, cuando dijo que debía atender una llamada fuera del apartamento en un lugar concreto, según el telegrama que recibió en la mañana. Quedaba sobrentendido que el mensaje provenía de los superiores de Anezka: los Conspiradores. No obstante, desde que Anezka regresara al apartamento, no hizo mención sobre dicha llamada.

—Así es, Damascus —concede Anezka—. No fue una llamada muy larga. Me dieron un resumen sobre lo que discutieron en la más reciente reunión.

—¿Nos atañe directamente? —pregunta Jericho—. No has dicho nada desde que llegaste.

—Todo nos atañe directamente —precisa Damascus—. Hasta lo que creemos que no nos importa. ¿No es así, Anezka?

—Estaba esperando el momento oportuno para conversarlo —se defiende Anezka, ignorando la última observación provocadora que hiciera Damascus—. Los Conspiradores han dado un paso muy importante en la última reunión. Ya comenzó oficialmente la Operación Diluvio.

—¡A buena hora! —aplaude Jericho cínicamente—. Esos viejos tontos creen que la guerra y la paz son como un juego de ajedrez, mientras el resto de nosotros nos abrimos camino en esta nación corrupta como si fuera un campo de fútbol.

—No era una decisión que debían tomar a la ligera —replica Anezka—. Lo fundamental de esto es lo que significa para vosotros: el Proyecto Enoch será detenido.

—Ya me estoy cansando de tantos nombrecitos estúpidos —expresa Jericho—. ¡Proyecto Enoch! ¡Operación Diluvio! ¡Cuánta mierda!

—A Idaho le encantaría saberlo —recuerda Damascus—. Le fascinaban todos esos juguitos de espías y nombres en clave.

La mención de Idaho hace que Jericho se quede en silencio por un momento y se le ensombrezca el rostro. Desde que murió no ha dejado de pensar en él aunque apenas lo mencione. Le incomoda la observación de Damascus, pero prefiere no hacer ninguna declaración al

respecto. Anezka parece darse cuenta de ello, así que se adueña de la conversación para captar la atención de ambos.

—Grandes cosas están por suceder—destaca Anezka—. Eso quiere decir que pondrán en marcha a los «fontaneros de la Casa Blanca». Ha sido un paso muy importante para los Conspiradores. Y por lo tanto, como consecuencia directa, también lo ha sido para nosotros. Ya solo nos queda esperar nuevas instrucciones.

—¡Los fontaneros de la Casa Blanca! —se burla Jericho—. Cuando creí haber dictaminado el nivel de estupidez de esos imbéciles consiguen sorprenderme aún más. ¿Qué instrucciones? A diferencia de ti, Anezka, nosotros dos no trabajamos para ellos. ¿Todavía no lo han comprendido?

—Les cuesta entenderlo —refrenda Damascus—. Se sienten seguros creyendo que pueden darnos órdenes según su antojo y con base en sus agendas secretas. Si obedecemos esas órdenes es porque también se corresponden con nuestros antojos y no contradicen nuestras agendas. Si alguna vez estas órdenes no van en consonancia con nuestros objetivos, no dudaremos en negarnos. Espero que lo tengan muy claro.

—Por supuesto que lo saben —argumenta Anezka—. Ellos son políticos y gente rica que estiman la diplomacia, así que nunca van a decir todo lo que piensan sobre ustedes. Porque cuando se trata de lidiar con ustedes es como negociar con una bomba de tiempo. Es mucho más seguro afirmar que has creado la bomba y que sabes cuándo ponerla, pero cuando la tienes en tus manos algo puede salir mal. Por eso yo soy la intermediaria. Mi trabajo consiste en ser la primera en recibir la explosión en lugar de ellos.

—Al menos tú lo tienes claro —apoya Jericho—. Es muy precisa su comparación: no estamos bajo el control de nadie. Espero que tú tampoco lo olvides.

A Jericho le gustaba recordarle a Anezka de cuando en cuando que su presencia allí, aunque fuera bien recibida, no dejaba de estar sometida constantemente a la vigilancia de ambos. Cuando esto sucedía ella volteaba los ojos y ponía un gesto de fastidio, restándole importancia a las acusaciones no siempre veladas que encubrían las palabras de Jericho. Ninguno de los dos confiaba en ella, pero era Jericho sobre todo quien lo subrayaba con mayor énfasis. En el pasado, Anezka había demostrado grandes razones para no ser confiable, como su relación directa con los jefes del Proyecto original, aunque se empeñara en decir que trabajaba como doble agente para los Conspiradores. Cierto o no, Jericho pudo haber muerto debido a esto cuando fue conducido ante esos hombres por mediación de Anezka. Cuando lograron salvarse, ella aseguró que confiaba en que Jericho acabaría con ellos, pero eso solo hacía más evidente el hecho de que Anezka no era una persona de confianza y que, ante todo, apelaba a su sentido de supervivencia sin importar quién saliera perjudicado .

Si bien Damascus tampoco confiaba en Anezka, evitaba hacer acusaciones o interrogatorios maliciosos. Si alguna vez conseguía evidencias de que los había traicionado, entonces no dudaría en darle su merecido castigo, algo que probablemente a Jericho le costaría, a pesar de sus constantes acusaciones contra ella. Damascus sospechaba que, debido a su intimidación, Jericho se esforzaba en evitar cualquier apego sentimental con Anezka. Así que sus acusaciones para hacerla sentir mal o enojarla eran una forma de recordarse a sí mismo que debía evitar cualquier vínculo que luego se convirtiera en una debilidad si alguna vez ella llegaba a traicionarlo, un escenario que no resultaba tan descabellado ateniéndose a sus antecedentes de «doble espía».

—¿No nos mandaron ningún mensaje directo? —insiste Damascus—. Si ya activaron la Operación Diluvio seguro surgirá trabajo cuyo éxito dependerá de nuestra participación.

—En lo que a ellos respecta, las instrucciones se mantienen —aclara Anezka—. Debemos

seguir esperando. Por lo pronto, no hay nada que hacer sino aguardar según se vayan desarrollando los acontecimientos una vez activada la Operación Diluvio e iniciada las acciones de los fontaneros.

—Es un mal momento para trabajar en la Casa Blanca —reflexiona Jericho sin aligerar el sarcasmo—. Estoy comenzándome a hartar de tanta inacción. ¿No lo crees, Damascus?

Damascus asiente, pero sin agregar palabra alguna como respuesta. Lo cierto es que su hastío por esperar instrucciones en realidad es mucho mayor que el de Jericho y Anezka, a quienes, a pesar de sus personalidades hurañas, no les desagrada la convivencia dentro del apartamento. Damascus no solo no está acostumbrado a convivir o interactuar con otras personas de una forma «fraternal», sino que le incomoda la idea de sentirse expuesto. El hecho de compartir vivienda con Jericho y Anezka reduce en buena medida su aura de misterio. No le agrada ser subestimado, y aunque tanto Anezka como Jericho son conscientes de todo lo que Damascus es capaz de hacer como adversario, podrían estar intentando descubrir sus debilidades.

—Sin embargo, reiteraron lo mucho que nos necesitarán —resalta Anezka—. No adelantaron mucho sobre lo que sucedería, como es su costumbre. A pesar de ello, me informaron que en los próximos días existe la posibilidad de que recibamos una llamada de su parte para visitar a algunos elementos claves que no forman parte de la Operación Diluvio y «convencerlos» de unirse. También sugirieron que quizá nos correspondería la tarea de eliminar algunos impedimentos que se presenten en el camino capaces de entorpecer los objetivos de la Operación.

—Muy incierto todo —resopla Damascus—. Ellos ya deben saber lo que quieren de nosotros, pero solo lo dirán cuando lo necesiten. Son unos idiotas. Podríamos prepararnos mejor.

—Eso demuestra lo mucho que confían en sus habilidades —tercia Anezka—. Deben cuidarse las espaldas. En un escenario de guerra, las informaciones solo se proporcionan en el momento justo. En tiempos de paz hay que ser doblemente cuidadosos porque también se trata de evitar confrontaciones. El asunto es ganar las batallas antes de que suenen los disparos.

—A veces un disparo es todo lo que se necesita —interviene Jericho—. Concuerdo con Damascus, podrían ser mucho más claros y transparentes si ya saben lo que quieren de nosotros. Detesto la inactividad. Me hace sentir inquieto, hasta comienzo a sospechar que los tales Conspiradores tienen planes secretos que no quieren compartir con nosotros.

Al decir estas palabras, Anezka evita su mirada, sabiendo que indirectamente la acusa de saber mucho más de lo que declara. Por su parte, Jericho ha sido el más beneficiado de esta convivencia, aunque no lo admita de forma abierta. A pesar de la desconfianza y los recelos que se prodigan los unos a los otros, Jericho agradece no estar solo tal como acostumbraba. Nunca le gustó el trabajo en equipo, pero al lado de Damascus y Anezka esta molestia ha ido mermando, consiguiendo que aprenda a apreciarlo.

Sentado en aquel sofá, Jericho observa a los sujetos que comparten el mismo piso franco donde vive. Le parece increíble la escena y no le habría dado crédito si hace un par de años le decían que esto sucedería, ni mucho menos cuando consideraba que estaban en la fila de personas que iban tras su cabeza. En momentos de breve introspección se detiene a pensar que esto es lo más cercano que ha tenido a una familia. Escasamente en su vida ha tenido instantes donde el contacto humano le ha hecho creer que es posible no sentirse solo: en el orfanato cuando era comprendido por la hermana Geraldine, sus noches íntimas junto a la desaparecida Lilian y ahora estas discusiones tontas con ellos.

Jericho también se pregunta si Anezka y Damascus se sentirán de igual forma, pero nunca

se arriesgaría a formularles tal pregunta. A lo largo de sus vidas han pertenecido a esa clase de personas que son calificadas con desprecio como «renegados». Para abrirse camino debieron acostumbrarse a ir por su cuenta, muchas veces al margen de lo socialmente aceptable y correcto. Jericho en parte teme y comprende que esta familia improvisada tiene su tiempo contado. Solo permanecen juntos conformando una alianza basada en acuerdos comunes, en tanto se necesiten y mientras aún exista cualquier rastro del Proyecto Jericho.

Hace poco más de un año que Jericho y Damascus unieron fuerzas para vengar las vidas miserables a las que fueron sometidos por culpa de un grupo de hombres ambiciosos y egoístas que se creyeron dioses. Les robaron sus infancias, les negaron un buen futuro y acabaron transformándolos en unos parias. Además de la afrenta individual, el Proyecto Jericho se cobró la vida de una gran cantidad de inocentes a lo largo de veinte años. Entre esos inocentes resaltaban, en primer lugar, los niños que sufrieron a causa de los experimentos y que luego, a excepción de Jericho y Damascus, fueron exterminados para que no quedara prueba alguna de la existencia del Proyecto. En el proceso de tales ocultamientos otros cómplices menores fueron eliminados, incluyendo los padres de Jericho, que lo entregaron al Proyecto a sabiendas de lo que allí se hacía. Años más tarde los asesinatos, desapariciones y otros tipos de daños no cesaron y, debido a su pasado, cualquiera relacionado con Jericho sufrió las consecuencias: la hermana Geraldine fue destituida del orfanato, su rival el fiscal Nierenberg y su colega y amigo Sonnenfeld fueron asesinados, mientras que su amante Lilian acabó secuestrada sin que existiera algún rastro que confirmara si estaba viva o muerta.

En fin, Jericho tenía mucho que vengar, así como Damascus, aunque al principio se enfrentaran como enemigos, ya que ninguno estaba seguro de los objetivos del otro. Tardaron en descubrir que un mismo odio los situaba como compañeros de lucha en la misma pelea, y por lo tanto, decidieron unir fuerzas junto con Anezka, quien trabajaba a las órdenes de los Conspiradores, ese grupo que se suponía clamaba acabar con los miembros del Proyecto Jericho y erradicaría cualquier semilla que permitiese su posterior renacimiento. Por lo tanto, extraoficialmente, Jericho y Damascus trabajaban en paralelo junto con los Conspiradores, valiéndose de sus medios y recursos. Sin embargo, la preocupación de los Conspiradores no era solo destruir a sus creadores, sino también extinguir la idea que fundamentó tales horrores.

Esta era la parte peligrosa de la historia: sin importar cuán debilitados, desaparecidos o muertos estuvieran los creadores originales del Proyecto, todavía existía la idea que lo promovió en un inicio. Esa idea estaba siendo contemplada otra vez por la actual administración que lideraba en la Casa Blanca. El antiguo Proyecto podría resurgir con un nuevo nombre y bajo las órdenes de otro grupo de hombres igualmente ambiciosos, dispuestos a cometer las crueldades del pasado para convertirse en los más poderosos del mundo gracias a la mal habida «ciencia de hacer la guerra», con el desarrollo de armas que los situaran por encima de otros líderes. Esta sola idea le preocupaba a Jericho, pues no soportaba que un nuevo grupo de niños sufrieran injustamente su mismo destino.

Los Conspiradores conducían sus acciones bajo una premisa: el Proyecto Enoch no debía ocurrir. Para impedirlo, sujetos como Jericho y Damascus serían utilizados como brazos ejecutores de una justicia desconocida y al margen de la ley. El enemigo no era consciente de que existiera un grupo opositor a sus intereses actuales y precisamente este factor sorpresa representaba la mayor ventaja para hacerlos fracasar antes de siquiera haber comenzado. No obstante, ni Jericho o Damascus confiaban por completo en este grupo que se llamaba a sí mismo los Conspiradores.

—¿Qué te preocupa, Jericho? —pregunta Damascus, saliendo por un momento de su mutismo—. ¿Crees que exista una doble agenda?

Jericho no sabe qué responder sin parecer demasiado sugestionado por percepciones poco objetivas. Existe una gran diferencia entre una duda sustentada en razones válidas o aquella cautela instintiva propia de quien ha sido traicionado muchas veces en la vida. Ante este condicionamiento dado por su historia personal, la desconfianza se ha convertido en una reacción natural en cualquier circunstancia, lo que muchas veces puede resultar contraproducente. Los Conspiradores y sus cuantiosos recursos son su mejor opción para enfrentar a quienes quieren traer de vuelta el Proyecto, por lo cual lo conveniente sería acatar sus instrucciones sin hacerse preguntas. Sin embargo, Jericho y Damascus nunca tuvieron mentalidad de soldados. Obedecer sin hacer preguntas no es algo a lo que estén acostumbrados.

—No quiero dejarme llevar por mis paranoias —refiere Jericho—. Aun así, no dejo de imaginar la posibilidad de que nos manipulen mientras cumplen otros objetivos sobre los cuales no sabemos nada. Trabajamos con ellos porque nos dicen lo que queremos escuchar y aseguran luchar por nuestros mismos objetivos. ¿Cuál es el interés que los anima verdaderamente? Sin duda obtener el poder y acabar con la gestión actual que maneja la Casa Blanca. Pero ¿qué nos asegura que ellos serán mejores gobernadores? Es decir, ¿quiénes son estas personas? Políticos y millonarios, no muy distintos a los que alguna vez crearon el Proyecto Jericho o a los que ahora pretenden traerlo de vuelta bajo otro nombre. Me preocupa que, siguiendo sus instrucciones, acabemos haciendo daño a personas que no lo merecen.

—Piensas demasiado —desestima Anezka con una risita incómoda—. Otra vez sigues con las mismas sospechas de creer que te mandarán a matar inocentes. Sí, son políticos y millonarios, bien lo has dicho. Se comportan como tal y admito que sus medios de obtener lo que quieren pueden llegar a ser inescrupulosos. A pesar de eso, ¿esa no es la razón por la cual los buscaron? Y además, ellos comprenden que no cumplirán una instrucción sin antes investigar por su cuenta cualquier otra razón oculta. Nunca se arriesgarían a ponerlos en una situación donde luego ellos queden expuestos.

—Más vale que así sea —reafirma Jericho—. Si nos subestiman, será mucho peor para ellos.

—Yo no volveré a ser perro de presa de nadie —interviene Damascus, quien se mantuvo en silencio un largo rato mientras Jericho y Anezka discutían—. Antes de cumplir cualquier instrucción promovida por los Conspiradores me cercioraré de la veracidad de todo cuanto dicen. No perdonaré una mínima palabra errónea o una pequeña omisión que pueda ponernos en peligro.

Anezka se sentía excluida cuando Jericho y Damascus consolidaban una misma opinión, formando un frente indisoluble donde ella quedaba al margen. Nunca conseguiría que ninguno de esos dos hombres confiara en ella plenamente. Si bien era consciente de esto, y hasta cierto punto lo comprendía y aceptaba, su mayor temor era que algún día unieran fuerzas para exterminarla.

—Ustedes son respetados y temidos por los Conspiradores —afirmó Anezka—. Si separados eran considerados fuerzas amenazantes, ¿quién no tendría miedo ante la idea de enfrentarlos juntos? No se arriesgarían a engañarlos. Y yo tampoco me atrevería a hacerlo.

Ni Jericho ni Damascus parecen muy convencidos por la constante defensa que Anezka hace de los Conspiradores, aunque no hacen ningún comentario extra al respecto. Comparten una mirada de desdén que no se le escapa a Anezka. Ella prefiere no insistir, ya que cada vez que se sitúa del lado de los Conspiradores estima que es juzgada por ellos como una intrusa. Entretanto, a Jericho le complace escuchar que Damascus manifiesta una opinión que va en conformidad con la suya. En el pasado Damascus fue un adversario temible y respetable, aunque ahora, como

aliado, formaban juntos una coalición digna de hacerle temblar las piernas a cualquiera que se interpusiera en sus caminos o pretendiera hacerles algún daño. Y eso era algo en lo que Anezka no se equivocaba, sin importar si lo creyeran verdaderamente o no, tanto ella como los Conspiradores. Si querían estar en paz con ellos, ¡más les valía creerlo!

La noche va acompañada de un frío que se supone insoportable, aunque su forma de padecer la temperatura sea distinta a la del común denominador. Jericho no se arropa, aunque siente cómo se enfrían ligeramente sus extremidades allí, acostado en la cama con los ojos abiertos de par en par. Sospecha que cualquier persona normal se abrigaría al máximo, y una prueba de ello es Anezka, quien yace a su lado dormida y envuelta en las sábanas, de las cuales se ha apropiado casi exclusivamente. No la culpa, ya que él apenas las usa.

Se siente inquieto y, como de costumbre, el sueño se le presenta esquivo. Envidia el sueño profundo que se refleja en el rostro de Anezka. Por un momento considera la posibilidad de salir del dormitorio y servirse un trago, aunque luego desestima la idea. Quizá más tarde. Jericho recuerda que afuera estará Damascus, probablemente sentado en el sofá o de pie apoyado contra una pared, sin poder dormir al igual que él. En ese momento no se siente animado a ser vigilado en silencio por Damascus si llega a salir de la habitación. Se sentirá obligado a sentarse y hablarle, pero Damascus no es el mejor de los interlocutores, a no ser que traten de trabajo.

Si por lo menos compartiera un trago alguna vez cuando se le presentaba con un vaso en la mano. No obstante, a diferencia de él, Damascus es abstemio y está libre de cualquier vicio. Y agradece que no haga comentarios ni en su mirada se refleje algún juicio silencioso frente a su evidente alcoholismo. Como buen vicioso, comprende cuánto daño le hace, pero no le gusta que nadie se lo recuerde. A veces Jericho piensa que de haber sido más exitosos los experimentos con él seguramente no padecería esa extrema afición que tiene por el alcohol. A pesar de ello no le desagrada beber, porque se contenta con desahogar su dolor en eso.

Han pasado varios días desde la última llamada que los Conspiradores le hicieran a Anezka, cuyas órdenes fueron esperar nuevas instrucciones. Si ya activaron la Operación Diluvio, ¿por qué tardaban tanto en solicitar la ayuda que se esperaba de ellos? Le exasperaba no estar haciendo nada o la posibilidad de que sucedan eventos a sus espaldas debido a los nuevos planes orquestados por los Conspiradores. A medida que el tiempo de inactividad crecía, aumentaba su desesperación, se agudizaba su paranoia y le invadía una sensación de inutilidad. Oficialmente ya no podía trabajar como detective y debía mantenerse en el anonimato. Prácticamente era, al igual que Damascus, un hombre sin identidad obligado a mantenerse en las sombras. Si era desplazado por los únicos que le hicieron recobrar un propósito, ¿qué sería de él? No le gustaba depender de los Conspiradores, ni mucho menos admitirlo abiertamente, pero cuando se confrontaba a sí mismo en soledad comprendía que, de no ser por ellos, tendría una vida de fugitivo hasta terminar tras las rejas, y eso, en el mejor de los casos, si sobrevivía.

Su inquietud no le permite permanecer en la cama confrontando su inactividad, así que se para sin delicadeza para dar vueltas en torno a la habitación, lo cual hace que Anezka se despierte. Al principio trata de envolverse de nuevo bajo las sábanas e intenta ignorar a Jericho.

Aunque no encienda las luces de la habitación ni emita ningún sonido, su presencia en movimiento es lo suficientemente molesta para que ella comprenda que no podrá retomar el sueño. Ya la ha despertado y no la dejará dormir si continúa caminando de un lado a otro con la respiración acelerada, tal como lo hace.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Anezka con un tono rudo y algo molesta—. ¿No puedes quedarte tranquilo?

—No pretendía despertarte —se excusa Jericho—. Como de costumbre, no puedo conciliar el sueño.

—Eso puedo suponerlo enseguida —indica Anezka con ironía—. No por ello me has despertado en otras ocasiones. Hoy pareces mucho más alterado que en tus anteriores insomnios.

—Desearía quedarme tranquilo incluso si no puedo dormir —se defiende Jericho—. Mi cabeza no deja de pensar y mi cansancio es mucho mayor, aunque no favorezca la llegada del sueño. ¿Qué quieres que haga?

—Podrías salir de la habitación y dejarme dormir —recomienda Anezka desafiante—. ¿O es que acaso prefieres evitar a Damascus? Confieso que yo también me siento muy insegura a la hora de dormirme sabiendo que él está afuera rondando, o lo que sea que haga mientras nosotros dormimos. O en tu caso, intentarlo.

—¿Qué tiene que ver Damascus con mi insomnio? —repite Jericho—. No me interesa si duerme o permanece despierto toda la noche. ¿Temes que haga algo en contra de nosotros mientras bajamos la guardia?

Cuando Jericho hacía este tipo de preguntas, comprendía que no las formulaba como si realmente le preocupara lo que apuntaba su cuestionamiento, sino como una forma de confrontarla a dar una respuesta que le permita un juicio de valor sobre ella. Por eso tenía sumo cuidado de dar una impresión errónea. No quería que Jericho pensara que intentaba ponerlo en contra de Damascus porque eso solo conseguiría hacerla lucir como una cizañera con intenciones ocultas, o al menos eso es lo que Jericho pensaría.

—No, no creo que debamos preocuparnos por Damascus —responde Anezka—. Solo que a veces me pone nerviosa la idea de saber que está en la estancia contigua tan intranquilo e insomne como tú. Pasa las noches enteras en el cuarto de estar, donde decidió que «dormiría», y jamás lo he visto acostado en el sofá, o por lo menos apoyando su cabeza con los ojos cerrados. Tú bien debes saberlo, porque cuando hemos salido de la habitación a estas horas siempre lo encontramos de la misma forma: sentado en una silla y con la mirada fija en algún punto de la oscuridad, contemplando la nada. ¡Es perturbador! Ni siquiera se inmuta cuando pasas a su lado o si le hablas.

—Yo apenas consigo dormir —tercia Jericho—. Supongo que la falta de sueño en él debe ser mucho mayor. Recuerda que Damascus fue el experimento exitoso del Proyecto. En el camino para transformarlo en el soldado perfecto debieron aminorar algunas deficiencias humanas, como la necesidad de dormir.

—Apenas se le ve cansado, a diferencia de ti —continúa Anezka con tono casual—. Puede mantenerse durante horas sentado y con los ojos abiertos. Apenas parpadea y casi si escuchas su respiración. ¿Crees que duerma de esta forma? ¿O duerme acaso en algún momento? Por muy exitoso que haya sido el experimento con Damascus, no concibo cómo alguien puede no dormir. Eso no es saludable.

Si bien las observaciones de Anezka son válidas, a Jericho no le parece particularmente

extraña esta aparente falta de sueño en Damascus, ya que le recuerda a la suya. Lo cierto es que, comparado con él, Damascus no parece afectado por estos insomnios, aunque a veces sospecha que consigue dormir a su modo el tiempo suficiente.

—Debe dormir unas pocas horas —expone Jericho—. Dudo mucho de que duerma más de un par de horas al día, pero tampoco creo que no duerma en absoluto.

—Y mientras no duerme, ¿qué hace el resto de la noche? —inquieta Anezka—. Me intriga imaginar cuáles serán sus pensamientos.

La curiosidad de Anezka en este caso parece más una curiosidad genuina que un intento por querer saber más de lo permitido, aunque con ella nunca se sabía. En todo caso, Jericho prefiere no emitir ninguna opinión al respecto, ya que tiene sus propias teorías sobre lo que hace Damascus por las noches, aunque no las comparte con Anezka. En relación a su propia experiencia, Jericho sospecha que Damascus pasa sus noches revisando documentos de una forma muy parecida a como él suele hacerlo. Se trata de un don particular reforzado por las habilidades que, en el caso de Damascus, deben ser mucho mayores: proyectar el recuerdo de documentos, imágenes, nombres y testimonios como una base de datos humana que consigue visualizarlos sobre cualquier superficie y reproducir mentalmente una manifestación imaginaria de la información que estos recuerdos poseen.

—No nos metamos en los asuntos de Damascus —aconseja Jericho—. Lo que haga con su insomnio solo a él le concierne, así como no se involucra en lo que hacemos tú y yo dentro de este cuarto.

Se trataba de una curiosa observación y era algo que tanto Jericho como Anezka habían pensado con anterioridad, aunque nunca lo compartieran entre ellos. A menudo se preguntaban: ¿Qué opinaría Damascus sobre la relación que mantenían? ¿Cuál era su posición respecto a la intimidad que ejercían a puertas cerradas? Lo cierto era que Damascus nunca hizo ningún comentario malicioso ni les dedicó una mirada suspicaz cuando salían de la habitación. Su rostro era transparente al momento de observarlos, no reflejaba algún recelo u opinión velada.

Por su parte, Anezka muchas veces temía que Damascus se sintiera celoso porque Jericho conseguía algo que no estaba a su alcance, a pesar de todas sus habilidades. Sin embargo, nunca reconoció en él ese interés característico que le prodigaban los hombres ante la evidencia de su atractivo. Tampoco Damascus era un hombre tímido, ya que nunca dudaba en expresarse sobre algún asunto cuando así lo quería. A veces, por pura curiosidad temeraria, Anezka hacía el intento de seducirlo para notar si se efectuaba algún cambio en su manera de tratarla. ¡Nada! Era como intentar atraer a una pared, ya que su mirada y su voz se mantenían tan frías como indiferentes. Por un lado, este desdén le molestaba porque no estaba acostumbrada a no recibir atención sexual inmediata por parte de algún hombre, aunque, por otro lado, agradecía que no respondiera de la misma manera que el resto, ya que Damascus era un enigma que temía resolver. A pesar de ello, se preguntaba si acaso sentía algún tipo de atracción física hacia alguien, si abrigaba deseos sexuales o si, por el contrario, toda su pasión se resumía en aquello para lo cual había sido creado: cumplir órdenes, destruir todo a su paso, hacer daño y matar.

A su vez Jericho se detenía a imaginar si Damascus realmente le reprochaba su intimidad con Anezka, ya que ambos mantenían la misma opinión de que no era confiable, algo que expresaban incluso frente a ella. No obstante, a pesar de que ambos declararan esta desconfianza, cada noche Jericho se acostaba con la chica mientras Damascus nunca hizo intento alguno por involucrarse con Anezka más allá de los asuntos de trabajo. Era evidente que tan solo la consideraba como una peona útil en la medida que servía como nexo con los Conspiradores. Por

eso, y si bien no manifestaba una reacción en oposición a ello, a Jericho le costaba creer que Damascus no tuviera algún juicio sobre él en torno a dicha relación, ya que, si fuera al revés, probablemente le reclamaría tener sumo cuidado de involucrarse demasiado con alguien que podría resultar ser una espía del enemigo.

—No puedo creer que no te inquiete saber que está allá afuera —insiste Anezka—. De otra forma saldrías de la habitación y me dejarías dormir en paz.

—Damascus no es la causa de mi inquietud —niega Jericho con mayor énfasis—. Sabes muy bien lo que me molesta y hace que me comporte así durante las noches. No solo no consigo dormirme, sino que tampoco tengo nada en lo que concentrarme porque esta espera de instrucciones me hace sentir inútil y desplazado. Probablemente Damascus se sienta igual aunque no lo diga, y es claro que no demostrará señales de alterar su ánimo. Me desagrada profundamente que no nos hayan expuesto mejor sobre la Operación que acaban de activar. Nos están restringiendo una información vital, algo que llevamos tiempo esperando. Porque se trata de la razón de ser de los Conspiradores por fin ejecutándose. ¿Y qué esperan de nosotros en el curso de esa Operación? No soporto estar tanto tiempo inactivo y mucho menos tolero que se nos mantenga al margen.

—No sé qué esperas que te diga —responde Anezka exasperada—. No hay nada malo en esperar. Más bien deberías aprovechar el tiempo de descanso porque con toda seguridad nos hará falta cuando comiencen a reforzarse las misiones relacionadas con la Operación Diluvio. Sin embargo, prefieres malgastar este tiempo en elaborar teorías de conspiración que te sitúen en un mal lugar para siempre esperar lo peor. ¿Acaso crees que los Conspiradores tienen otras intenciones con ustedes dos? Si quisieran prescindir de ambos usarían métodos mucho más inmediatos y eficaces que una larga espera.

Dicho esto, Anezka se desentiende de las sábanas visiblemente alterada y se levanta para envolver su voluptuosa desnudez en una bata de satén negro que suele usar cuando va al baño o antes de irse a dormir, caminando luego en dirección a la puerta.

—¿Qué ocurre? —pregunta Jericho, confundido, desde el extremo de la habitación en el que se mantenía caminando—. ¿Adónde vas?

—Saldré afuera —responde Anezka mirándolo por encima del hombro—. Ya que estaremos despiertos y tu intención es no dejarme conciliar el sueño que no puedes tener, entonces prepararé café, cogeré algo de alcohol y cuando regrese podemos estar activos toda la noche si eso es lo que quieres.

Al momento de salir, Anezka da un portazo. Probablemente Damascus estará allá afuera observando los movimientos de la mujer, aunque sin interesarse en realidad por qué está despierta. Jericho emite un suspiro y se sienta al borde de la cama, esperando que Anezka regrese con lo prometido. Después de todo, sí que le convendría tomarse un trago para sobrellevar mejor el insomnio.

Capítulo 2

Muskogee, Oklahoma, junio de 1971

El verano se hace sentir con su cálida e invasiva seguridad de demostrar sus efectos en todas partes. Es particularmente innegable cuando alguien sale de su casa para enfrentarse al trajín de la calle con el sol resplandeciendo en lo alto y trayendo consigo un calor sofocante, animando los deseos de irse cuanto antes a una playa cercana, con el mar y la arena como compañías.

Anezka y Jericho van vestidos a tono con la estación, a pesar de que el gesto malcarado de Jericho tras sus gafas de sol denota lo incómodo que se siente al verse obligado a tener que usar ropa mucho más ligera de la usual y prescindir de sus abrigos. Anezka, en cambio, parece disfrutar por partida doble: aprovecha la estación para usar faldas más cortas y camisas con las que muestre el escote, para un mejor lucimiento de su seductora figura. Al mismo tiempo, disfruta burlándose de Jericho al notarlo tan fuera de lugar usando camisetas.

Ambos están sentados uno frente al otro en la mesa de un café. Vistos de lejos, parecen recién casados o una pareja de novios establecida compartiendo un momento de esparcimiento antes de regresar a sus casas. En contraste con la seriedad de Jericho, la sonrisa de Anezka es cautivadora para los transeúntes y camareros, a quienes corresponde con su seducción natural a la hora de recibir sus miradas de deseo. Jericho trata de ignorar esta actitud provocadora por parte de Anezka, ya que no quiere mostrarse celoso ante ella, aunque en el fondo acepta que le molesta. Por su parte, si bien no le gusta la ropa que se ve obligado a usar durante el verano, comprende que es necesario para no atraer excesivamente la atención; algo que Damascus, en cambio, no está dispuesto a aceptar, siendo esta la razón por la cual no se encuentra presente junto a ellos.

Entretanto, su presencia en aquel lugar no se debe a un encuentro romántico, como podrían creer quienes no los conozcan, sino porque aguardan reunirse con algunos miembros de los Conspiradores, quienes los han citado para discutir los próximos pasos a seguir, poniendo fin con ello a los meses transcurridos a la espera de una nueva misión.

—Damascus es todo un personaje —comenta Anezka—. ¿Gabardinas en pleno verano? Nadie le quitaría los ojos de encima. Nada le costaba vestirse de otro modo para pasar desapercibido. ¿Alguna vez piensa integrarse al mundo como una persona normal? Hasta tú eres capaz de hacer el esfuerzo de camuflarte, aunque te moleste exponer tanta piel. Déjame decirte que no te ves nada mal. Deberías usar este tipo de camiseta con mayor frecuencia.

—Pasé casi un año de mi vida disfrazándome —recuerda Jericho ignorando el cumplido de Anezka—. Aprendí a no preocuparme tanto por lucir del modo en que quería frente a lo que me convenía durante un momento dado. Sin embargo, comprendo a Damascus, aunque nuestros destinos terminaron siendo distintos. Nunca supo lo que era desenvolverse en el mundo como una persona normal, tal como lo dices. No es algo que pueda aprenderse de la noche a la mañana. A mí me costó muchos años, y hay momentos en que todavía no logro alcanzarlo, gracias a mi largo confinamiento en un orfanato sin contacto con la realidad circundante. Damascus también tardará en hacerlo, si es que alguna vez conseguimos retomar nuestras vidas o comenzar las que nunca tuvimos la oportunidad de vivir.

—Llevamos meses esperando por esto —repite Anezka—. No presentarse solo porque no quiso renunciar por una sola vez a usar la vestimenta que normalmente lleva resulta absurdo. Damascus es uno de los más interesados en esta reunión. A pesar de eso, confieso que me alegra que no viniera. Me siento mucho más segura y menos expuesta, porque a donde quiera que se

presenta Damascus hay mayores probabilidades de que ocurran cosas desafortunadas.

—No creo que su ausencia se deba exclusivamente a una razón tan ridícula como un cambio de ropa —lo defiende Jericho—. Entiendo que él se siente mejor manteniendo su aura de enigma ambulante y evitar ser descifrado, pero Damascus siempre ha estado dispuesto a hacer cualquier cosa que haga falta para cumplir un objetivo. Por muy obsesionado que esté con su aspecto, lo cual te concedo, es cierto, sospecho que simplemente prefiere ahorrarse esta charla insulsa y confía en que nosotros supliremos esa parte del trabajo sin contar con su presencia.

—Damascus solo quiere la parte divertida: ensuciarse las manos —bromea Anezka, aunque luego asume un tono más serio—. He pasado todos estos meses escuchando sus quejas sobre la falta de instrucciones y la ausencia de los Conspiradores. Se sentían olvidados y excluidos, contentándose con elaborar miles de teorías extremistas y paranoicas. Damascus pasó todo este tiempo intentando averiguar por su cuenta si estaban actuando a nuestras espaldas sin conseguir ninguna evidencia que avalara sus estúpidas sospechas. Y cuando finalmente nos dan señales de que tendremos una nueva misión, entonces decide ausentarse. Como dije, me siento mucho mejor sin que él se halle presente, pero aun así no comprendo sus reacciones.

—Lo importante es que al fin nos han llamado —señala Jericho sin ganas de seguir hablando sobre Damascus—. Me alegra de que nuevamente volvamos a la acción. Estos meses de expectativa han sido insoportables.

Ante su declaración tajante, Anezka arquea la espalda y se echa para atrás con una breve expresión de enojo comenzando a dibujársele en el rostro, aunque trata de disimularlo enseguida.

—¿Acaso todo ha sido tan malo durante este tiempo? —pregunta con sequedad—. Creo recordar algunos momentos interesantes.

La tensión sexual entre Anezka y Jericho nunca cedía. De alguna forma u otra siempre se recordaban la intimidad que compartían, aunque luego hicieran o dijeran algo para no demostrarse afecto más allá de los vínculos del trabajo y el sexo, que supuestamente eran las únicas razones que los mantenían unidos. El orgullo de Anezka se siente tocado, aunque al mismo tiempo trata de parecer desenfadada respecto a este tema, y mentalmente escoge sus respuestas más filosas ante una posible ofensa por parte de Jericho. Por eso le sorprende cuando escucha decirle:

—No todo fue malo —admite con un brillo seductor en los ojos—. Es cierto, tuvimos algunos momentos interesantes que hicieron más llevadera la espera.

Estas palabras motivan a Anezka, quien pone una de sus manos sobre la que Jericho tiene puesta sobre la mesa y la aprieta mientras le dedica una de sus miradas cargadas de provocación. Jericho le sonríe para complementar el fulgor apasionado que brilla en sus ojos. Los pensamientos de ambos recuerdan enseguida situaciones compartidas durante la intimidad, y sin necesidad de declararlo, saben cuánto se desean en aquel instante.

—Me complace que estemos de acuerdo en este punto —expresa Anezka sin soltar la mano de Jericho—. Tal vez deberías relajarte más a menudo y aprender a disfrutar el lado bueno de no estar en activo. Seguro tendremos mucho trabajo próximamente y extrañaremos esos momentos.

La atracción entre ellos, además de intensa, es palpable, aunque pretendan ignorarlo. Se miran directamente a los ojos durante un largo rato sin agregar más palabras, mientras Anezka forma una media sonrisa. Con un gesto dudoso desliza su mano por el brazo de Jericho hasta que son interrumpidos por la llegada de aquel a quien han esperado todo este tiempo. Anezka lo reconoce desde su puesto al verlo entrar al local con ademanes rápidos y una mirada ansiosa que

intenta abarcar todo sin detenerse en un punto determinado. Anezka suelta a Jericho y con un gesto de cabeza le indica que se gire. No tarda en reconocer a Smith, un agente al servicio de los Conspiradores asignado recientemente como su contacto.

Smith es un hombre de apariencia convencional y poco destacable a primera vista, un individuo de facciones delgadas acostumbrado a vestir trajes de tonos grises, de tal forma que no se distingue entre la multitud y cuesta reconocerlo en espacios abiertos. Sin embargo, una vez lo conoces mejor, consigue captar tu atención con sus ademanes nerviosos y su tono de voz acelerado, que exigen una absoluta concentración para entender lo que te dice. Esta vez Smith lleva consigo un maletín ajado y no tarda en reconocerlos sentados en la mesa. Entonces se dirige hacia ellos con pasos torpes. Entretanto, Jericho recobra la compostura tras su breve coqueteo con Anezka, mientras esta intenta asumir un rostro solemne para evitar burlarse de aquel hombrecillo que se dirige hasta ellos con una actitud casual y poco llamativa.

—Saludos —dice mecánicamente una vez que alcanzó la mesa donde ellos se encuentran—. ¿No ha venido su amigo? Disculpen la tardanza.

—No hay problema —responde Jericho—. El tiempo ha pasado volando. Y respecto a Damascus, ha preferido no venir. Nosotros le daremos debida cuenta de lo discutido.

Anezka asiente apoyando las palabras de Jericho y correspondiendo con una sonrisa discreta el saludo del hombrecillo. Con un movimiento sutil, Smith deposita la maleta en el suelo muy cerca de las piernas de Jericho, de tal manera que cuando se aparte parecerá que le pertenecía a este, y ocupa un asiento en la mesa entre ambos.

—Se han puesto en movimiento diversos acontecimientos —explica Smith ahorrándose las introducciones—. Los próximos meses ocurrirán muchos eventos que tomarán por sorpresa a este país. La mayoría de estos acontecimientos que propiciaremos como grupo están destinados a crear una fractura importante con la gestión actual dentro de la Casa Blanca. Si conseguimos desestabilizar el Gobierno de Nixon y a sus partidarios, manipularemos al presidente para que caiga en aquellas redes donde nos interesa tenerlo sujeto.

—¿Y qué papel jugaremos nosotros en esos movimientos? —arremete con pasión Anezka sin ocultar su impaciencia—. Llevamos meses esperando instrucciones desde que se activó oficialmente la Operación Diluvio. Nos hemos sentido inútiles todo este tiempo, como si en realidad no les importáramos.

Jericho agradece la intervención de Anezka en silencio, especialmente porque comprende que a ella no le interesaba seguir esperando mientras recibiera dinero para mantenerse, y si declaraba tales palabras lo hacía en nombre de ellos. Luego de escuchar a Anezka, el agente observa a Jericho para ver si este intervendrá, pero comprende que ella hablaba por ambos.

—Nuestra intención no es que se sientan descartados —se excusa Smith—. Y esto lo digo en nombre del resto de los miembros de los Conspiradores: contamos con ustedes y consideramos que su labor es tan útil y esencial para nosotros que no podríamos prescindir de sus servicios. Lamento si han tenido una impresión errónea durante estos meses. No obstante, corregiremos eso de inmediato con lo que tengo por decirles.

—Estamos impacientes por escucharte —repite Jericho con un tono cínico cuando Smith hace una pausa para mirar a su alrededor, asegurándose de que nadie en aquel café les está prestando atención—. Descuida, Smith, llevamos rato aquí. No hemos descubierto nada sospechoso. Tú lo parecerás si sigues torciendo el cuello de esa manera.

Anezka trata de contener la risa y Smith ignora el comentario de Jericho, aunque procurará

no mostrarse asustadizo en lo sucesivo.

—El Proyecto Enoch es una idea que pretende avanzar —continúa Smith—. Por supuesto, uno de nuestros objetivos principales sigue siendo impedirlo a toda costa. Por lo tanto, el papel que ustedes desempeñarán a partir de este momento es el de aumentar la presión, tanto contra los partidarios de Nixon como de los seguidores del Proyecto Enoch. En ese sentido, les corresponde «encargarse» de aquellos aliados que son menos conocidos por la opinión pública. Recuerden que lo fundamental es que todas nuestras acciones sean ejecutadas limpiamente y sin dejar rastro, para que solo se conozca lo que se traduzca en una mala imagen para el Gobierno de Nixon.

—Has dicho que están ocurriendo muchas cosas importantes —interviene Jericho—. ¿Por qué no puedes ser más claro al respecto? ¿Han prohibido que lo sepamos? Ni a Damascus ni a mí nos gusta trabajar sin saber a qué nos enfrentamos y hasta qué punto nuestras acciones podrían favorecer intereses ocultos. En el pasado hemos sido usados por personas que solo querían dañarnos y no estamos dispuestos a soportar nuevos engaños por parte de la misma clase de estafadores. Ilústranos con más detalles sobre lo que realmente sucederá.

Smith intenta no mostrarse asustado ante el tono de extrema seriedad con que Jericho subraya sus palabras. Parece debatirse entre las órdenes que debieron darle sus superiores y la perspectiva de una confrontación con alguien tan impredecible como Jericho. En su fuero interno agradece que Damascus no esté presente, así que intenta buscar el apoyo de Anezka con la mirada, pero ella está decidida a seguir manifestando su apoyo a todo lo que Jericho diga.

—No sea tan misterioso, Smith —acusa Anezka burlonamente—. Díganos lo que sabe sobre la Operación Diluvio. ¿Han logrado algo los fontaneros? Nosotros estamos al tanto de lo que ocurre, pero nos gustaría conocer los detalles, sentirnos parte fundamental de lo que ocurre. ¿No le parece una exigencia justa?

—Es un asunto que responde a razones formales de seguridad —defiende Smith—. Ni yo mismo conozco todos los detalles, sino en la medida que sea necesario que yo los tenga en cuenta. Imagínense lo que ocurriría si alguno de nosotros caemos en malas manos y nos vemos obligados a revelar información durante un interrogatorio. Es una regla básica de espionaje que ustedes dos, e incluso Damascus, deben comprender muy bien: la información se administra antes de proporcionarse, porque el enemigo cuenta con armas y aliados en todas partes.

—El enemigo no nos tiene a nosotros —interpone Jericho con desdén—. Y si supiera de nuestra intervención, te aseguro que no querría hacer el intento de atraparnos o buscar una confrontación directa. Quizá el enemigo es mucho más sensato que ustedes, ya que no siempre recuerdan con quiénes están lidiando. ¿Acaso creen que revelaríamos lo que sabemos mientras somos interrogados? Preferiríamos morir antes de que eso ocurra. Damascus y yo somos lo suficientemente fuertes para no dejarnos amedrentar por el dolor. Nuestra misión de impedir que el Proyecto vuelva a causar daño y de que prosperen los corruptos ideales de nuestros enemigos es mucho más fuerte que cualquier tortura a la que nos sometan. Y si alguien no es tan fuerte como nosotros, entonces también nos encargaremos de eliminarlo antes de que cometa el error de favorecer a nuestros adversarios.

En este punto Jericho alterna los ojos sobre Smith y Anezka, y luego los fija definitivamente en Smith. Ambos se quedan silenciosos, incapaces de devolverle la mirada y con la cabeza baja, sintiendo que la amenaza es muy clara y que de nada vale defenderse contra ella o contradecirla. Una vez más, Anezka recuerda que, a pesar de la intimidad compartida con Jericho, este no dudaría en matarla o dejar que Damascus lo hiciera si da un paso en falso que la haga ver como una traidora. A su vez, Smith estaba determinado a no revelar más y así concluir la

conversación tan pronto como fuera posible, pero la reacción amenazante de Jericho le impide ponerse de pie e improvisar una despedida convincente. Parece obligado a decir cualquier cosa que pueda satisfacer a Jericho y que le dé a entender que su aporte voluntario para la causa de los Conspiradores es apreciado. Comprende que, si no corresponde la conversación en los términos que Jericho quiere, entonces los Conspiradores luego se excusarán echándole toda la culpa a él por su descortesía.

—Aunque no tenga autorización para revelar todo lo que sé, tampoco es mucho —insiste Smith—. Aun así compartiré lo poco que me han dicho y algunos detalles que he descubierto por mi propia cuenta. Nixon está mordiendo el cebo porque la envoltura es exactamente lo que espera. Cuando le dices a alguien lo que espera escuchar y lo motivas a perseguir aquellos objetivos que antes no se atrevía a pronunciar en voz alta, difícilmente cuestiona a sus aduladores. Esto es lo que ocurre con el presidente en estos momentos: se deja aconsejar por quienes aparentan confirmar su voluntad y conocerla hasta mejor que él mismo .

—El presidente está cayendo en la trampa —observa Jericho—. Pero si tales ardides van en consonancia con sus deseos, ¿cuál es exactamente esa trampa y por qué lo perjudica? ¿Cómo podría ser tan estúpido de no darse cuenta?

—No es tanto la estupidez del presidente, sino lo ingenioso de nuestros planes lo que nos garantizará la efectividad de la trampa —argumenta Smith—. Para algo ha servido el tiempo que hemos pasado discutiendo y evaluando nuestras opciones. Tenemos infiltrados dentro de la Casa Blanca, personas en las cuales Nixon confía ciegamente, y hará lo que ellos le sugieran porque beneficia sus intereses y los de su partido, además de alimentar sus sueños de reelección.

—No parece descabellado —apoya Anezka—. Mientras más cerca un hombre está del poder su entendimiento se entorpece a la hora de distinguir lo que le conviene, comparado con lo que quiere. Y generalmente, cuando quiere algo, espera obtenerlo de inmediato. Sin embargo, también tengo curiosidad, ¿qué esperan de Nixon? Sigues sin decirnos cuál es esa trampa, querido Smith. No te irás de aquí hasta que nos cuentes los detalles más jugosos.

Con una sonrisa, Jericho y Anezka cruzan sus miradas, por lo que Smith se siente acorralado. No desea seguir allí ya que ha cumplido con dejar el maletín, pero se siente obligado por el miedo de continuar entre ellos hasta que no lo despidan. Suda copiosamente, meditando hasta qué punto sus respuestas resultarán comprometedoras en base a las prohibiciones de los Conspiradores a proporcionar información no autorizada y, al mismo tiempo, comprende que sus respuestas deben convencer a Jericho de que nadie actúa a sus espaldas. Si Jericho queda descontento, los Conspiradores lo reprenderán, pero si le revela demasiada información, podrían castigarlo.

—Esto es información clasificada y confidencial —expone Smith bajando la voz tanto como puede, obligando a que Jericho y Anezka inclinen las cabezas para no perder ningún detalle de la información—. Confío en que ustedes no dirán nada y tampoco asegurarán saberlo frente a cualquier miembro de los Conspiradores hasta que oficialmente deban conocerlo. En primer lugar, los allegados de Nixon intentan convencerlo de formar un operativo ilegal de espionaje en contra del Partido Demócrata. Hasta ahora parece muy abierto a la propuesta, a pesar de los peligros que representa, porque mayor es su miedo de perder sus privilegios. Lo que él no sabe es que este falso operativo se encontrará bajo el control de los Conspiradores. Ya van entendiendo de qué se trata, ¿no es así? Por supuesto, una acción como esta es muy delicada viniendo de un presidente, y ya se imaginarán lo que ocurriría si luego se llega a saber que hay fondos destinados para este tipo de actividades clandestinas. ¡Tremendo escándalo!

—Comprendo el objetivo, parece un buen plan —concede Jericho—. Supongo que la revelación de esos delitos y su posterior exposición pública estarán también bajo el control de los Conspiradores.

—Excelente deducción —asegura Smith intentando sonar cínico, aunque a duras penas lo logra—. Se trata de un operativo condenado al fracaso, en lo que se refiere a los intereses de Nixon. Y justo cuando se ponga en funcionamiento, paralelamente estaremos creando un escenario convincente para que se descubran documentos y otro tipo de archivos incriminatorios contra Nixon. Ya sabe: se filtrarán en el momento justo para que lleguen a las manos indicadas. Como pueden suponer, se trata de algo grande e histórico. El país entero se sorprenderá con tamaña infamia que dejará en un mal lugar a nuestro actual presidente, y por eso debemos ser muy cuidadosos a partir de este momento. Eso es todo lo que se me ha permitido saber y muy amablemente lo comparto con ustedes para que vean que pueden contar conmigo.

Jericho escuchó con atención las explicaciones de Smith sobre lo concerniente a la actuación de los llamados «fontaneros de la Casa Blanca». De vez en cuando comparte una mirada silenciosa con Anezka, intentando que su mente procese la información mientras aún no elabora un juicio de valor respecto a tales acciones. Si trabaja junto a los Conspiradores está sobreentendido que las apoya, aunque nunca descarta el margen de duda. Por lo pronto las acepta, o no le queda otro remedio, ya que Nixon ha demostrado estar activamente del lado de sus enemigos, es decir, de aquellos que intentan revivir el Proyecto.

—No olvidaré tu buena disposición a colaborar —responde Jericho con un rostro inexpresivo que no le permite a Smith precisar si habla en serio o se burla de él—. Supongo que debes ser un hombre extremadamente ocupado, así que no te quitaremos más de tu valioso tiempo. Nosotros volveremos cuanto antes al apartamento para revisar lo que nos has traído.

Cuando escucha que Jericho lo despide por su propia iniciativa, Smith sonrío aliviado, considerando que ha terminado el interrogatorio indirecto y no autorizado al que estaba siendo sometido bajo una sutil coerción. Se pone de pie enseguida, antes de que Jericho cambie de opinión o Anezka pronuncie alguna nueva duda respecto a lo que deben hacer.

—Hasta luego —se despide Smith—. No tardaremos en volver a ponernos en contacto con ustedes. Y, en nombre de los Conspiradores, nuevamente pido disculpas si se han sentido olvidados por nosotros. Nunca ha sido nuestra intención. Su labor es muy importante para alcanzar los objetivos que nos proponemos.

Sin esperar una respuesta, Smith se aleja cuanto antes de la mesa que ocupan Jericho y Anezka para marcharse de aquel café, dejando el maletín que llevó consigo como único rastro de que segundos antes estuvo allí. Jericho lo levanta con curiosidad y posa sus manos sobre él, sintiendo su textura, aunque decidido a no abrirlo hasta que estén en un lugar seguro, es decir, en el piso franco donde Damascus los espera. Con un gesto le indica a Anezka que sigan el ejemplo de Smith y se marchan del lugar sin compartir palabras, dejando suficiente dinero para pagar los cafés que han tomado y una nada despreciable propina.

Capítulo 3

Memphis, Tennessee, julio de 1971

Porciones de carretera parecen tragadas por el espejo retrovisor cada vez que Damascus, quien hace las veces de conductor en esta ocasión, observa discretamente el camino que ha dejado a sus espaldas, como un gesto mecánico para aliviar su impaciencia y comprobar que ningún otro coche los sigue durante varios minutos. A menudo es capaz de mantenerse tranquilo en este tipo de situaciones, sin que nada parezca perturbarlo. Por eso no comprende por qué en esta oportunidad lo embarga un raro presentimiento de que algo saldrá mal. Detesta todas esas sensaciones irracionales, ya que son capaces de hacerte dudar hasta que cometes un error.

En aquel instante quisiera acelerar con mayor fuerza para llegar con antelación al lugar donde hallarán su objetivo, pero esta acción podría atraer la atención de algún policía, que intentaría detenerlos por cometer una infracción de velocidad. Esto es una mera suposición, porque la carretera luce despejada y sin la presencia de autoridades que velen por el buen tránsito. Sin contar con esto, Damascus anticipa que, si se atreve a acelerar a un límite máximo de velocidad, enseguida será reprendido por Jericho o Anezka, quienes se mantienen sentados en el asiento de atrás sin emitir ningún sonido.

Desde que salieron rumbo al destino convenido no han intercambiado muchas palabras. Cada uno de ellos está seguro de las acciones a seguir porque fueron discutidas detalladamente durante la noche anterior. Además de vigilar el aspecto de la carretera por el espejo retrovisor, Damascus también les dedica ocasionales miradas a sus pasajeros en los asientos traseros, sorprendido por los atuendos que llevan y que los hacen lucir irreconocibles. Una vez más, Jericho ha demostrado su gran talento como «maestro del disfraz», ya no solo para transformarse a sí mismo, sino también para conseguir que Anezka se vea muy distinta debido a su nueva indumentaria. Juntos parecen una pareja de ricachones conformada por un hombre experimentando la plenitud de su madurez y una esposa mucho más joven, a la cual debe colmar de joyas y obsequios para mantenerla contenta. O al menos así se los imagina Damascus, suponiendo cómo serían vistos por alguien que no los conozca. En ese sentido, según la mecánica de este disfraz, Damascus vendría siendo el chofer que los lleva a algún evento lujoso.

Mientras, cuando alguno de los dos descubre esta mirada curiosa con que Damascus los examina a través del espejo de una manera indiscreta, en lugar de avergonzarse y apartar su mirada, este les responde con una media sonrisa, sin separar sus labios; siendo este un gesto que resulta inmediatamente desconcertante para ambos, ya que parece mucho más animado que de costumbre, en contraste con su habitual personalidad de carácter frío e indiferente.

A pesar de este raro entusiasmo por parte de Damascus, solo recibe ceños fruncidos como respuesta. Anezka y Jericho parecen molestos entre ellos, probablemente debido a esas razones que intentan ocultarse y que son generadas a partir de la intimidad que comparten. Damascus no se mete en este tipo de asuntos y muy poco le preocupan las molestias que existan entre ambos siempre y cuando cumplan con el trabajo, lo único realmente importante. El objetivo indicado por los Conspiradores es Armand Meeker, un reconocido hombre de negocios que se cuenta entre los partidarios de ideología derechista con mayor influencia dentro de la política, a pesar de las grandes sospechas que muchos tienen respecto a sus fuertes vínculos con el crimen organizado. Por supuesto, esto no ha sido comprobado oficialmente, pero los Conspiradores lo saben de la boca del propio Meeker, que lo ha admitido en privado. Tanto para Jericho como para Damascus, este negociante en cuestión representa un objetivo muy importante porque,

basándose en la información con la que cuentan y que luego Damascus confirmó según sus propios métodos, se ha manifestado como uno de los más interesados en invertir capital para financiar los movimientos ilegales de Nixon, movido principalmente por el Proyecto Enoch. En el pasado fueron hombres semejantes a Meeker los que impulsaron el Proyecto, creyendo que el dinero les da suficiente derecho para promover cualquier horror que para ellos resulte rentable. ¡Debían impedirlo!

—Ese tal Meeker no parece particularmente importante —destaca Anezka—. Sabemos que tiene interés en invertir en el Proyecto Enoch, pero si este nunca llega a ocurrir, de nada servirá su aporte.

—Precisamente ese aporte es el que podría conseguir que el Proyecto Enoch comience a operar —contradice Jericho—. Es probable que él no sea el brazo ejecutor de los experimentos ni el intelecto que los promueve, pero para que algo como el Proyecto Enoch ocurra primero tienen que existir inversores que lo hagan posible. Si detenemos a estos inversores será mucho más difícil que lo que comienza a partir de un plano se transforme luego en un laboratorio.

—Sin duda es el inversor más entusiasta al respecto —añade Anezka—. Es uno de esos tipejos que alimentan la paranoia anticomunista de la década pasada. Seguramente se sentiría a gusto con una guerra contra los rusos. En los testimoniales contenidos dentro del informe aseguran que Meeker ha manifestado en diversas reuniones una misma opinión respecto al Proyecto. Según él, disponer de otros «soldados» como Damascus le haría muy bien a Estados Unidos. ¿Puedes creerlo?

Al hacer esta mención, Damascus aprieta con fuerza el volante y por un momento hace un viraje que los sacude a todos dentro del coche. Retomando el control, vuelve a conducir como si nada, aunque es evidente que le afecta el hecho de que alguien sugiriera como una buena idea que existan otras personas como él.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Jericho, creyendo adivinar el fondo de sus pensamientos—. Estamos cerca.

—Todo en orden —responde Damascus lacónicamente, sustituyendo su anterior breve entusiasmo por sus modales característicos—. Quisiera avanzar más rápido.

—¿Cuál es tu plan? —aprovecha para preguntar Anezka, quien no parece muy cómoda de estar allí—. Ayer no fuiste muy claro al respecto.

—Trabajaré sobre la marcha —responde Damascus con una evasiva—. Hay misiones donde es preferible actuar según el calor del momento. En todo caso, tú no tendrías por qué estar aquí. Ha sido tu decisión.

—Nos pareció una locura cuando propusiste que actuarías en solitario durante esta misión —repite Anezka recordando lo que discutieron la noche anterior—. Por eso Jericho y yo nos negamos. Sin embargo, tengo mis propias dudas al respecto.

—Mejor guárdalas para ti —aconseja Jericho—. No es buen momento para entrar en discusiones inútiles.

Por un momento Anezka está dispuesta a replicarle, pero parece arrepentirse enseguida porque retrocede para arrellanarse en su asiento, refunfuñando casi en silencio con los brazos cruzados para que no quede duda de que le enoja el maltrato por parte de Jericho. Como Jericho no desea enzarzarse en una nueva discusión con Anezka, conforme a lo manifestado, la deja tranquila sin recriminarle que maldiga por lo bajo contra él. A diferencia de ellos, Anezka se siente mucho mejor durante los momentos en que no deben realizar trabajo de campo peligroso,

y no porque tenga miedo, ya que es el tipo de mujer que sabe cómo defenderse, sino porque le recuerdan que cualquier posibilidad de normalidad en su vida conviviendo junto a Jericho y Damascus no representa más que una apariencia frágil que se desmonta de inmediato cuando llega el momento de trabajar.

Nuevamente se instaura el silencio en el coche. Damascus ya ha perdido cualquier rastro del entusiasmo que lo embargaba al principio y en su lugar se incrementan los oscuros presentimientos. Su percepción del tiempo se ve influenciada por esta pesadez. Maneja ahora por una calle mucho más concurrida, que denota su proximidad con la ciudad, pero esta resulta ser mucho más larga de lo que esperaba. Minutos más tarde, Damascus se dirige hacia una intersección en forma de cruz y justo entonces aparece un Lincoln Continental con cristales oscurecidos aproximándose con la intención de pasar por ese mismo lugar. Jericho no pierde de vista este detalle que llama su atención de inmediato, no solo porque se trata de un coche lujoso, sino porque es la tercera vez que cree haberlo visto durante la última media hora, aunque en las anteriores ocasiones estaba considerablemente más lejos.

Compartiendo una breve mirada a través del espejo, Damascus demuestra que parece haber tenido el mismo pensamiento que Jericho respecto a este coche sospechoso. Anezka no comprende este intercambio de miradas y observa indistintamente a ambos hombres esperando una explicación. Jericho, luego de ver a Damascus y corroborar que comparten en secreto una misma impresión, barre con su mirada las calles circundantes enarcando las cejas al comprobar la cantidad de civiles que hay en la zona, a bordo de coches o caminando por las aceras. Damascus ha tomado la iniciativa de seguir el vehículo sospechoso dispuesto a aproximarse, para desconcierto de Jericho y de Anezka, quien ya comienza a entender lo que ocurre y enseguida imagina que Damascus hará lo que acostumbra a hacer: derramar sangre. Su reacción inmediata es apretar el brazo de Jericho y observarlo fijamente, dándole a entender que detenga a Damascus antes de que ocurra una tragedia.

—Espera —dice Jericho intentando hablarle a Damascus—. No es necesario que...

—¡Sújetense! —interrumpe Damascus antes de que Jericho termine de hablar—. ¡Sújetense con fuerza!

Jericho y Anezka obedecen de inmediato, afirmando sus cinturones de seguridad en el preciso instante en que Damascus pisa el acelerador sin reparos con el objetivo de alcanzar al Continental, el cual se halla en el medio del cruce en ese momento.

—¡Maldición! —declara Jericho afirmando sus manos en el asiento para sujetarse con fuerza—. Esto es una locura.

—¡Detente, Damascus! —grita Anezka nerviosa—. Nos vas a matar.

Jericho apenas consigue alzar una de sus manos para echar hacia atrás el cuerpo de Anezka y asegurarla al asiento. Damascus no hace caso a lo que le dicen porque ya ha tomado su decisión. Su voluntad va alineada con su instinto de cazador, y con una mirada iracunda avanza hasta el Continental como un demonio de mirada encendida hasta que, finalmente, ambos coches colisionan con un poderoso estruendo.

En medio del golpe y la humareda en torno a ellos, Anezka tarda en reaccionar mientras Jericho abre sus ojos. Ninguno salió herido tras el choque. Por suerte Damascus ha tomado la iniciativa de pedir un vehículo resistente para esta misión, como precaución en caso de que sufrieran un ataque en la carretera. Una vez comprobado que están ilesos, Jericho reanima a Anezka para que despierte enseguida y ella abre los ojos mirando a su alrededor, invadida por un ataque de tos.

—¡No puedo creerlo! —resopla Anezka—. ¿Era necesario chocar el coche?

—No hay tiempo que perder para reclamos —grita Damascus desembarzándose de su cinturón de seguridad y sacando la pistola que lleva guardada consigo—. ¡Bajémonos!

Siguiendo el ejemplo de Damascus, también Anezka y Jericho abandonan el coche arma en mano y se dirigen de inmediato hacia el siniestrado Continental, cuyas ventanas estallaron como consecuencia directa del impacto. A su alrededor la gente grita y sale corriendo despavorida, sin comprender lo que ha ocurrido. Nadie ha intentado bajarse del vehículo, así que esperan lo peor, aunque no bajan las armas por mera precaución. Cuando consiguen estar a su altura, echan un vistazo, descubriendo que en su interior yace un guardaespaldas inconsciente, bajo el cual se encuentra el propio Meeker, herido aunque despierto, intentando volver en sí por encima de la confusión.

—¡Retrocedan! —ordena Jericho alzando su arma—. Hay hombres armados.

Jericho vio por un momento no solo a un guardaespaldas que intenta sacar a Meeker fuera del vehículo, sino a otro que, desesperado, prepara un arma para salir a disparar. Los tres se distribuyen en torno al auto siguiendo las señas de Jericho. Damascus apenas se molesta en apuntar al sujeto y, cuando este consigue salir desesperado disparando a diestra y siniestra, es Anezka quien lo derrumba, matándolo con un solo tiro.

—Meeker está vivo pero medio inconsciente —advierde Jericho—. Hay otro guardaespaldas con él.

Damascus asiente y se acerca al coche para rodearlo con la intención de encargarse del guardaespaldas antes de sacar a Meeker. Jericho y Anezka crean un cerco estratégico para apoyar sus movimientos, pero de pronto se ven obligados a abandonar esta tarea cuando irrumpen cuatro guardaespaldas con sus armas en la mano, abriéndose paso entre el gentío que huye en dirección contraria a la explosión, causando mayor revuelo y gritos desesperados por donde pasan.

Jericho y Anezka se lanzan al suelo, detrás del coche impactado, pero sujetando con fuerza sus armas para disparar en cuanto sea preciso. Los guardaespaldas están desorientados y no parecen tener una estrategia de ataque sólida. Se limitan a lanzar disparos al aire para asustar a las personas. Se produce un tiroteo confuso, durante el cual Anezka y Jericho se levantan para abrir fuego contra estos, mientras Damascus parece aburrido y arroja su arma en dirección a ellos, esperando que la recojan. Intempestivamente se introduce en el coche para sacar a un guardaespaldas que aún se halla adentro y lo arrastra afuera. Una vez allí pone ambos pulgares sobre sus ojos y los presiona con fuerza hasta hacerlos sangrar, para luego fracturarle el cuello con un movimiento limpio que lo mata de inmediato.

Anezka consigue derribar a uno, a la vez que Jericho se despacha a los tres restantes. Damascus, tras haber asesinado brutalmente al guardaespaldas que quedaba, repara en que Meeker intenta salir del coche, quedando atrapado en el espacio entre el asiento y la puerta. Luego de ser testigo de cómo mató a su guardaespaldas intentó salir con mayor desesperación, pero los nervios le jugaron una mala pasada, impidiéndole una correcta coordinación de sus movimientos. Damascus le dedica una sonrisa y Meeker puede reconocer un brillo de crueldad en su mirada, propia de quien no tendrá misericordia.

—Eres un monstruo —acusa Meeker—. ¡Un traidor!

Damascus evita responderle y, en cambio, sujeta la puerta abierta del coche y la desprende de la carrocería para golpear la cabeza de Meeker repetidas veces hasta dejar una masa de carne sanguinolenta en donde es imposible distinguir la antigua forma de su rostro. Anezka se abraza a

Jericho horrorizada y este se queda inmóvil, poniendo una de sus manos sobre los cabellos de ella y no apartando la mirada de Damascus, sin miedo a que se refleje en su rostro los juicios silenciosos que abarcan sus pensamientos.

—¡Dios mío! —solloza Anezka—. Nadie merece morir así.

Con movimientos delicados pero firmes, Jericho aparta a Anezka cuando esta consigue recuperarse del *shock* inicial. Después de la contienda, Jericho se siente igualmente turbado y se dirige hacia Damascus, quien intenta limpiar de su abrigo la sangre que le salpicó.

—¿Perdiste la cabeza? —le recrimina Jericho—. No era necesaria tanta violencia para cumplir con la misión. Has expuesto a civiles inocentes a que ocurriera una masacre a manos de esos guardaespaldas. Hasta para vencer a un enemigo hay que mantener un nivel de ética. ¿Por qué tanta crueldad? ¿Acaso lo disfrutas?

—No hay daños colaterales —se defiende Damascus con desenfado y luego repara en que uno de los guardaespaldas caídos sigue vivo y solo estaba inconsciente—. Ha quedado uno. Podemos interrogarlo para que compruebes si me equivoco a la hora de administrar mi justicia.

El hombre al cual se refiere Damascus se arrastra en el suelo, asustado e intentando alcanzar un revólver que se encuentra a cierta distancia de él. Damascus se pone a su lado y lo deja moverse un trecho, empujando luego el arma unos pocos centímetros lejos.

—Quieres alcanzarla, ¿cierto? —se burla Damascus—. Debes esforzarte más. Pero te recuerdo algo muy importante: no siempre nuestros esfuerzos reciben la recompensa que esperamos.

A pesar de las burlas de Damascus, el hombre sigue intentando alcanzar el arma, a sabiendas de que no existe forma alguna en que pueda salir vivo de aquel trance. Aun así, concentra todas sus fuerzas en ese último gesto desesperado, al menos para demostrarle a su adversario que no se rendirá.

—Debo admitir que este tiene coraje —continuó Damascus, recogiendo el arma del suelo y guardándola en su bolsillo—. Aprovechando que no has muerto me gustaría hacerte unas preguntas.

Jericho observa la escena en silencio, aunque se aproxima lo suficiente para no perder ningún detalle del interrogatorio. A cierta distancia, cerca de los coches, Anezka continúa apartada, dándoles la espalda a ambos hombres sin deseos de seguir presenciando los actos de extrema crueldad que le han revuelto el estómago. Hay una apuesta tácita entre Jericho y Damascus en lo que se refiere a este interrogatorio. Jericho está convencido de que el hombre en cuestión es un mísero mercenario que no tiene idea sobre el Proyecto, mientras que Damascus pretende demostrarle todo lo contrario. Damascus pone su zapato sobre el rostro del guardaespaldas sin hacer presión, tan solo para mantenerlo sometido y humillado a medida que le habla. Jericho no interviene, pero se mantiene alerta para hacerle frente a Damascus en caso de que intente propasarse. No está dispuesto a tolerar más muertes ejecutadas con tanta monstruosidad.

Al principio el hombre en cuestión intenta mentir, rogando por su vida. Damascus lo pateo mecánicamente en los costados sin hacer mucha fuerza. Luego, al comprender que no obtendrá ni un mínimo gesto de misericordia por parte de su verdugo, comienza a soltar la lengua tal como Damascus espera que lo haga.

—Bastardo —resopla el guardaespaldas—. No podrás detenernos. Somos muchos, y por cada uno de nosotros que muera surgirá otro par para hacerlo posible.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Jericho y poco a poco va comprendiendo que Damascus acertó en su veredicto. El hombre era mucho menos ignorante de lo que aparentaba en un principio.

—¿Qué es lo que harán posible? —pregunta Damascus, esta vez mirando fijamente a Jericho para comprobar sus reacciones—. Si aseguras que no podremos impedirlo, ¿para qué protegerlo? Eres un pobre guardaespaldas, ¿qué tanto puedes saber?

—Lo suficiente —exclama el guardaespaldas—. La mayoría de nosotros no lo hacemos solo por el dinero. Hemos decidido formar parte de esta misión. Hasta los más míseros entre nosotros comprendemos el gran propósito. Enoch nos dará la gloria que merecemos.

Ya no queda duda alguna para Jericho de que tanto este hombre como el resto de los guardaespaldas a los que compadeció minutos antes por sacrificar sus vidas sabían exactamente contra quienes se enfrentaban, al mismo tiempo que estaban dispuestos a defender los ideales corruptos detrás de aquel trabajo. Eran conscientes del Proyecto Enoch y lo defendían con sus vidas. Damascus le lanza a Jericho una mirada interrogante, esperando que este tome la decisión sobre su siguiente movimiento. Jericho asintió sin remordimientos, comprendiendo lo que ocurriría a continuación tras concederle a Damascus el permiso que este esperaba de su parte. Con un movimiento implacable Damascus se agacha y sujeta la cabeza del interrogado entre sus manos para partirle el cuello limpiamente, en el preciso instante que Anezka cae de rodillas para vomitar en el suelo, muy asqueada.

Capítulo 4

Intersección entre Memphis y Atlanta, agosto de 1971

Los viajes en carretera ahora suelen ser más tensos que antes, incluso cuando no se trata de cumplir una misión. El recuerdo de la colisión producto de las acciones impetuosas por parte de Damascus viene de inmediato a sus memorias cada vez que comparten espacio dentro de un coche, aunque no lo mencionen en voz alta. En esta oportunidad es Jericho quien conduce, así que el mero recuerdo no le afecta tanto a Anezka, sentada en el asiento del copiloto, como si en cambio fuera Damascus el que condujera.

De vez en cuando Anezka y Jericho comparten una mirada, al detenerse en medio de una breve congestión de automóviles. Desde el asiento trasero Damascus no parece estar interesado en este intercambio, así como no le importa conducir el coche, ya que solo se dirigen hacia su nuevo piso franco. Se mantiene allí impasible, sin asegurar el cinturón de seguridad y con la mirada fija en el horizonte que se le presenta. Anezka imagina que a Damascus debe darle igual quien conduzca cuando no se trata de arrollar a alguien. Se siente inquieta por tenerlo a sus espaldas y no deja de imaginar posibles escenarios en que este pone las manos en torno a su cabeza para torcerla hasta dejarla muerta frente a un indiferente Jericho, que no haría nada para impedirlo. De cualquier manera, es mucho mejor eso en lugar de estar sentada junto a Damascus allí atrás o que sea él quien conduzca. Aun así su imaginación continúa alimentando variadas fantasías oscuras durante un viaje largo entre dos ciudades, lo cual le impide dejarse vencer por el sueño y echar una siesta.

En esta oportunidad han dejado atrás Memphis y se dirigen rumbo a Atlanta con el fin de ocupar el nuevo piso franco que les han asignado. La información sobre esto llegó en el momento justo en que comenzaban a quejarse por el hecho de que Smith no los hubiera contactado para darles su nueva localización. Mientras conduce, Jericho rememora este reciente encuentro con el agente comisionado por los Conspiradores. Desde aquel día en el café, en donde Jericho lo sometió a un interrogatorio indirecto, al hombrecillo le cuesta ocultar sus nervios cuando debe verlos para proporcionarles información autorizada, repartirles nuevas instrucciones que no deben decirse por teléfono o darles algún objeto o material que necesiten para completar alguna misión. Nunca toma asiento, suda copiosamente y habla con extrema rapidez, queriendo dar por terminado su encuentro con ellos cuanto antes. Es evidente que no se trata de una tarea de su agrado, pero contra la cual no puede poner objeciones ya que sus jefes se lo encargan. Como siempre, se presentó en un lugar previamente convenido, con las llaves del nuevo apartamento sujetas a la vista y depositándolas luego en las manos de Anezka con la expresa intención de alejarse de ellos lo más pronto posible. En aquella oportunidad los acompañaba Damascus y su nerviosismo fue mucho más extremo, ya que se debatía entre las ganas de salir corriendo y la necesidad de demostrar que su apuro respondía a la urgencia de atender otras ocupaciones en vez de al terror que le causaba estar demasiado cerca de él.

—¿Crees que a Smith lo han reprendido los Conspiradores cuando le extraje información? —pregunta Jericho de modo casual—. Siempre anda muy nervioso aunque trate de enmascararlo, pero esta última vez fue el tope. Creo que el pobre hombre casi se tropieza cuando se fue.

—Seguro se debió a mi presencia —declara Damascus, expresando en voz alta los pensamientos de todos—. Quizá oculta algo y por eso sabe que debe andarse con cuidado a la hora de vernos. Aunque los Conspiradores lo consideren de confianza, no significa que nosotros también. Debería investigarlo.

—Evitemos emprender misiones sin instrucciones —resopla Anezka contrariada—. Smith es un simple peón y es evidente que tuvo mucho miedo al verte. Cualquier persona sensata lo tendría, sin ofender. Y sí, supongo que deben haberlo reprendido. A pesar de eso, no asignaron a nadie nuevo para sus tareas, así que deben contentarse con torturarlo en su obligación de vernos o no temen que Smith sepa algo que resulte comprometedor.

—Tal vez esa sea la estrategia perfecta —señala Jericho—. Conservar a Smith y dejar que lo veamos aunque intentemos nuevos interrogatorios, como un signo de confianza, para hacernos creer que no nos tienen miedo y que no nos ocultan los asuntos importantes. No descarto la idea de investigarlo, siempre y cuando no le haga daño a nadie en el proceso.

—Gracias por soltarme la cuerda —bromea Damascus con cinismo—. Lo haré sin que nadie sangre, a menos que lo merezca.

Ante esta declaración, Anezka resopla con hastío y Jericho nota la contrariedad reflejada en su rostro.

—¿Te ocurre algo? —pregunta Jericho, aunque ya sabe la respuesta—. Pareces molesta.

—¿Cuándo no lo ha estado? —responde Damascus por ella—. Al menos desde la última misión no parece tolerar mi presencia. Puedes unirte al club de Smith.

—Lo que ocurrió esa vez fue intolerable —replica Anezka sin dejarse amedrentar—. Sigo pensando en eso y en la suerte que tuvimos de que no se creara un escándalo mayor. Pudimos poner en riesgo no solo nuestras vidas, sino la Operación orquestada por los Conspiradores. Me sorprende que solo nos hayan recomendado tener sumo cuidado para las próximas ocasiones en lugar de darnos una reprimenda.

—Ellos saben mejor que tú con quién están lidiando —repite Damascus—. Si tienes una bomba, la lanzas contra tus enemigos. Así de simple.

—Supongo que nunca cambiarás tus métodos —acusa Anezka—. De cualquier manera, para futuras misiones no estoy dispuesta a acompañarlos si no conozco el plan de antemano.

—Comprendo tu molestia —apoyó Jericho—. Debemos actuar con mayor responsabilidad y evitar dejar embargarnos por las pasiones. No podemos cambiar el pasado, pero podríamos ayudar a que exista un mejor futuro. No lo arruinemos.

Era evidente que Jericho tampoco estaba cien por ciento de acuerdo con los métodos de Damascus, y no solía apoyar abiertamente los argumentos de Anezka, por lo que esta se sintió bien al escucharlo. Los vínculos que habían forjado intentaban crear un asidero en medio de las dudas y los recelos que manifestaban el uno contra el otro. Constantemente intentaban convencerse de que solo se sentían atraídos por el sexo y la obligación de trabajar juntos. Demostrarse cualquier sentimiento que contradijera esta seguridad podría ser un arma de doble filo, tanto para ellos como para Damascus, quien podría usar esto en su contra. Ella agradeció que esta vez no se ponga del lado de Damascus, tal como Jericho pudo corroborar en la mirada afectuosa que le dedicó, aunque luego responde con un tono hosco:

—Si el futuro está en manos de hombres como ustedes, ¡menuda esperanza!

Capítulo 5

Atlanta, Georgia, noviembre de 1971

El sudor corre por sus pieles y apenas se percatan de ello. Anezka rodea la espalda de Jericho con sus brazos y, por un instante, sus respiraciones parecen estar sincronizadas mientras ella lo atrae con fuerza hacia su cuerpo para darle término a sus exhalaciones al recibir sus besos. Sin importar cuánto discutan o todas las veces que riñan por asuntos estúpidos o de significativa gravedad, cuando unen sus cuerpos desnudos se concentran exclusivamente en el placer, aunque también conquistan una intimidad cercana a la pertenencia mutua. En silencio, sin que las palabras entorpezcan su unión, los besos y abrazos confirman lo que luego se empeñarán en contradecir: se necesitan y dependen de esos instantes para recordarse su humanidad.

El máximo placer llega en el momento justo para ambos. Conocen sus cuerpos mucho mejor de lo que jamás llegarán a comprenderse y aceptarse como individuos. La gran ironía es que durante el sexo no se sienten indiferentes ni obligados a fingir que no se preocupan por el bienestar del otro, siendo el momento perfecto para suspender los prejuicios, abandonar las censuras y dejarse llevar por la necesidad de conseguir una complacencia perfecta en la correspondencia. Luego caen rendidos tras lo que ha sido un encuentro apasionado y satisfactorio. Lentamente separan sus cuerpos, aunque les agradaba la textura pegajosa de sus pieles al contacto con sus manos, como una prueba de ese esfuerzo conjunto que los ha hecho tener una experiencia trascendente.

Aunque se apartan un poco para calmar sus respiraciones, Anezka luego reposa la cabeza sobre el pecho de Jericho y este la abraza en respuesta a su acción. Se mantienen silenciosos disfrutando de la quietud, pero el cansancio no es tanto como para quedarse dormidos. Les basta estar allí, sujetos el uno al otro, aunque se mantengan despiertos. Anezka es consciente de que probablemente Jericho no duerma debido a su natural insomnio, pero ella no quiere dormirse todavía. Le gusta experimentar este instante de compenetración posterior al sexo, que le asegura lo bien que ambos se han sentido estando juntos. Jericho le confirma que él también lo disfruta cuando coloca sus brazos en torno a ella para continuar acariciando sus cabellos con una de las manos, mientras con la otra se vale de los dedos para dibujar círculos concéntricos sobre sus hombros. Animada por ello, Anezka alza por un momento su rostro para mirarlo a los ojos y este la contempla por unos segundos antes de inclinarse un poco para besarla, anudando con mayor fuerza su abrazo.

Gracias a este beso se sienten dispuestos a recomenzar de nuevo las caricias, pero se separan con calma para retomar sus posiciones y limitarse a aprovechar los momentos de ternura que pueden regalarse antes de que se vean interrumpidos por alguna preocupación. Desde que Damascus dejara de vivir en el piso franco, Anezka se siente mucho más segura sabiendo que no se encuentra afuera, despierto y vigilante. Por supuesto, tratándose de Damascus, siempre podría aparecerse de improviso a cualquier hora en calidad de visitante, pero el hecho de no tener que convivir con él oficialmente resultaba tranquilizador. Desde entonces duerme sin problemas, consciente de que Jericho estará despierto bien sea a su lado o caminando de un lado a otro de la habitación, con su peculiar manera de revisar sus recuerdos para profundizar en una misión. En contraposición a la calma que siente Anezka gracias a la ausencia de Damascus, a Jericho le ocurre un efecto contrario. Al estar a solas con ella, teme estar bajando la guardia, por muy consciente que sea de las evidencias pasadas de que es mejor desconfiar de Anezka.

Anteriormente, la presencia de Damascus en el apartamento le servía de recordatorio tácito

de las razones por las que estaban allí y de que todos no eran más que piezas en un juego mucho más grande. Sin embargo, en otras ocasiones, Jericho agradece no tener que ver a Damascus durante sus noches de insomnio, cuando sale de la habitación para recostarse en el sofá, beber una cerveza o asomarse a la ventana distrayéndose con la vista nocturna. Hacía menos de un mes que Damascus decidió no seguir conviviendo con ellos en el piso franco, sin dar mayores explicaciones y simplemente alegando que se sentía más cómodo estando solo y reuniéndose cuando fuera indispensable. A Jericho no le extrañaba su firme determinación a retomar sus viejos hábitos, considerando que siempre fue un ser solitario acostumbrado a no crear relaciones humanas duraderas, así que aceptó la decisión de su compañero sin expresar ninguna objeción. A pesar de que esta actitud por parte de Damascus resultaba lógica, muchas veces Jericho se preguntaba si la razón real de ese distanciamiento no se debía a la relación que mantenía con Anezka, aunque jamás hubiera hecho ninguna alusión al respecto.

—¿No te preocupa lo que hace Damascus a estas horas desde que ya no vive con nosotros? —pregunta Anezka con un tono reflexivo—. A veces temo que nos veamos en un aprieto por alguna irresponsabilidad de su parte.

—No me parece adecuado que intentemos meternos en su vida —responde Jericho conservando un tono amable—. Si no por otra cosa, al menos por el hecho de que nunca se ha metido en las nuestras, ni ha demostrado interés en lo que hacemos, aun cuando podría hacerlo si considera que nuestra relación afecta el trabajo que realizamos. Me sorprende tu preocupación, ya que pensé que eras la más satisfecha por no tener que lidiar con él todo el tiempo.

—Lo que hagamos tú y yo solo nos concierne a nosotros —sostiene Anezka—. Si Damascus tuviera una vida alejada del trabajo, yo estaría de acuerdo con lo que dices, pero ese es precisamente el problema: nunca cesa de trabajar. Muchas veces hemos sabido que emprende investigaciones secretas alejadas de las instrucciones que nos han dado. Ninguna de estas acciones es inofensiva y, por mucho que nos declaremos emancipados de los Conspiradores, a ellos les debemos explicaciones. Y por supuesto que prefiero que Damascus no viva con nosotros. Me siento mucho más segura sin saberlo rondando afuera, pero eso no erradica el problema que representa para la misión si se convierte en un factor de caos que opera por su cuenta.

—Comprendo tus temores —acepta Jericho—. Pese a ello, te pido que le demos un voto de confianza a Damascus. Hasta ahora no nos ha traído ningún problema. Además, cuando decidió irse le dijimos que si cambiaba de opinión todavía tendría un lugar donde quedarse. Así que aprovechemos que quiera mantener su postura para estar solos tú y yo.

Estas palabras consiguen aplacar las intenciones de Anezka de comenzar una discusión en torno a sus posiciones frente a Damascus, así que le dedica a Jericho una sonrisa y se siente animada de poner sus dedos entre los labios de él para luego acariciar su rostro. La ausencia de Damascus no solo ha conseguido garantizarle la sensación de seguridad durante las noches, sino que ha logrado que Jericho esté menos a la defensiva cuando conversan, permitiéndose en ocasiones realizar este tipo de comentarios que revelan su interés en ella como mujer fuera de lo que en el sexo se demuestran. Le gusta que Jericho esté menos predispuesto a contradecirla y reñir con pedantería para imponer su autoridad o evitar mostrarse sensible. Debido a esto, Anezka también aprende a explorar paulatinamente ese aspecto tierno e indefenso de su personalidad pocas veces visto y que consigue sorprenderla a ella misma.

—¿Ya no te molesta esperar por instrucciones? —pregunta entre la suspicacia y la provocación—. Me agrada que te sientas a gusto cuando no estás trabajando. Eso es un avance.

—La incertidumbre siempre me pone de mal humor —recuerda Jericho—. No obstante, debo admitir que contigo cerca no resulta tan molesto tener que esperar por una nueva operación.

Una vez intercambiadas sus impresiones de sentirse bien el uno con el otro se besan un largo rato, hasta que recuerdan que esa espera pronto llegará a su fin.

—Los nuevos objetivos de Damascus ya están en la ciudad —destaca Anezka, haciendo referencia a la información que les hicieron llegar horas atrás—. Seguro tendremos que apoyarlo en la caza y captura de esos sujetos.

Los objetivos en cuestión eran August Bullard, Wilton Dallas y Zacharias Dove, empresarios cuya intervención en asuntos de política eran desconocidos por cualquier neófito en el asunto, aunque su influencia, así como el peso de sus inversiones, representaba un apoyo significativo para cualquiera a quien ellos le manifestaran sus simpatías. Como partidarios de Nixon se tenían pruebas de que no solo estaban involucrados en la inversión de capital para apoyar su gestión y garantizar una posible reelección, sino que también parecían estar interesados en el desarrollo y la ejecución del Proyecto Enoch.

Una particularidad de estos tres sujetos era que compartían opiniones y negocios, aunque rara vez se dejaban ver juntos, así como individualmente evitaban ser vistos en público. Pasaban el tiempo en coches lujosos y rodeados de guardaespaldas, reuniéndose secretamente en puntos acordados sin demasiada antelación para evitar accidentes. Ya se había corrido la voz de que existía un grupo secreto exterminando sujetos involucrados con el antiguo Proyecto, por lo cual el nombre de Damascus y Jericho despertaba los miedos de cualquiera que conociera la historia del Proyecto. En ese sentido, las precauciones eran mucho mayores que antes y se había minimizado el factor sorpresa.

Encontrarse con Damascus ya no era una tarea diaria dadas las circunstancias, pero cuando el trabajo demandaba que los tres se reunieran, este aparecía de inmediato. Jericho sospechaba que esto ocurriría con la salida del sol y lo mejor era tener un plan medianamente bosquejado, antes de que Damascus comenzara a ejecutar acciones sin autorización.

—Debemos reunirnos con Damascus —exclama Jericho seguido de un suspiro—. Nos tomará tiempo dar con ellos uno por uno.

—Volveremos a estar ocupados —se lamenta Anezka—. Más nos vale no desaprovechar esta noche.

Anezka se muerde el labio y Jericho sabe enseguida lo que ella quiere. Jericho está muy seguro de su insomnio como para no aceptar la propuesta tácita que brilla en sus ojos. Se hunde entre las sábanas para acogerla en sus brazos y cumplir su petición: no desaprovechar ni un solo minuto de la noche.

Capítulo 6

Atlanta, Georgia, enero de 1972

Han tenido que pasar dos meses para esperar el momento justo de llevar a cabo la misión. En ese tiempo el país entero se ha preocupado por celebrar el comienzo de un nuevo año, mientras que las facciones enfrentadas de dos poderes en pugna no se conceden ni un solo segundo para descansos o celebraciones. Durante ese mismo tiempo, Damascus y Jericho no han cesado de trabajar para elaborar un plan que les permita encargarse de sus objetivos dentro de aquella ciudad, minimizando el riesgo de quedar en evidencia o cometer una torpeza que haga fracasar la tarea encargada por los Conspiradores.

Una vez concretada una estrategia que ambos consideraron sólida, a la altura de sus habilidades, tan solo quedaba el momento de acordar un día propicio, y este finalmente había llegado. En esta oportunidad Anezka no formaría parte de la misión por consenso, así que dependía exclusivamente de Damascus y Jericho compartir la responsabilidad de lo que estaba por ocurrir. Se aseguraron de que nadie los persiguiera ni los viera llegar al edificio en obras donde esperarían el momento justo para atacar a sus objetivos conforme a lo planeado.

A pesar de los recientes percances ocurridos en el pasado y que los llevaron a mínimas confrontaciones por sus perspectivas disímiles a la hora de resolver una tarea encargada por los Conspiradores, esta vez Jericho ha decidido mostrarse más confiado respecto a las decisiones de Damascus en calidad de mano derecha, especialmente porque durante el tiempo de planificación no ha dado motivos para acusarle de movimientos inesperados conducidos por sus impulsos ni tampoco ha procedido a actuar por su cuenta sin informar antes lo que hará. Si bien no se disculpó por la forma en que resolvió la misión de Meeker, ha aprendido la lección, demostrándolo con sus acciones. Jericho piensa que quizá aprendió finalmente a trabajar en equipo, aunque ya no conviva en el mismo apartamento, y puede que por este motivo, al sentirse más independizado y sin una constante supervisión, ha cedido en aminorar los inconvenientes relacionados a su actitud durante las misiones de campo.

Desde entonces Damascus asumió un rol de liderazgo preponderante en lo referente a la misión en torno a los empresarios Bullard, Dallas y Dove. A Jericho no le importa subordinarse a su compañero en este tipo de trabajos porque su experiencia, destreza e ingenio le permiten resolver los conflictos y aprovechar las oportunidades a medida que se presentan. Ahora, por fin, según lo averiguado por Damascus, llegó el día en que los empresarios se reunirán después de evitar coincidir durante meses en los mismos sitios, conocedores de que aquellos relacionados con el Proyecto Enoch veían amenazadas sus vidas por asesinos a sueldo. No eran muchos los que sabían sobre los Conspiradores, ni mucho menos sobre los antiguos sobrevivientes del Proyecto original, es decir, los mercenarios tras ellos, pero los nuevos promotores del Proyecto Enoch eran conscientes de que debían extremar las precauciones para cuidarse las espaldas y evitar cualquier contacto durante un largo tiempo, hasta que el riesgo se «aplacara» o no sucedieran más incidentes que les hicieran sospechar peligros inminentes.

La reunión en cuestión se efectuará dentro de un edificio de oficinas recién construido que pertenece a Bullard, el cual repentinamente fue desalojado sin ninguna explicación coherente, quizá para cumplir con la reunión que estaba pautada para principios del año en curso. En dicho edificio se ve una cuadrilla de vigilantes no demasiado fuertes o amenazadores, cumpliendo con la seguridad del espacio mientras no vuelva a reactivarse el funcionamiento normal de las oficinas. Se trata de una calle medianamente transitada, donde la construcción destaca debido a

su vistoso diseño de inmensas cristalerías, propias de esas torres que llevan el nombre del empresario al que pertenecen. Diagonal a la torre de Bullard, con una calle de por medio separándolos, hay un edificio en obras en el que pronto se inaugurará un centro comercial, pero debido a las celebraciones navideñas, así como a razón del invierno, los trabajos dentro del lugar han sido aplazados. Es a este edificio donde Jericho y Damascus dirigen sus pasos, con suficiente tiempo antes de la llegada de Bullard y sus invitados.

Llevando dos maletas consigo, una en cada mano, Damascus va al frente y Jericho lo sigue de cerca. El edificio está prácticamente terminado en cuanto a su estructura básica, pero todavía presenta grandes aberturas donde se supone que deberían estar el resto de los ventanales que cubrirán los primeros pisos. Damascus se conduce con seguridad, ya que ha evaluado el edificio previamente e incluso lo ha recorrido tras ser suspendidos los trabajos. Sabe con exactitud adónde dirigirse, así que Jericho se mantiene en silencio detrás de sus pasos, atento a los dos maletines alargados que lleva consigo y sobre los cuales se ha negado a dar mayores explicaciones, simplemente alegando que se trataba del arsenal que necesitan para cumplir con éxito la misión. Es inútil pedir detalles conociendo a Damascus, y de cualquier manera Jericho pronto descubrirá el contenido de los mismos, aunque espera que no se trate de explosivos, ya que el riesgo de su manipulación siempre podría devolverse en contra de quienes los manejan.

A diferencia de la torre Bullard, el edificio en obras no cuenta con ninguna vigilancia y apenas está cercado por una valla improvisada fácil de sortear para cualquiera que quiera introducirse. Damascus le explicó que durante la noche los policías de la ciudad realizan rutinas de reconocimiento para evitar que entren pordioseros o drogadictos, pero durante el día está prácticamente desierto y no representa ningún interés para nadie colarse dentro.

El edificio presenta dos posibles entradas y han optado por la trasera, la que no queda expuesta frente a la mirada de quienes se encuentren en la torre Bullard. Sin duda los vigilantes no estarán muy atentos a lo que ocurre en la calle considerando la larga distancia, pero es mejor evitar cualquier posibilidad de que se percaten de la irrupción de dos sujetos extraños dentro de la edificación incompleta que tienen al frente. Tuvieron sumo cuidado de introducirse cuando ningún transeúnte se hallase presente o algún coche de paso, así que una vez traspasada la torpe cerca en torno al edificio caminan el trecho de separación entre esta y la entrada de la construcción, llegando hasta una abertura incompleta donde seguramente se montarán unas puertas eléctricas para acceder al lugar.

—¿Subiremos? —pregunta Jericho, intentando distinguir dónde se encuentran las vías de acceso para llegar a los otros pisos—. No veo las escaleras.

—Aún no han montado las estructuras donde colocarán las escaleras mecánicas para el uso interno —explicó Damascus—. Sin embargo, contamos con las ubicadas en los futuros emplazamientos de las salidas de emergencia. Sígueme.

Jericho asiente y Damascus lo lleva a otra abertura, dentro de la cual hay unas escaleras a medio terminar que conducen sin problemas a los primeros pisos, hasta que llegan a un punto donde estas no han sido culminadas. Luego deben subir por unas escalas de hierro mucho más frágiles debido a su carácter provisional e improvisado, usadas por los obreros dentro de la construcción para acceder a los pisos superiores que aún no cuentan con escaleras internas. Deben usarlas de uno en uno, ya que estas tiemblan con el peso humano que trepa sobre ellas. Damascus va siempre primero y, cuando ya se encuentra en el siguiente piso, lo sigue Jericho. Así lo hacen un par de veces, y Jericho piensa que seguirían subiendo, cuando Damascus se detiene en lo que debía ser el quinto piso.

—Aquí estaremos bien —dice Damascus—. La vista es sobrecogedora.

La apreciación de Damascus no es desacertada. Desde aquel lugar se observa la ciudad, y mientras más te acercas al borde se incrementa el vértigo debido a la falta de ventanas. Tan solo está el vacío entre los bordes de las aberturas, desde las que se aprecia el panorama. Damascus se dirige hacia la «ventana» que encara a la torre Burell en la acera opuesta y pone en el suelo ambas maletas. Desde allí puede apreciarse mejor la suntuosidad y opulencia de la edificación, digna del nombre al cual responde, alzándose por encima del resto de construcciones circundantes como símbolo de su gran poderío.

—Sí, es una excelente vista —concede Jericho—. Esos ricachones aman los edificios altos con sus apellidos. Es un gesto tan infantil.

—Quizá haríamos lo mismo si tuviéramos sus fortunas —reflexiona Damascus—. Muchos de esos hombres han sido hijos de padres adinerados que les enseñaron desde pequeños que el mundo sería suyo. Se parecen a nosotros en un detalle fundamental: les fue arrebatada su infancia porque los prepararon para convertirse cuanto antes en hombres. Esa pérdida hace que algunos luego intenten rescatar la inocencia perdida jugando a conquistar el mundo que se halla a su alcance, mientras otros nos divertimos librando guerras con los juguetes que siempre nos negaron.

Como si subrayara sus propias palabras, Damascus se agacha para abrir los maletines y por fin revelarles su contenido a un discretamente ansioso Jericho, que desea conocer lo que estos guardan. Cuando Damascus comienza a vaciarlas, respira aliviado al notar que no se trata de detonadores o cualquier material explosivo, tal como se aventuró a suponer al principio. En cambio, lo que descubre son dos fusiles de francotirador desmontados y un cuantioso arsenal de municiones para recargarlos. Jericho nunca antes ha manipulado este tipo de armamentos y rara vez los ha visto. Damascus le indica que tome uno mientras arma el que cogió con una impecable destreza. Sin embargo, gracias a su sentido de la observación, Jericho logra comprender enseguida los movimientos a seguir para lograrlo y replica con éxito la tarea ejecutada por Damascus segundos después de que este la culmine.

—Vaya que sí tienes talento —bromea Damascus—. Esos científicos se equivocaron contigo al descartarte. Debieron darte la oportunidad que Idaho siempre creyó que merecías.

—Al menos gracias a ese rechazo pude conocer un poco mejor la vida —contraataca Jericho en el mismo tono bromista agridulce—. ¿No crees que alguien podría vernos si anduviera por la calle?

—Hay muy pocos civiles en la zona —sostiene Damascus—. Dentro de unas horas serán muchos menos. Para el momento en que comience la reunión, nuestra mayor preocupación será estar atentos a que no haya guardaespaldas o esbirros peinando la zona.

—Han tenido sumo cuidado de no exponerse a lo largo de estos meses —recuerda Jericho—. Temo que antes de dar comienzo a su reunión se les ocurra hacer un reconocimiento de este edificio.

—No es lo mismo sospechar un peligro que estar completamente seguro de los riesgos —expone Damascus—. Nada irregular ha ocurrido durante el tiempo que están en la ciudad. A nadie que conozca el poder de cerca le gusta pensar que ha dejado de ser infalible. Ese es siempre el mayor fallo de esta clase de hombres, confiar en que su seguridad es una mercancía a su antojo como cualquier otro capricho. Si han decidido reunirse es porque ya creyeron comprobar que nada amenaza sus vidas, y en cambio se ríen de quienes quieran intentarlo. Y, por supuesto, a quienes trabajan para ellos les conviene alimentar esta seguridad porque comprenden

que no quieren que nadie contradiga su conquista sobre el miedo.

—Solo hombres como esos pueden creer ciegamente en el Proyecto Enoch —añade Jericho apoyando la reflexión—. Vamos a enseñarles entonces por qué es importante no perder el miedo.

—Una lección que quisiera aprender —murmura Damascus, aunque Jericho lo escucha con claridad—. Lamento que nunca me la hayan enseñado.

Hay oscuridad y amargura en las palabras de Damascus, pero no hacia los argumentos de Jericho, sino contra el mundo entero. Por eso adoraba cuando finalmente debía demostrar sus capacidades para darles caza a los hombres como si fueran animales de presa, porque así las ciudades volverían a ser los bosques sobre los cuales se edificaron y él sería el único cazador experto con igual capacidad para derribar criaturas mansas o animales salvajes. Jericho reconoce esta secreta felicidad en ese brillo asesino que reluce en sus pupilas cuando sostiene un arma de fuego. Comparten un semejante dolor y, a pesar de esto, son tan distintos en su percepción del sufrimiento así como en los mecanismos para afrontarlo... A Jericho no le tiembla el pulso para sostener un arma, dispararla y dar muerte si es preciso, pero jamás conseguirá algo remotamente parecido al placer como consecuencia de estas actividades. Para Jericho no se trata de sentirse culpable respecto a la violencia, sino de marcar una distancia necesaria entre el deber y todo lo demás por lo cual vale la pena vivir, aunque no siempre esté muy seguro de lo que es. Le basta con entender y aceptar que dañar a otros, por mucho que lo merezcan, no es lo único que tiene por ofrecer.

A pesar de estas disparidades entre ambos hombres, ninguno de ellos se juzga por lo que al otro le falta. En su lugar alimentan una profunda admiración engendrada por una igual medida de compasión, fundamentada en aquellos aspectos en los que se asemejan: la inocencia truncada, las oportunidades perdidas y la obligación moral de enmendar lo que con ellos comenzó aunque no fueran los culpables.

En parte, la relación entre ambos como «compañeros de trabajo» funciona por su afición a guardar extensos silencios sin sentirse obligados a llenarlos con reclamos, excusas o cualquier cháchara insuficiente. Sin la presencia de Anezka, estos silencios son mucho más duraderos y contribuyen a fortalecer el vínculo entre dos hombres que jamás se considerarían amigos porque, en cambio, se ven como extensiones de sí mismos al otro lado de un espejo roto, hermanos por encima del polvo y la podredumbre dejada por una herencia corrupta que nunca quisieron poseer. Ubicados en sus respectivas posiciones, conforme a las instrucciones de Damascus como voz de mando en esta operación, se quedan inmóviles con la mirada perdida en ese horizonte urbano que sigue demandando admiración.

Rato después, cuando el cielo comienza a dar mínimas señales de que el sol está próximo a declinar, Jericho no se sorprende al ver aparecer progresivamente ante sus ojos un grupo conformado por ocho o nueve hombres, incluyendo a sus objetivos, los cuales no tardan en reconocer: Bullard, Dallas y Dove. ¡La ocasión esperada! ¡Al fin juntos en un mismo lugar! Los hombres parecen alterados cuando miran de un lado a otro, a la vez que evitan hablarse entre ellos, siendo precedidos y anteceditos por guardaespaldas, que tras una atenta observación pueden percatarse de que no se trata de los hombres usuales para este tipo de tareas, sino de mercenarios mejor entrenados, tal vez proporcionados por un poder mucho mayor al que ellos mismos se costeaban con sus cuantiosos medios. Segundos más tarde, Jericho se sorprende cuando de la torre Bullard sale un grupo mucho mayor de hombres con aspecto de «cuerpo de seguridad», como una prueba de que han estado adentro todo ese tiempo. Las prevenciones han sido mucho más fuertes de las vaticinadas por Damascus, según lo que expuso inicialmente,

aunque este no parezca ni remotamente desconcertado por el hallazgo.

—He vigilado por meses a cada uno de ellos —afirma Damascus impasible, como si adivinara los pensamientos que pasaban por la mente de Jericho en cualquier momento—. Los únicos hombres verdaderamente peligrosos como oponentes son los mercenarios que los acompañan. Quienes ya estaban allí dentro apenas cumplen con el entrenamiento básico. La cantidad es un mero truco para acrecentar la falsa sensación de seguridad. A eso me refería cuando decía cuánto valoraban esa seguridad como una propiedad.

Estas palabras consiguen disipar sus momentáneas dudas y Jericho asiente, confirmando así su agradecimiento a Damascus por el excelente trabajo que ha hecho y que jamás desacreditará, a pesar de cuestionamientos u opiniones divergentes.

Entretanto, allá abajo, a las puertas de la torre Bullard, el cuerpo de seguridad que ha salido del edificio se organiza para crear un círculo de protección en torno a cada hombre, de tal manera que cada empresario cuente con dos guardaespaldas marchando tanto delante como detrás de él. Damascus procede a apuntar con la mira y Jericho hace otro tanto. Anteriormente han dispuesto quién debe morir a manos de quién, y según esta repartición, a Damascus le tocan Bullard y Wilson, mientras que Jericho solo debe despachar a Dove. A su vez dispararán al resto de guardaespaldas mientras se crea una gran confusión entre los presentes, intentando descubrir lo que ocurre.

—¡Aquí vamos! —suspira Damascus, observando a través de la mira del rifle y apuntando directamente a Bullard—. Después de mí, Jericho.

Aunque las armas cuentan con silenciadores, Jericho observa el momento exacto en que detona el primer disparo, consiguiendo derribar a Bullard. Inmediatamente caen Dove y Wilson, mientras el resto de hombres que conformaban el cerco de seguridad miran a su alrededor disparando a diestra y siniestra, intentando descubrir de dónde provienen las balas. Un grupo de ellos levanta los cadáveres del suelo para comprobar sus signos vitales y ratificar que ya están muertos. Jericho y Damascus siguen disparando, recargando los rifles con rapidez una vez acabadas las municiones. Algunos señalan que el ataque proviene del edificio, pero son derribados progresivamente cuando intentan acercarse.

En parte es agradable acabar con ellos, pero Jericho empieza a sentirse extraño cuando se da cuenta de lo mucho que Damascus disfruta matarlos, mostrándose animado y hablador, como si fueran dos amigos jugando un juego infantil. Y en parte así lo concibe, aunque a Jericho le es imposible sentirse de igual forma frente a ello. No deja de pensar que se trata de vidas humanas.

—Mira cómo caen —celebra Damascus—. Parecen de papel.

Nuevos guardias salen del edificio disparando al aire. A diferencia de los mercenarios que llegaron junto con los empresarios, estos conforman un grupo torpemente entrenado y nunca acostumbrado a manejarse en esta clase de situaciones. Jericho procura dispararles a estos en zonas superficiales del cuerpo, con el objetivo de causarles heridas que no sean de extrema gravedad. Damascus parece tener otro pensamiento, porque les dispara como a objetos de tiro al blanco, con la misma actitud desalmada con que derribó a los empresarios y los mercenarios que hacían las veces de guardaespaldas. Jericho deja de disparar por un momento, observando fijamente a Damascus, quien sonríe incluso mientras aprieta el gatillo. Damascus enseguida se da cuenta de esta interrupción y su euforia disminuye un poco sin hacer comentarios. Procede a disparar del modo en que Jericho desea, hiriendo al resto de los hombrecillos sin matarlos. A pesar de que ya no sonríe, sus ojos aún relucen tras las gafas, animados por el éxtasis de la destrucción que ha provocado, consciente de que este acto lo hace sentirse un dios que decide si

los hombres vivirán o simplemente sufrirán.

—Creo que es suficiente —recomienda Jericho—. Ya han muerto nuestros objetivos y los más peligrosos entre esos hombres que intentaron protegerlos.

—Ten cuidado con tu compasión —dice Damascus, vaciando el fusil antes de ponerlo sobre su hombro y hacerle caso a Jericho—. Cualquiera podría confundirla con debilidad. ¿Recuerdas a los hombres de Oklahoma? Ellos son conscientes de lo que hacen y se sienten a gusto con ello. Sin embargo, dejaré a esos vivos tal como pides solo porque son muy torpes y algunos deben vivir para inspirarle miedo a quienes intentan revivir el Proyecto.

—Es agradable pensar que la compasión me diferencia de ellos —se defiende Jericho—. No pretendo ser una buena persona, pero no quiero parecerme a aquellos que me lo quitaron todo.

Damascus se encoge de hombros y procede a desmontar su rifle para devolverlo a su respectivo maletín. Jericho hace otro tanto y se lo pasa a Damascus para que lo guarde. Jericho le observa y medita. En cierto modo comprende la crueldad de Damascus, dado que este sufrió más incluso que Jericho durante el Proyecto y, a diferencia de él, no ha olvidado nada de lo que le hicieron, además de tener que lidiar con las posteriores consecuencias de dichos maltratos. Sus habilidades especiales, al mismo tiempo que lo distinguen, también lo convierten en un monstruo conveniente o temible, dependiendo de quién este de su lado, pero nunca como un ser humano. No puede evitar sentir cierta lástima y empatía, aunque siga repeliéndole la forma de ser de Damascus. Sin embargo, en otras circunstancias y si recordara todos los males que sufrió, ¿Jericho sería tan cruel como Damascus? ¿Celebraría la monstruosidad con que es juzgado por el resto de los hombres? Jericho consideraba que, por mucho que uno sufra, existe la alternativa de decidir ser diferente a lo que otros esperan que seamos.

Jericho mismo no fue capaz de romper la cadena con el pasado, a pesar de sus olvidos. Ahora se siente impelido a buscar una justicia que le fue negada. Había mucho en juego para renunciar a la tarea, y cualquier intento de una vida normal le fue extirpado durante los años recientes, desde el momento en que aceptó la misión de desenmascarar el Proyecto, aun cuando para aquel entonces no sospechara hasta qué punto dicho caso estaba ligado a su propia historia. A pesar de todas sus pérdidas, Jericho no ha renunciado a la idea de que exista un porvenir mejor, de que podría ser una persona mejor. No obstante, Jericho no se siente moralmente superior ni culpa a Damascus por asumir el rol por el cual es juzgado: un asesino a sangre fría y un vengador solitario. Pero considera que también ha sido una forma de rendirse, al no intentar vivir una vida distinta a la que otros decidieron por él.

Abajo el caos se incrementa, acompasado por gritos de dolor de los heridos. En lugar de usar las escalas de hierro, esta vez se dirigen hacia un andamio al otro lado del edificio, desde el cual les es posible bajar. Con pasos seguros llegan hasta la planta baja del edificio y se escabullen hacia callejuelas recónditas mientras escuchan sirenas de ambulancias y carros de policías dirigiéndose hacia el lugar donde han ocurrido los asesinatos en masa que ellos acaban de ejecutar. Hoy sería un buen día para los Conspiradores, así como una terrible jornada para Nixon y sus partidarios.

Capítulo 7

Atlanta, Georgia, finales de enero de 1972

Asomado a la ventana, Jericho intenta distraerse viendo el tráfico y el flujo humano que se aprecia desde dicha distancia. A menudo se sienten inseguros en el transcurso de un día en el cual se mantiene la apariencia de tranquilidad. Después de completar la última misión consideraron la posibilidad de trasladarse de inmediato a otra ciudad, pero las órdenes de los Conspiradores fueron muy claras al respecto: «Manténganse en Atlanta a la espera de nuevas instrucciones».

De espaldas a Jericho se encuentra Anezka, sentada en el sofá hojeando una revista de modas, mientras Damascus se halla inmóvil en una esquina con la mirada también en dirección a la ventana, como si con ella atravesara a Jericho y pudiera ver lo mismo. Tras el asesinato de los empresarios decidió que era conveniente y seguro para todos como equipo de trabajo su regreso al piso franco. Así que las cosas «volvieron a la normalidad», lo que se traducía en Jericho y Anezka compartiendo habitación y sintiéndose medianamente incómodos, sabiendo que Damascus deambulaba en la sala sin saber hasta qué punto dormía o si se mantenía despierto. En algunas ocasiones no regresaba sino hasta bien entrada la noche, asegurando luego que estaba realizando pequeñas investigaciones, aunque no daba más detalles al respecto.

Si bien Anezka no modificó sus inseguridades iniciales respecto a Damascus en relación a su estadía en el apartamento, aceptó de buen grado su regreso, ya que no sobraban medidas de seguridad, considerando que sus enemigos podrían estar planeando un contraataque en respuesta a las pérdidas sufridas. Jericho estaba de acuerdo con este pensamiento y le complacía tener a Damascus cerca, no solo por razones de seguridad, sino también para monitorear mejor sus movimientos.

—Esto es irregular —murmuró Jericho desde la ventana—. ¡Acérquense!

Tras lo que considera un curioso hallazgo, Jericho los llama sin apartarse de la ventana. Anezka arroja la revista a un lado con un gesto de fastidio, pero acude al llamado de Jericho enseguida. Por su parte, Damascus se conduce con inusitada parsimonia, no particularmente interesado en lo que Jericho parece haber encontrado, a pesar de que su reacción sugiere que se trata de algo importante. Así que Damascus solo se acerca conservando cierta distancia y sin llegar a asomarse, a diferencia de Anezka, que se sitúa a su lado intentando descubrir el lugar exacto que ha despertado el interés de Jericho. Ante la evidencia de sus intentos, Jericho extiende la mano para señalar hacia aquello que ha atrapado su atención y Anezka descubre que se trata de un hombre de apariencia normal y corriente, fumándose un cigarro apostado contra una pared, justo en la calle frente al apartamento donde residen.

—No entiendo —admite Anezka—. ¿Qué ocurre con ese hombre?

—Lo he visto antes —explica Jericho—. Con cierta regularidad he descubierto su presencia en zonas alejadas. Supuse al principio que era uno de los muchos que viven en esta ciudad y te encuentras seguido en el camino. Varios días atrás me topé con él en una calle, estuvimos prácticamente frente a frente. Ni siquiera me devolvió la mirada. La mayoría de las personas miran de vuelta, así sea un instante, cuando alguien los observa fijamente, porque es un acto reflejo. Fingir no darte cuenta suele ser bastante sospechoso, ya que implica controlar conscientemente tus movimientos para no delatarte. Es la clase de prevención que termina traicionándote. Sin embargo, preferí pensar que estaba siendo paranoico y no asegurar por completo que se trataba de un espía. Ahora se encuentra justo frente a nuestra calle. Es la

primera vez que lo veo tan cerca. Ya no me parece descabellado asegurar que lo han mandado a vigilarnos.

En ningún momento el sospechoso del que hablan alza la cabeza en dirección al piso donde se hallan. De haberlo hecho, repararía enseguida en que estaba siendo observado y señalado. Eso concuerda con la teoría de Jericho, según la cual el extremo control de los movimientos, que naturalmente un desconocido libre de sospechas presentaría en una situación similar, es una prueba de que su presencia allí, o en alguno de los otros lugares donde se lo ha topado, no está justificada por una mera casualidad. A medida que Jericho expone sus argumentos, Anezka observa con atención al hombre y echa un vistazo a su alrededor, sopesando las palabras del exdetective.

—Tiene sentido tu hipótesis —reconoce Anezka—. Ni siquiera ha alzado la cabeza como haría cualquier otro que se fuma un cigarro en la calle. ¿Has visto esa ventana?

Esta vez es Anezka quien señala un edificio frente a ellos, cuya entrada se encuentra cerca del lugar donde el sospechoso está apoyado. Lo que llama particularmente la atención de Anezka es una ventana concreta, perteneciente a uno de los apartamentos que conforman la edificación.

—¿Qué ocurre con ella? —pregunta Jericho extrañado—. ¿Has visto a alguien allí?

—Por ahora no —refiere Anezka—. Pero esa ventana nunca se había abierto desde que nos mudamos, y desde hace un par de días la abren. Alguien se ha mudado recientemente. Quizá quienes viven allí formen parte de un operativo de espionaje contra nosotros.

Ambos comprenden que hay gente vigilándoles, aunque parecen hacerlo de una forma lo bastante relajada como para que resulte difícil detectarlo, lo que, sin embargo, conlleva a no obtener tanta información y al riesgo de que sus vigilados puedan marcharse. Resulta tan curioso como desagradable ser vigilados con tanta torpeza. ¿Y quién está más interesado en arriesgarse a espíarlos? ¿Los partidarios del Proyecto Enoch o los mismísimos Conspiradores, preocupados por una posible traición dentro de sus filas? Jericho intenta atraer la mirada de Damascus y animarlo a dar su opinión sobre este tema. Para su sorpresa descubre una sonrisa compasiva en su rostro, propia de quienes se burlan, al mismo tiempo que les resulta enternecedora la ingenuidad ajena.

—Eso no es nuevo —ríe Damascus entre dientes—. La vigilancia que hoy aciertas a descubrir ocurre al menos desde hace un mes y medio.

—¿Hablas en serio? —reacciona Anezka molesta, apartándose de la ventana para interpelar a Damascus—. ¿Lo has sabido todo este tiempo sin dignarte a mencionarlo? ¿Cuándo pensabas exponernos dicho descubrimiento? Quizá no te importaba porque decidiste no vivir con nosotros. Has estado ausente del piso durante ese tiempo, ¿acaso no te preocupaba que pudieran hacernos daño? Ese es el tipo de información que no debemos-ocultarnos. ¡Somos un equipo!

—Supuse que se darían cuenta tarde o temprano —responde Damascus, encogiéndose de hombros ante el tono alterado manifestado por los reclamos de Anezka—. De mantenerse más atentos, al margen de las distracciones, se darían cuenta de que ocurren esas cosas sin necesidad de que yo tenga que cubrir sus espaldas. En todo caso, si no lo dije fue precisamente porque no representan ningún peligro. Los he investigado.

La respuesta de Damascus podría interpretarse como una burla frente al enojo de Anezka, o al menos así lo resiente ella, observando a Jericho con un brillo furioso en la mirada. Por su parte, a Jericho le resulta chocante que Damascus haga mención de las «distracciones» como una forma de acusar que su descuido se debe a la intimidad que comparten. Lo que más le molestaba de esta

acusación es que no había forma válida de contradecirla. Por culpa de esas distracciones casi se exponen a comprometer la misión que completaron semanas atrás, además del riesgo que representa para sus vidas. Confiaba en que sus instintos eran infalibles para identificar tales asuntos en el momento exacto cuando comenzaban a ocurrir. Su intuición había fallado y era precisamente por no estar al cien por ciento comprometido con su razón de estar allí. Jericho maldice en su interior no haber notado algo tan importante como el hecho de que estuvieran siendo vigilados a lo largo de los últimos dos meses. Se confió y esto resultaba un error imperdonable. ¡No debía volver a ocurrir!

A pesar de los reclamos de Anezka esperando que Jericho se una, no había forma de apoyarla sin enzarzarse en una discusión con Damascus. ¿Cómo reclamarle a quien tiene la razón? Ciertamente a Jericho le molesta que admita tener conocimiento de la vigilancia que pesaba sobre sus pasos, pero en cambio prefiere discutir sobre lo que consiguió averiguar. Escuchar este reporte vale más que cualquier intercambio de reclamos y acusaciones que solo acentuarán innecesarias divisiones entre ellos. El hecho de afirmar con tanta seguridad que ese problema no representa un peligro importante resulta reconfortante. Damascus no habla en vano y nunca bromearía con algo tan delicado, así como tampoco se ufanaría de sus acciones por el simple placer de ser arrogante. Mejor dicho, no haría ninguna broma porque desconoce el humor y está tan seguro de sí mismo en cuanto a sus habilidades como para importarle satisfacer su vanidad.

—Comprendo que estás acostumbrado a trabajar por tu cuenta —manifiesta Jericho—. Sin embargo, Anezka tiene razón: somos un equipo y nos debemos no solo respuestas sobre los actos que pueden favorecernos o perjudicarnos, sino que también es bueno saber que podemos dar por sentado que nos cuidaremos las espaldas si hace falta. Si alguno de nosotros te ocultara algo como eso, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que ejecutaras alguna venganza? De cualquier manera, no hay tiempo para riñas internas que no representarán ninguna utilidad para nosotros como equipo. Porque seguimos siendo un equipo. Dinos, pues, lo que has averiguado y por qué aseguras con gran convicción que no hay razones para preocuparse de que nos estén vigilando, por muy torpes e ineficientes que sean los sujetos encargados de llevarlo a cabo.

Probablemente se debe a que Damascus no esperaba una respuesta tan conciliadora por parte de Jericho, pero al escuchar su decepción frente a su deliberada decisión de no tenerlos informados consigue que se sienta arrepentido de haberse callado.

—Lamento haberme comportado como un patán —se disculpa Damascus para sorpresa de los presentes, aunque su semblante sigue tan inexpresivo como siempre—. Así es, vayamos a lo importante: lo que he conseguido investigar sobre esta vigilancia. Tal como señalaste en relación al hombre que se encuentra allí abajo, yo también noté que su presencia era recurrente en algunos lugares donde tú o Anezka se presentaban aquí en Atlanta. Mientras él los vigilaba, persiguiéndolos adondequiera que iban, yo en cambio lo rastreaba a sus espaldas sin que jamás se diera cuenta. Si ustedes hubieran sabido que eran perseguidos, entonces hubieran cometido el error de actuar conforme a este conocimiento. Su descuido resultó providencial para yo atrapar mejor a este sujeto, que sin duda no trabaja por su cuenta.

—¿A quién responde? —pregunta Anezka—. Supongo que no lo interrogaste. A juzgar por lo tranquilo que se ve allá abajo fumando, no ha pasado todavía por tus manos.

—Y realmente no hace falta —replica Damascus—. Es un mísero empleado a sueldo. Lo fundamental era saber si trabajaba a las órdenes de los Conspiradores o, en cambio, les pasaba información a los partidarios del nuevo Proyecto. Sobre todo quería comprender el porqué de un trabajo tan poco exhaustivo y la fuente de una hipotética filtración en cuanto a la información

sobre nuestras operaciones.

—¿Y cuál fue el resultado? —pregunta Jericho—. Si nos siguen vigilando, ¿cómo es que has resuelto el misterio?

—No lo he resuelto todavía —interpone Damascus—. Sin embargo, tengo en mi posesión la clave para resolverlo. Ahora que ya no es un secreto, y para renovar nuestros vínculos como equipo, quizá estén dispuestos a ayudarme.

—¿La clave para resolverlo? —repite Anezka—. Déjate de jueguitos de detectives y explícate con mayor claridad.

—El hombre que está allá abajo le lleva información a una persona concreta —explica Damascus—. Gracias a que lo he estado siguiendo pude descubrir quién es esa persona. Lo que no sabe aquel tonto mientras continúa cumpliendo con su trabajo es que ahora su «jefe» se encuentra en mi posesión. ¡Acompáñenme! No tenemos que movernos mucho.

Luego de este anuncio, Anezka y Jericho se miran consternados, con la intriga despierta respecto al hallazgo que ha hecho Damascus. En lugar de insistir haciéndole preguntas, se dejan guiar fuera del apartamento, sin saber muy bien hacia dónde dirigir sus pasos o si saldrán del edificio. Para su sorpresa, Damascus sigue desplazándose por las instalaciones del edificio en que residen y los lleva hasta un ruinoso subnivel destinado a los sótanos. A diferencia de Damascus, ninguno de los dos se ha molestado en explorar esa zona con anterioridad y se sorprenden al descubrirlo. No es posible ver casi nada a causa de la oscuridad, apenas disipada por una rendija rectangular por la cual se cuela la luz, pero cuyo tamaño no es lo suficientemente espacioso para considerarse una ventana o, si acaso, una abertura de ventilación. A Jericho le cuesta menos lograr ver a través de la oscuridad y no tiene grandes problemas para desplazarse con naturalidad. En contraste con ambos hombres, Anezka trastabilla y para aminorar los tropiezos se sostiene del brazo de Jericho, dejándose guiar por sus pasos.

—¿Acostumbras a venir a estos sótanos? —inquire Anezka—. Algún otro inquilino puede haberte visto.

—Descuida —desestima Damascus—. Nadie baja hasta aquí. Estos sótanos son prácticamente inservibles, destinados a almacenar trastos viejos de los residentes. Recuerda que es un edificio donde suelen vivir personas mayores. Ninguno de esos viejos querrá animarse a llegar hasta aquí.

Damascus busca un interruptor en la oscuridad para activar una bombilla tenue que ilumina la estancia. Tal como dijo, el sótano en cuestión está distribuido en varias portezuelas destinadas a cada apartamento para hacer las veces de maleteros. Se trata de cuartuchos cerrados con llave. Damascus continúa alimentando el desconcierto de Jericho y Anezka cuando introduce una llave en uno de esos cuartos, indicándoles que entren. A pesar de que las luces están encendidas, Anezka sigue caminando del brazo de Jericho, pero al sentir que Damascus los observa se suelta enseguida, quedándose rezagada. Jericho se adelanta hasta el cuartucho y se sorprende al descubrir a un hombre vestido únicamente con calzoncillos y camisa interior, con la cabeza cubierta por un saco y amarrado a una silla. Jericho echa un vistazo a su alrededor, y a juzgar por las condiciones del lugar, con restos de comida en el suelo, supone que debe llevar allí varios días.

La luz de la estancia llega hasta la habitación con menor fuerza, así que el aspecto del hombre allí sentado, vagamente iluminado, se resume en un aspecto siniestro. Al escuchar que entran, así como pasos aproximándose, se revuelve en su asiento sin emitir ningún sonido, lo cual hace que Jericho infiera que, además del saco que lo cubre, también lleva una mordaza

alrededor de la boca. Anezka entra justo después que Jericho, quedando boquiabierta ante la presencia del hombre en cautiverio, pero se reserva los comentarios. Prefiere no hablar mientras esté presente y así no tendrá ocasión de escucharla. Tampoco quiere saber quién es. En cambio a Jericho no le importan estas precauciones, considerando que Damascus debe tenerlo todo controlado como es usual en sus trabajos, tan brutales como impecables.

—¿Hace cuánto que lo mantienes aquí? —pregunta Jericho—. ¿Lo retuviste en algún otro lugar antes de traerlo?

—Desde el momento en que lo capturé ha estado aquí —puntualiza Damascus—. Ha pasado una semana desde que conseguí dar con él. Aún no le toca reunirse con su espía. Por eso aquel otro hombre sigue siendo tan descuidado, porque todavía desconoce que aquel a quien le sirve de informante se encuentra desaparecido. Lo descubrirá esta semana cuando no se presente a su próxima cita. Debemos extraerle todo lo que sabe a este sujeto antes de que alguien resienta su ausencia.

—¿Acaso no has obtenido información de él durante esa semana? —cuestiona Jericho extrañado, buen conocedor de la célebre cualidad de infalibles que distingue los interrogatorios de Damascus—. Ha sido bastante tiempo para conseguir sacarle algo.

—Comprobé su culpabilidad desde el momento en que lo descubrí, y seguidamente lo capturé —asegura Damascus con tono despreocupado—. Estaba esperando el momento oportuno para mostrárselos. Tranquila, Anezka, no te preocupes tanto. Puedes hablar si quieres. Poco importa si nos escucha. Este hombre no saldrá vivo de aquí.

Probablemente Damascus ha notado su deliberada intención de mantenerse quieta y callada, como si no estuviera presente, por lo cual le resulta desagradable que mencione su nombre frente a aquel hombre secuestrado. Lo hace a propósito para molestarla. Aun así, se mantiene firme en su propósito y no emite ningún sonido. Sin embargo, Damascus tiene planeado quitarle el saco para revelarles al capturado. Anezka no tiene tiempo de salir del cuartucho para evitar ser identificada cuando intempestivamente le arrebatara el saco que cubre su cabeza. Boquiabiertos, tanto Jericho como Anezka emiten una casi semejante exhalación de sorpresa, alarmados al descubrir de quién se trata. No es un desconocido como pensaron antes de descubrirlo. ¡Es Smith!

Desde el lugar en el que se encuentra, Smith tarda en abrir los ojos, sintiéndose encandilado por la luz que viene del exterior. No ha conseguido abrirlos por completo y Anezka sale enseguida antes de enfrentarse con su mirada. Tal como supuso, Jericho repara en la mordaza atada en su boca y evalúa rápidamente su estado. Aliviado, nota que no presenta ninguna herida producto de algún golpe o como resultado de exposición a tortura por parte de Damascus. Conociendo sus métodos, de haber sido sometido a uno de sus interrogatorios probablemente estaría en estado de gravedad o muerto. Antes de que pueda abrir los ojos por completo, en lo que podría interpretarse como un gesto de crueldad, Damascus vuelve a cubrir su rostro negándole la posibilidad de apreciar algo distinto a la oscuridad.

Con un gesto, Damascus le indica a Jericho salir de allí para acompañar a Anezka, que los espera en el sótano. Luce agitada, tal como puede leerse por la expresión de su rostro, aunque no emite ninguna palabra. Jericho también luce reflexivo, intentando sopesar sus pensamientos frente a la situación. Tras atrancar la puerta donde Smith se encuentra recluido y asegurarla con doble llave, Damascus dirige sus pasos fuera de aquel lugar, esperando que los otros dos también salgan del sótano para estudiar la situación que les ha mostrado.

Suben hasta el apartamento sin intercambiar opiniones ni impresiones en el camino. Anezka permanece cabizbaja y evita cualquier contacto con Jericho o Damascus, como si de alguna

manera los repeliera. Jericho imagina que probablemente le molesta haber visto que ha reaccionado con aparente tranquilidad, permaneciendo en el cuartucho en vez de ir tras ella para calmarla o achacarle a Damascus que ha cometido un error. Ya dentro del apartamento, se distribuyen en torno a la sala sin saber cómo iniciar la conversación. Esta vez es Anezka quien estalla:

—¿Cómo le vamos explicar esta situación a los Conspiradores? Ninguna excusa será suficiente. Encerramos a uno de los suyos y lo maltratamos. Eso nos hará ver como trabajadores a sueldo a las órdenes del enemigo. Si algunos piensan en la posibilidad de que seamos dobles espías, el secuestro de Smith servirá como prueba para darles la razón.

—Lo mejor es que te calmes —replica Damascus con un tono inflexible—. Le he estado administrando somnífero y otra clase de sustancias para mantenerlo dopado. Nunca supo quién lo sorprendió a sus espaldas y lo hizo caer en el suelo. Cualquier cosa que haya visto o escuchado se entremezclara con sus ensoñaciones. Actualmente le sería imposible separar la realidad de la pesadilla. Sin embargo, te equivocas en algo: no ha sufrido ningún maltrato, todavía. A pesar de ello, no creo que nos convenga soltarlo. Mientras más pronto lo interroguemos, antes tomaremos una decisión rápida. De cualquier manera no creo que merezca tantas consideraciones. Smith es un traidor, al margen de nosotros y los Conspiradores.

—Confío en el juicio de Damascus —apoya Jericho—. Los Conspiradores no mandarían a Smith a vigilarnos considerando nuestros pasados desencuentros con él, además del hecho de trabajar como su intermediario directo entre ellos y nosotros, al ser demasiado obvio. También creo que los Conspiradores conocen a la perfección nuestros métodos y talentos. No se arriesgarían a cometer un error como ese. Lo que necesitamos descubrir cuanto antes es para quién trabaja Smith, a quién informa de los reportes que recibe sobre la vigilancia que han puesto sobre nosotros.

—¡Tú también apoyarás esta locura! —reclama Anezka—. Nadie podrá sacarnos de este embrollo si los Conspiradores llegan a enterarse.

—Coincido con Anezka —manifiesta Jericho—. Es muy probable que los Conspiradores no compartan nuestra opinión y consideren sospechosas nuestras acciones. Quizá debamos encontrar la manera de hacerles un reporte sobre lo ocurrido, describirles la situación para que entiendan por qué lo capturamos. Ellos comprenderán por qué lo capturaste si les explicamos que lo hallamos negociando con un sujeto que nos vigila. Luego ellos podrán tomar una decisión con base en nuestras denuncias.

—A los Conspiradores les importará muy poco la suerte que corra Smith —replica Damascus—. Tampoco tienen por qué enterarse. Temporalmente contamos con una ventaja fundamental: nadie ha descubierto aún que se encuentra desaparecido.

—En eso estoy de acuerdo, Smith no es nadie para ellos —acusa Anezka—. No les importará lo que suceda con él, siendo un peón más. Lo que si resentirán es nuestra implicación en esta situación, o hasta qué punto parecemos confiables cuando actuamos por nuestra cuenta. Podrían pensar que detuvimos a Smith antes de que les dijera a los Conspiradores algo que descubrió en contra nuestra. El daño ya está hecho. Lo que pido es que seamos prudentes y no corramos el riesgo de matarlo.

—Ya sé que me toman por un asesino despiadado antes que cualquier otra cosa —expresa Damascus con desenfado—. No los culpo. Es una percepción que he alimentado voluntariamente. No obstante, de haber querido matarlo y sacarle información a golpes, pude haberlo efectuado en este tiempo. Lo he mantenido vivo porque precisamente esperaba que ustedes estuvieran de

acuerdo conmigo en hallar una alternativa para obtener esa información sin causar un escándalo. Así que vamos a calmarnos y encontremos un plan que nos permita lograr que Smith nos diga lo que ya sabemos, solo que con mayores detalles que no nos dejen dudas sobre su culpabilidad.

—Pareces sensato esta vez —asegura Anezka—. Eso me tranquiliza.

—No necesitamos una confesión para saber que él miente —subraya Jericho—. Pero hasta no obtenerla oficialmente no podemos tomar ninguna decisión respecto a Smith, y entretanto debemos seguir manteniéndolo oculto. Quizá exista un método para arrancarle la verdad con facilidad, sin necesidad de derramar una gota de sangre.

—¿Se te ocurre algo? —celebra Damascus—. ¿Cómo podríamos obtener esa información en términos pacíficos?

—Ni tú ni yo deberíamos estar a solas con él —señala Jericho—. Jamás le inspiraríamos la suficiente confianza como para que hablara con libertad. Irremediablemente acabaríamos presionándolo por la fuerza. No obstante, con Anezka podría funcionar.

—¡Es un plan perfecto! —celebra Damascus, comprendiendo enseguida la propuesta de Jericho—. Deberíamos intentarlo.

—Yo sigo sin entender —se queja Anezka—. ¿Acaso creen que debo interrogarlo? ¿Eso es lo que proponen? ¡Me parece una locura! No resultará. Smith no me tendrá miedo, a diferencia de si alguno de ustedes lo presiona.

Jericho y Damascus comparten una mirada cifrada, lo cual desorienta a Anezka.

—Eso es precisamente lo que queremos evitar —explica Jericho—. No necesitamos a un hombre movido por el miedo, sino a uno impulsado por la esperanza de conseguir escapar de su cautiverio. Si Smith es un traidor, tal y como sospechamos, entonces sabe que conmigo o Damascus jamás obtendrá ese escape. Muy distinto será si tú le ofreces esa alternativa, haciéndole creer que estás de su lado, convenciéndolo de que deseas unirte a los traidores. Con ello conseguirás que ceda, ya que verá en ti la única tabla de salvación para zafarse de una muerte segura. Lo que propongo es que lo engañes para que consigas una confesión de forma voluntaria.

—A Smith le resultará creíble —agrega Damascus—. Si nos tiene tanto miedo, le parecerá natural que tú también y creerá que la única razón por la cual trabajas con nosotros es porque no has encontrado una manera de escabullirte, temiendo por tu vida. Al menos eso es lo que debes hacerle creer antes de animarlo a confesarse.

Frente a la convicción con la cual ambos hombres apoyan la propuesta, Anezka permanece pensativa un buen rato. Le parece un plan efectivo, pero al mismo tiempo le molesta que parezca tan fácil dar la impresión de que ella es una traidora. ¿Y si se trataba de una acusación indirecta? Por lo menos le costaba confiar en que Damascus pudiera albergar sus propias dudas sobre su lealtad. Cabía la posibilidad de que se tratase de una trampa doble, tanto para ella como para Smith. Sin embargo, luego vio en el semblante de Jericho que sus intenciones eran honestas. Ha sido él y no Damascus quien ha hecho la propuesta, y si cree en este plan es porque apuesta por su talento para lograrlo, no como una artimaña para comprobar si ella también es una traidora.

—De acuerdo —acepta Anezka—. Explíquenme paso a paso lo que debo hacer.

Capítulo 8

Han pasado toda la noche planeando el acercamiento de Anezka a Smith, para conseguir una confesión gracias a la cual reconozca su traición y que a su vez les permita obtener pistas concretas indicando para quién había estado trabajando. Por supuesto, era un trabajo que ameritaba ser ejecutado con tacto y apelando a la capacidad de Anezka de lucir conmovida e indefensa frente a la situación de Smith, así como deseosa por ayudarlo, del mismo modo en que él podría retribuirle en función de un beneficio común. Damascus se mostró participativo durante estos ensayos y Jericho no temía sonreírle en su presencia. Aunque voluntariamente decidió no participar en la anterior misión, desde entonces se creía infravalorada por sus compañeros en cuanto a su aporte como miembro del equipo. No le gustaba que la consideraran un estorbo, así que la tarea le vino en el momento perfecto. A Anezka le complacía sentirse útil por primera vez en mucho tiempo, por lo cual no solo aceptó de buen grado la misión, sino que se iba entusiasmando con ella, queriendo demostrarles a ambos su capacidad de llevar a cabo cualquier tarea que le encomienden, por difícil que esta sea.

Ya consideradas todas las alternativas en relación a esa conversación entre Anezka y Smith, esperan hasta la tarde del siguiente día para mandarla al sótano con las llaves del cuartucho y una grabadora oculta. Entretanto, Jericho y Damascus se mantendrían cerca ante cualquier eventualidad, pero con sumo cuidado de no dar ocasión para que Smith sospeche que ellos se hallaban allí controlando a Anezka. Escoltada por ambos hombres hasta la planta baja del edificio, luego continúa sola el camino de descenso hacia los sótanos. Esta vez puede apreciar mejor el lugar y le resulta tan tétrico como desagradable el pasillo de acceso sin iluminación. Sería muy fácil para cualquiera acabar con la vida de alguien allí mismo, antes de que siquiera pudiera darse cuenta de lo ocurrido. Si Jericho no estuviera con Damascus no se atrevería a continuar, ya que un hombre como ese, tan acostumbrado a actuar como verdugo, sería capaz de salirle al encuentro y torcerle el cuello en cuestión de segundos.

Era mejor apartar de su cabeza tan oscuros pensamientos y concentrarse en la misión. Aunque luego Anezka piensa todo lo contrario y reconsidera dejarse llevar por sus preocupaciones: se imagina siendo víctima de la violencia de Damascus, al cual jamás ha dejado de temer, pues así conseguiría que su actuación frente a Smith resulte mucho más convincente. Justo entonces, gracias al fondo de una verdad, haciendo uso de esos miedos legítimos, lograría reforzar la convicción de sus mentiras.

Con un suspiro retenido en su pecho, sigue dejando que su imaginación explore su terror hacia Damascus a medida que se acerca al sótano oscuro. La pequeña rendija por la cual puede colarse una porción de luz no resulta de mucha ayuda con el cielo nublado. Una vez dentro del sótano duda por un momento si encender el interruptor como había hecho Damascus la primera vez que los condujo allí, o en cambio aprovechar esa oscuridad para que Smith no consiga distinguir su rostro y tampoco repare en la grabadora ya activada que lleva escondida en su bolso. Considera entonces que continuar caminando en la oscuridad es una idea perfecta y torpemente intenta abrir cada puerta que encuentra, al no distinguir cual es la correcta. Con ello Smith creerá que Anezka está muy nerviosa por llegar hasta él a espaldas de Damascus y Jericho, y que cuentan con muy poco tiempo antes de que los descubran.

Tal como ensayó frente a Jericho, comienza a fingir que su respiración está agitada, y gracias a que no ve nada, camina con torpeza, tropezando en algunas ocasiones con objetos imprecisos que se hallan en el camino. Esto consigue que reciba un ruido a modo de respuesta en

uno de los cuartos y Anezka sabe enseguida que se trata de Smith, probablemente intentando zafarse de su silla. Damascus le explicó que pronto dejaría de sentir el efecto de las últimas pastillas que le proporcionó hacía más de veinticuatro horas, así que estaría recuperando progresivamente sus sentidos por encima del sopor en el que se hallaba. Si esto era así, sería mucho más consciente del miedo a verse atrapado en un lugar desconocido, con la visión obstaculizada y sin poder moverse.

—¿Dónde estás? —pregunta Anezka con una voz agitada, dando comienzo a su farsa—. No tengo mucho tiempo.

Su voz es escuchada perfectamente, ya que vuelve a oír otro ruido a modo de respuesta. Supone que Smith está intentando caminar, a pesar de la silla a la que está atado, y ha chocado su cuerpo contra la puerta.

—Quédate tranquilo —recomienda Anezka sin dejar de sonar nerviosa—. Si haces mucho ruido podrían descubrirnos. Esto está muy oscuro y no consigo ver nada. Ya voy a llegar hasta ti. Ten un poco de paciencia.

Para apoyar sus palabras comienza a hacer sonar unas llaves y se dirige hacia el lugar donde se originan los ruidos. A propósito intenta abrir una puerta al lado de la correcta, demostrando con este supuesto error que no conoce muy bien el lugar. Esto hace que Smith, desesperado, vuelva a hacer otro ruido, en un intento por indicarle a Anezka cuál es la puerta correcta. Anezka se toma unos segundos antes de «dar con la puerta correcta» y abrirla. Es el momento perfecto para sacar la linterna que Jericho le proporcionó y la pone contra la pared de tal manera que la luz reflejada sea muy tenue. Descubre que Smith se ha caído. El espectáculo resulta lamentable, verlo allí atado a la silla y en ropa interior con el saco sobre la cabeza. Anezka se acerca hasta él y le quita el saco. Amordazado, comienza a proferir ruidos, incapaz de ocultar su desesperación.

—Me estoy arriesgando mucho al estar aquí —le dice Anezka—. Te quitaré la mordaza, pero si llegas a gritar, ambos estamos perdidos. ¿Prometes no hacerlo?

Smith asiente muy nervioso y Anezka cumple con su parte. Le hace caso y, en lugar de gritar, abre la boca para aspirar una bocanada de aire, dejando que este ensanche sus pulmones antes de hablar.

—No sé cómo llegué hasta aquí —explica Smith—. Luego, cuando desperté, creí ver a Damascus observándome. Lo he visto varias veces, temiendo lo peor. Ese hombre es un monstruo. Ha sido él, ¿cierto? ¿Puedes soltarme?

—Así es, Smith —confirma Anezka—. No puedo soltarte todavía hasta asegurarme de que él no vendrá. Prometo hacerlo y sacarte de aquí, pero necesito hablar contigo primero. Necesito asegurar mi propia vida, si voy a ayudarte. Tengo mucho miedo de que nos descubran.

Anezka ayuda a Smith a sentarse nuevamente en la silla y a reincorporarla sobre el suelo. Aunque siguiera atado, así está mucho más cómodo.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —inquire Smith—. Creí escuchar tu nombre ayer.

—No te equivocas —corroborra Anezka—. Ayer Damascus y Jericho me trajeron para mostrarme lo que habían hecho contigo. Damascus aseguró que te tiene retenido desde hace una semana, sin que yo lo supiera. Quedé horrorizada de inmediato y quería correr, alejarme de él lo antes posible. Tuve que fingir que estaba de acuerdo con ellos. Desde entonces no puedo dormir, pensando en cómo te sentirías aquí abajo tan solo y desprotegido. ¡Quiero ayudarte!

—Entonces sácame de aquí —pide Smith con los ojos humedecidos—. Ese hombre puede hacernos mucho daño. Yo te garantizo que nada malo te ocurrirá si me ayudas. ¡Podemos

escapar juntos!

—¿Escapar adónde? —contraataca Anezka, dejando entrever que los labios le temblaban al momento de hablar—. Los Conspiradores no nos creerán, y aunque lo hicieran, no les importaría prescindir de nosotros con tal de que Damascus y Jericho continúen en sus filas. Seremos considerados como unos disidentes sin que nadie nos ampare.

—Los Conspiradores son unos idiotas —repite Smith, y esta vez acompaña sus palabras con una risa nerviosa, como quien reúne fuerzas para contar un secreto importante—. Conozco a personas que estarían muy interesadas en tenerte en sus filas.

—¿Entonces es cierto lo que Damascus asegura? —responde Anezka con una voz susurrante—. Eres un traidor tal como él dice. Si te libero, no solo Damascus me hará daño, sino que los Conspiradores lo consentirán. ¿Qué puedo hacer yo sola, Smith? Estoy aterrada. No quiero seguir aquí. No quiero seguir formando parte de esto. ¿Tus jefes son lo suficientemente poderosos para ocultarme?

—Pueden eso y más —ofrece Smith—. Pagarían por conocer de primera mano toda la información que tengas sobre Damascus y Jericho, hasta los detalles más mínimos de la convivencia que has tenido con ellos, aunque parezcan descripciones insignificantes. Cualquier cosa será de mucha utilidad para documentarnos. ¿Estarías dispuesta a abandonarlos?

—Si no lo he hecho antes es porque no he tenido otra alternativa —destaca Anezka—. No soporto continuar viviendo con ellos. Quiero dejar el bando de los Conspiradores, si la otra parte me ofrece un trato mucho más jugoso, además de garantizar tanto mi seguridad como mi supervivencia.

—Lo tendrás, muchacha —promete Smith—. Suéltame ahora y escapemos juntos. Aquí cerca hay hombres trabajando para mí. Deben estarse preguntando lo que me ha ocurrido. Nos ayudarán enseguida.

Anezka comprende de inmediato que se refiere a los espías que vigilan el apartamento, en especial al hombre que ya han descubierto. La misión está resultando mucho más fácil de lo que esperaba. Definitivamente, sus prejuicios contra Smith se quedaban cortos: ¡era un absoluto idiota!

—¿Quiénes son esos hombres? —pregunta Anezka intentando que le proporcione datos sobre los agentes que están vigilándoles, con el objetivo de confirmar una verdad ya sabida por ellos y para que quede registrada en la grabadora—. ¿Están en Atlanta?

Smith le explica con mayor detalle que, en efecto, han estado vigilando el apartamento y atendiendo cada uno de sus movimientos dentro de la ciudad. Quienes los siguen le hacen un reporte semanal de lo que han conseguido averiguar para que luego Smith se lo exponga a sus verdaderos jefes, los partidarios del Proyecto Enoch.

—Por eso te digo que soy tu mejor oportunidad en este momento —subraya, creyendo que su oferta es demasiado tentadora como para rechazarla—. Ya has llegado lejos. ¿No es muy tarde para retroceder? ¡Sácame de aquí!

—¡Cálmate, Smith! —lo detiene Anezka al ver que su agitación aumenta—. Me gustaría ser tu aliada y que me ayudes a traicionar a Jericho y Damascus, pero si sospecho que no pretendes ayudarme y, en cambio, intentas deshacerte de mí para volver con los Conspiradores, entonces me aseguraré de que no puedas delatarme.

—Ya te dije que los Conspiradores no tendrán nada que ver —afirma Smith mordiendo el anzuelo de las palabras de Anezka—. Hay personas interesadas en activar el Proyecto que tus

amigos han intentado detener todo este tiempo. Son mejores y más grandes que los Conspiradores. Son los únicos jefes que reconozco verdaderamente. No pretendo traicionarte, sino todo lo contrario. Si consigo que te unas a sus filas, ese será un logro que ellos retribuirán. Me interesa colaborar contigo tanto como ahora necesito que me ayudes a escapar. A cambio, ellos te ayudarán a ser libre de esos hombres, ¡lo juro!

Anezka permanece en silencio para acentuar la tensión y expectativa del momento, luego suelta un suspiro que suena al mismo tiempo como un desahogo que indica aceptación de sus términos.

—Te ayudaré, Smith —le hace creer Anezka—. En un par de horas, cuando caiga la noche, volveré hasta aquí y saldremos juntos. Durante este tiempo pon en orden tus pensamientos para indicarme lo que haremos luego. No pude haber ningún error desde el momento en que salgamos del edificio.

—¿Por qué no ahora? —pregunta Smith nervioso—. No quiero quedarme solo en este lugar ni un solo minuto más. ¡Por favor! ¡Vayámonos ahora!

—Comprendo tu malestar —lamenta Anezka—. Si yo estuviera en tu situación, no querría seguir esperando. Sin embargo, una o dos horas como mucho es todo cuanto te pido. Te sacaré de aquí, pero ten un poco de paciencia. Debo asegurarme de que Damascus y Jericho salgan primero. Me aseguraré de engañarlos alegando que he recibido un mensaje de los Conspiradores. Ahora debo volver a ponerte la mordaza y luego la capucha. Ya pronto nos libraremos de este horror, ¡lo prometo!

—¡No! ¡Otra vez no! —pide Smith—. Si quieres ponme la mordaza, pero no quiero volver a sentir esa capucha. Me siento ahogado con ella.

—Quisiera complacerte, pero no puedo —se niega Anezka ante su petición—. Si Damascus o Jericho bajan y te descubren sin ella sabrán enseguida que estuve aquí sin su permiso. Arruinaremos nuestro plan. ¡Confía en mí! Son solo unas horas antes de que vuelvas a ser libre.

Smith no tiene muchos deseos de volver a sentir la tela sucia en torno a su boca ni mucho menos quedar nuevamente a oscuras, agobiado por la capucha en torno a su cabeza. Sin embargo, comprende que debe aceptar lo que Anezka le dice, si realmente desea aprovechar la única oportunidad que tiene de escapar antes de que a Damascus se le ocurra hacer algo en su contra. Así que no opone resistencia a que Anezka haga lo debido y luego lo deje nuevamente solo, cerrando la puerta a sus espaldas. Escucha cómo la llave se encarga que la puerta permanezca cerrada con doble seguro y luego nota los pasos de Anezka alejándose. Inevitablemente, comienza a hacer un conteo de los segundos que pasan. Comprende que está a punto de experimentar las horas más largas de su vida antes de volver a escuchar la voz de Anezka al quitarle la capucha por última vez, desatarlo de su silla y decirle que ha llegado el momento de irse. Así se lo ha prometido y no es una fantasía. Smith se aferra a ese pensamiento, aunque no pueda hablar en voz alta, murmurando para sí mismo: «En unas horas volveré a ser libre y estaré a salvo. Esta pesadilla pronto habrá acabado».

Lo cierto es que las horas pasaban y no tenía ninguna señal de Anezka. En algún punto a lo largo de la primera media hora perdió la cuenta de los segundos y decidió no seguir haciéndolo, ya que le desesperaba comprobar que no había ningún indicio de que su espera llegaría a su fin cuando hubieran transcurrido las dos horas prometidas por Anezka. Realmente no sabía si estas ya habían pasado o si, debido a sus expectativas, cada segundo lo percibía como una hora. Le pica el rostro y su respiración se agita con mayor frecuencia, maldiciendo su suerte por haber permitido que vuelvan a ponerle el saco sobre la cabeza. ¿Qué podría haber hecho? Anezka tomó

las precauciones debidas y simplemente debía esperar su regreso.

El mayor temor de Smith no era que Anezka no regresara, ya que se veía verdaderamente asustada y confiaba en que deseara escapar tanto como él. Su terror principal era que cuando vuelva a abrirse la puerta se tratase de Damascus. No quería volver a ver a aquel hombre por nada del mundo. La sola idea le hace temblar, y ya depurado de los narcóticos que lo mantenían durmiendo, sus terrores se agudizan. De pronto su corazón se acelera al imaginar la posibilidad de que Damascus sea lo siguiente que vea cuando le quiten la capucha por segunda vez. Le tiemblan las piernas al pensarlo. Es como si tuviera la certeza de que su muerte llevaba el rostro de ese hombre.

Lamentablemente, algunas pesadillas las imaginamos exactamente porque son susceptibles de cumplirse. Hay en nuestros mayores miedos algo de profecía y anticipación. De esta forma, Smith siente que su corazón da un vuelco cuando vuelve a escuchar pasos fuera del cuarto en el cual se halla confinado. Nota que se trata de pisadas mucho más fuertes de las que daría una mujer. Incluso cree identificar que se trata de más de una persona. Sin embargo, prefiere desechar esas suposiciones, convenciéndose de que es Anezka quien regresa para salvarlo. No necesita cerrar los ojos, y aun así lo hace, como si con ello pudiera retrasar el momento de descubrir la verdad que ya su espíritu adivina, ese presentimiento de la hora final que el destino le depara.

—Ya no estás somnoliento, Smith —se burla Damascus al descubrirle la cabeza, pero sin quitarle la mordaza—. Ha llegado el momento de ajustar cuentas. ¿No crees que he tardado mucho? No acostumbro a secuestrar durante tanto tiempo. Fuiste afortunado, viviste más que los otros. Incluso te alimenté un par de veces cada día. Son razones suficientes para estar agradecido. Como bien debes saber, porque mi fama me precede, nadie sobrevive en mis manos demasiado tiempo.

Smith se agita desesperado y consigue ver con mayor claridad que antes, debido a la luz del exterior que ha sido encendida. Junto a Damascus se encuentra Jericho, con una expresión tan impasible y fría como la del monstruo que le habla. Nunca antes le habían parecido tan semejantes como en aquel instante. Intenta buscar alguna señal de lo que ha ocurrido, de descubrir lo que le sucedió a Anezka. No tarda en obtener una respuesta a sus dudas cuando la ve entrando, con una sonrisa cruel dibujada en su rostro. Se sitúa al lado de Jericho y le devuelve la mirada angustiada con un gesto de profunda indiferencia. Es entonces cuando comprende que ella lo ha engañado todo este tiempo.

—Sí, querido Smith, fue una trampa —señala Anezka—. Siempre creímos que eras un traidor y finalmente obtuvimos las respuestas que queríamos. Si no fueras tan idiota te habrías dado cuenta. No te culpo, cualquiera en tu lugar se aferraría a la esperanza que tuviera a mano. Lamento defraudarte.

Después de su intervención, Anezka saca una grabadora y la reproduce. Se escuchan fragmentos de la conversación entre ella y Smith. Si acaso le quedaba alguna duda de si estaba siendo presionada, y de que quizá aún podría ayudarlo, se esfuma enseguida. Comprende definitivamente que está solo y a merced de Damascus. Debido a este reconocimiento, Smith comienza a agitarse desesperado, con ganas de zafarse, de agotar todos los recursos a su alcance, aunque se trate de una batalla perdida de antemano. Justo entonces las lágrimas corren presurosas por sus ojos. Resulta un espectáculo lamentable para cualquiera que lo contemple: un hombre adulto lloriqueando como un bebé, indefenso, intentando salvarse apoyándose en un cuestionable recurso, inspirando la compasión de sus enemigos. Por alguna extraña razón decide

mirar fijamente a Jericho, rogándole con la mirada que haga algo al respecto, que no permita la crueldad que está a punto de suceder.

—Siempre fuiste un idiota, Smith —dice Damascus adelantándose un paso—. Además de idiota, un mediocre. ¿Cómo es que nos vigilabas haciendo uso de hombres más ineptos que tú? Eso sí que ha sido un logro. Su estupidez es tal que todavía no han empezado a lamentar tu ausencia. Quizá nadie la reporte. ¿A quién podrías interesarle? Por otra parte, pienso en tus jefes, sí, los verdaderos, y creo que debieron tener en cuenta la clase de mediocre al cual encomendaban una tarea que exigía mayor astucia e inteligencia. ¿No pudieron hacer el esfuerzo de contratar a alguien mejor? Parece que caer en las trampas es un denominador común de todos ellos. ¿Acaso son todos tan ineptos? ¿O quizá estamos sobrecalificados para lidiar con personas como ustedes? Tanto así que me fastidia tener que reducirte a polvo, cuando siempre lo has sido.

La respiración de Smith suena de un modo muy particular, acelerada y con gritos ahogados. Su momento de mayor gravedad y desesperación se revela en el temblor de su cuerpo, así como en su llanto, el carácter definitivo de su naturaleza: cobarde, bullicioso y prescindible para el nuevo Proyecto.

—Los espero fuera —manifiesta Anezka—. Ya hice mi parte y no tengo ánimos de ver cómo exprimes a esta pobre criatura. Por favor, sé rápido.

—¿Acaso sientes lástima? —pregunta Damascus con un tono socarrón—. Todavía puedes considerar su propuesta. Quizá te convenga.

—No seas idiota —contraataca Anezka—. Simplemente soy partidaria de que mientras menos sangre se derrame, mucho más limpio el trabajo. Luego hay que deshacerse del cuerpo y borrar toda evidencia de su estadía en esta habitación. De cualquier manera, harás lo que te dé la gana. Ese es tu principal talento.

Sus ánimos de continuar una discusión con Damascus son tan escasos como su disposición a ver cómo este mata a Smith con sus afamadas maneras. Así que, sin decir otra palabra, Anezka sale del cuarto dejando que Damascus y Jericho se encarguen de la última parte de esta misión apócrifa que se han propuesto. Durante todo este tiempo, Jericho permanece silencioso, aunque sin apartar la vista de Smith. Es difícil adivinar sus pensamientos, ya que no manifiesta ningún desacuerdo con los presentes. Sin embargo, y puede que esta sea la razón de que insista en sostenerle la mirada, Smith cree ver un relumbre de honesta compasión, en lo que podría traducirse como un ruego mudo: «No dejes que sea Damascus quien acabe conmigo».

Damascus se adelanta aflojando un poco su bufanda y tronando los dedos, lo cual incrementa el estremecimiento en Smith, pues estos gestos representan la antesala de lo que ocurrirá. Afortunadamente para él, Jericho se interpone entre Smith y Damascus:

—Deja que me encargue yo —pide Jericho—. Su traición nos afecta a ambos. No siempre debes ser tú quien se ensucie las manos.

—No tengo muchos ánimos de matar a este cerdo —admite Damascus—. Me da flojera. Aunque temo que serás bastante compasivo y no siento que lo merezca.

—Lo haré a mi modo —insiste Jericho—. Puedes quedarte si quieres.

Damascus se aparta para dejar que Jericho obre según su voluntad. Smith le dedica una mirada de profunda gratitud por asumir la tarea en lugar de consentir lo que Damascus hubiera podido tener en mente. Es casi un alivio para Smith cuando Jericho saca un revólver y le dispara en la sien, haciéndolo caer con la silla atada al cuerpo.

—Tal como sospechaba —declara Damascus decepcionado y observando el cadáver de

Smith—. Una muerte misericordiosa.

Al menos han pasado dos horas desde que Smith muriera, y parte de ese tiempo Damascus estuvo ausente encargándose de hacer desaparecer el cadáver sin dejar rastro alguno que le sirva de pista a cualquier curioso para descubrir lo que le ha sucedido. Cuando vuelve al piso simplemente manifiesta que ya no hay razones para preocuparse por Smith como cadáver. El problema fue erradicado en todos los sentidos, por lo cual es mejor no conocer las acciones de Damascus para conseguir deshacerse del cuerpo. Basta con que lo haya logrado, del mismo modo en que también se encargó de limpiar el cuarto del sótano donde Jericho le disparó.

De regreso al apartamento, Anezka ha pasado parte del tiempo mirando indistintamente a Jericho y Damascus, insegura frente a cómo se siente respecto a lo ocurrido. Por supuesto que en el pasado ayudó a que otros mueran, cuando no lo hizo ella misma valiéndose de los medios a su alcance, ya sea para sobrevivir o porque era su trabajo. Sin embargo, la muerte de Smith le produce una extraña inquietud. Aunque sería incapaz de exponer las razones por las cuales se siente particularmente distante y silenciosa desde que regresó al apartamento. Le reconforta que no haya sido Damascus quien lo matara, pero le genera un ligero desagrado saber que Jericho lo hizo. De nuevo le es imposible determinar la razón de estas sensaciones, considerando que no es la primera vez que han matado a personas, ni tampoco será la última. No duda por un instante que Smith mereciera el destino que tuvo, pero a pesar de ello se le quedó grabada la imagen de su rostro suplicante y luego decepcionado por sus acciones.

Jericho también se ha mantenido en una actitud reflexiva. Su primera acción después de matar a Smith fue meterse en la ducha para lavarse la sangre que le salpicó al momento de dispararle. ¡Qué difícil era sentirse responsable de la muerte de alguien con quien has compartido más de una conversación! Smith era un sujeto desagradable y al mismo tiempo ridículo, pero trabajó durante meses como su principal enlace con los Conspiradores. No era un completo desconocido como el resto de sus objetivos, y en ese sentido, su muerte representaba una prueba que los confrontaba con la idea de ser unos asesinos, aunque tuvieran suficientes excusas para considerar que actuaban conforme a una noción personal de lo que era correcto en función de la justicia.

Ahora los tres se encuentran reunidos en el apartamento, esperando el momento oportuno para comenzar la conversación que amerita la circunstancia: ¿qué harán ahora? Según la información extraída a Smith, gracias a las artimañas de Anezka, podrían localizar con facilidad a los espías que vigilaban sus pasos cerca del lugar. A su vez, como resultado de esta confesión, se descubrían algunas pistas capaces de conducirlos a algunos partidarios del nuevo Proyecto. Todo ello representaba una nueva agenda de trabajo para la cual deben prepararse, y lo harían sin problemas de no ser por una cuestión fundamental: ¿era conveniente actuar a espaldas de los Conspiradores? Y una vez que reparen en la ausencia de Smith y con ello se reforzaran las precauciones, ¿cómo continuar en contacto con ellos fingiendo que desconocían lo sucedido?

—Recordemos que aún nos queda un objetivo —menciona Damascus—. Si bien es cierto que los Conspiradores nos darán nuevas instrucciones luego de completar nuestra misión aquí, quizá deberíamos tomar la iniciativa de viajar hasta Washington y esperar allá a que nos contacten.

Casi lo habían olvidado, pero gracias a la mención de Damascus caen en cuenta de un antiguo mensaje que le hicieron llegar a Anezka meses atrás. Luego de acabar con los

empresarios en Atlanta los Conspiradores les mencionaron un cuarto objetivo que debía ser localizado en Washington D. C., aunque no les dieron mayores detalles al respecto, alegando que se los proporcionarían una vez culminado el trabajo en Atlanta. Tan solo deseaban que estuvieran preparados y conscientes de hacia dónde dirigirían sus pasos próximamente.

—Esa iniciativa podría malinterpretarse —acusa Anezka—. En otras circunstancias me opondría a la idea y recomendaría que nos quedemos aquí hasta que vuelvan a llamarnos. A pesar de eso, no tengo ánimos de interponer objeciones, para ser honesta. Simplemente no quiero seguir en Atlanta sabiendo que nos observan.

—Si no contemplaran la posibilidad de que tomáramos esa iniciativa, se habrían reservado dicha información —intercede Jericho—. Aun así, tal «iniciativa» coincidirá con la desaparición de Smith. Las asociaciones serán muy evidentes.

—Los Conspiradores no propiciarán una confrontación con sus soldados más valiosos por un tipejo como Smith —sostiene Damascus—. A quienes les preocupará su ausencia es a los partidarios del Proyecto Enoch. El único problema es que, al margen de sus llamadas repentinas o sus telegramas inesperados, los Conspiradores se valían de Smith como uno de sus principales enlaces. ¿Cómo los contactaremos?

—Yo me encargaré de eso —promete Anezka—. Hay otras formas de dejarles un mensaje y me aseguraré de que lo reciban antes de partir, si todos estamos de acuerdo con el plan de irnos a Washington. Lo que me preocupa es que desconocemos la dirección del nuevo piso franco que nos iban a asignar estando allá. Quizá debimos sacarle esa información a Smith.

—De nada nos habría servido esa información —repite Jericho desechando la idea—. No tendría mucho sentido haberle sonsacado a Smith la ubicación de nuestro próximo piso franco ya que, siendo un traidor, seguramente le proporcionó dicha información a los jefes del bando que representan al Proyecto Enoch. Nos corresponderá conseguir un alojamiento por nuestra cuenta.

—Eso lo tengo cubierto —destaca Damascus—. Nos alojaremos en uno de los míos.

No es la primera vez que Damascus hace mención a la posesión de propiedades en distintas partes del país. Cuando hace este tipo de menciones, Jericho sigue preguntándose cuánta ganancia habrá dispuesto Damascus durante los años en que fingió ser leal a los dirigentes del Proyecto Jericho. Probablemente la suficiente para retirarse y no continuar librando esta batalla. Sin lugar a dudas su convicción, a la par que sus deseos de venganza, superaba cualquier otra ambición.

—¿Estamos todos de acuerdo en irnos a Washington? —pregunta Anezka—. ¿Y qué pasará con los espías?

—No nos iremos sin antes hacerles una visita —responde Damascus enseguida—. Deberíamos partir para Washington mañana. Así que resolvamos ese asunto esta misma noche.

Esperar a que avance la noche es una de las experiencias más exasperantes que existen. Cuando no se está esperando, el paso del tiempo se percibe con mayor rapidez, pero cuando es necesario vigilar cada segundo hasta que llegue una hora concreta, parece que esta nunca llegará. Ansiosos por irse cuanto antes de Atlanta, acuerdan que no partirán hasta no haberse encargado de sus espías, quienes aún desconocen la suerte que sufrió Smith y mucho menos sospechan que sus vigilados planean un ataque mortal contra ellos.

Damascus nuevamente lidera la operación, aunque Jericho ha puntualizado mejor el plan de

ataque que se efectuará en el edificio de enfrente, pensando siempre en crear el menor número de daños y perjuicios dentro del lugar para aminorar el escándalo, a la vez que se preocupa por el resto de civiles que habitan allí como inquilinos.

—Eso es fundamental —recalca Jericho—. Tan imperativo como el hecho de acabar con esos espías, así también deben ser las precauciones para que ningún inocente resulte herido.

No queda duda de que esta advertencia va dirigida expresamente para Damascus, quien en el proceso de cumplir con una misión asume actitudes temerarias capaces de poner en peligro a los demás. Anezka se manifiesta conforme con las precauciones ofrecidas por Jericho, y Damascus asiente con desenfado, aceptando de buen grado el consejo. Por lo tanto se distribuyen las armas y municiones que esperan usar, incluyendo los silenciadores. Esta vez Anezka se muestra participativa y mejor dispuesta a contribuir, seleccionando ella misma el arma que más le gusta e incluso aportando ideas para el ataque. La consternación general causada por la muerte de Smith se va disipando, sustituida progresivamente por la adrenalina frente a la expectativa por el enfrentamiento que se avecina.

Los tres acuerdan que la mejor hora para el ataque es dos horas después de la medianoche. Suponiendo que intentan observar sus movimientos desde el edificio de enfrente, entretanto despistan a sus espías manteniéndose en la sala durante un buen rato hasta que Jericho y Anezka se levantan para ir a la habitación, según como acostumbran. Esta vez apagan las luces, exceptuando una pequeña lámpara que refleja la sombra de Damascus, de pie en una esquina como es usual en él. Lo que los espías no serán capaces de adivinar es que lo que está al alcance de su visión no es Damascus, sino un perchero con uno de sus abrigos, que proyecta una sombra exacta a la que tendría. Si llevan binoculares, con la oscuridad circundante apenas verán el abrigo sobre el perchero y enseguida lo confundirían con Damascus, asumiendo que sigue presente en esa inmovilidad que le es familiar y característica.

Por lo tanto, los espías no ven que Damascus luego se introduce en la habitación donde dormían Anezka y Jericho para salir por la ventana que conduce a la parte trasera, que representa un punto ciego para sus espías. Tras estas maniobras, que no significan grandes complicaciones considerando su entrenamiento, en cuestión de minutos están en la calle y completamente armados, caminando en dirección al edificio donde se efectuará la matanza planeada horas atrás.

Introducirse en el edificio no les da muchos problemas, ya que simplemente se limitan a trepar por una reja y caer al otro lado. Jericho ayuda a Anezka a encaramarse para seguidamente bajarla mientras Damascus se adelanta sin mirar atrás, esperando que el resto de su equipo le siga el paso. Sigilosamente se introducen en una puerta de entrada al edificio, desde los sótanos, y buscan el acceso a las escaleras para subir hasta el cuarto piso, donde se halla el apartamento de sus espías. Al llegar a la escalera de intersección entre el tercer y el cuarto piso, Damascus se detiene, obligando a Jericho y Anezka a hacer otro tanto detrás de él.

—Hay cuatro apartamentos, como en todos los pisos del edificio —señala Damascus, hablando con una voz susurrante—. Forzosamente tiene que ser el primero a la izquierda, por la ubicación de la ventana.

—¿Estás seguro? —pregunta Anezka suspicaz—. Si nos llegamos a equivocar llamarán a la policía, o ellos tendrán tiempo de escapar y la operación se habrá arruinado antes de siquiera haber comenzado.

—Ese es el apartamento correcto —apoya Jericho—. ¿Lo escuchas?

—¿Escuchar qué? —cuestiona Anezka manteniendo la voz baja—. No entiendo.

La pregunta de Jericho va dirigida a Damascus y este asiente. Por los gestos en sus rostros, finalmente alcanza a comprender sobre qué hablan. Haciendo uso de sus habilidades especiales, Jericho y Damascus intentan determinar el número de personas que hay por apartamento según las respiraciones de quienes viven en ellos. Damascus y Jericho suben por un momento para ubicarse en el umbral del pasillo de dicho piso, para conseguir un mejor diagnóstico, y al cabo de un minuto regresan al tramo de la escalera donde se halla Anezka.

—En los pisos descartados se escuchan respiraciones tenues —expone Damascus—. Esto es un indicio de que están durmiendo y, según pude contar, no hay más de tres o cuatro personas en cada uno de los apartamentos.

—En el apartamento sospechoso el resultado es muy distinto —añade Jericho—. Las respiraciones son mucho más agitadas y se corresponden con un grupo conformado por alrededor de seis o siete personas. Todos están despiertos.

—Ya puedes dejar atrás tus dudas —le manifiesta Damascus a Anezka—. Ese es el apartamento correcto. Ahora no perdamos más tiempo mientras contemos con el factor sorpresa.

Sin esperar una respuesta, Damascus sigue andando hasta arriba. Por lo tanto, Anezka y Jericho aceleran sus pasos para llegar antes de que derribe las puertas del apartamento con tres patadas. La respuesta al otro lado no se hace esperar y los más próximos se lanzan hacia Damascus para recibirlo con disparos provenientes de los pequeños revólveres que llevan consigo. Damascus los neutraliza enseguida, torciendo sus brazos y lanzándolos al suelo para seguir avanzando dentro del apartamento. Mientras tanto, Anezka y Jericho disparan a los que Damascus derribó, justo cuando intentan recuperar sus pistolas. El resto de los presentes trata de evitar a Damascus y, en cambio, buscan una manera de escapar a través de las ventanas, lo cual es impedido de inmediato, bien sea por Jericho o por Anezka, quienes los derriban con un solo disparo.

Uno a uno van cayendo sin que les ocasionen ningún daño a ellos. Todo parece haber salido a la perfección, cuando escuchan un ruido proveniente de las escaleras.

—Vienen más hombres —anticipa Jericho—. Este no era el único apartamento que nos vigilaba.

El descubrimiento los toma por sorpresa, pero comprenden que no era una opción descabellada. No hay tiempo para lamentar tal descuido, así que se lanzan hacia las escaleras para recibir a los hombres armados que vienen a su encuentro. Al mismo tiempo, en el pasillo comienzan a asomarse algunos inquilinos de los otros apartamentos para comprobar lo que ocurre y de dónde provienen esos ruidos.

—¡Métanse en sus apartamentos! —grita Damascus—. No salgan bajo ninguna circunstancia. Es por su seguridad.

Algunos de los primeros hombres comienzan a disparar desde las escaleras en dirección al apartamento, por lo que Damascus se lanza hacia afuera. Jericho aprovecha la ocasión para cubrir el pasillo y ayudar a que los civiles que se estaban asomando vuelvan a meterse en sus apartamentos, incitados por las órdenes de Damascus, quien se esfuerza en derribar a cada hombre armado que se le aparece antes de que detone su arma, mientras Anezka también les dispara conforme aparecen, si logran esquivar a Damascus. A Jericho le sorprende que parte de las acciones de Damascus estén orientadas a evitar que alguno de los inocentes resulte herido. También le desconcierta que se tomara la molestia de advertirles que no salieran. Es la primera vez, que Jericho podrá atestiguar durante el tiempo que lleva de conocerlo, que ha dado muestra espontánea de un cierto cuidado a la hora de iniciar alborotos habiendo civiles cerca. No mucho,

pero el justo para evitar por poco que mueran o sean heridos, aunque siga sin parecer que realmente le importe, ya que luego no ha dedicado ninguna mirada a los apartamentos cerrados para ver si han obedecido su recomendación. Esta demostración le agrada a Jericho, quien por otra parte es casi tan implacable como Damascus con los espías a los que enfrentan.

Los tres colaboran y trabajan bien en equipo, ya que incluso Anezka se destaca a la hora de cubrirle la espalda a Damascus, mientras Jericho se encarga de un par de sujetos que han conseguido esquivar sus balas y han llegado hasta él en sus intentos desesperados por escapar de aquel lugar. La violencia definida por el tiroteo y la sangre derramada se extiende durante unos pocos minutos, hasta que al fin todos los hombres que aparentemente se encuentran allí fueron derribados. Si alguno consiguió escapar debió hacerlo por algún método peligroso, como lanzarse desde algún apartamento en una caída peligrosa, ya que el edificio solo cuenta con esas escaleras como acceso para las entradas de la planta baja y los sótanos. En ese sentido, asumen que la misión fue completada con éxito, tal como la muestra de casquillos y cadáveres lo prueban.

—Quizá debemos asegurarnos de que nadie salió herido —propone Jericho—. Hubo muchos disparos.

—¡Vaya desastre! —exclama Anezka—. No tendremos tiempo para esa comprobación. Vayámonos de inmediato. La policía no tardará en llegar. Los residentes deben haber llamado mientras nosotros realizábamos esta limpieza.

—No tengo ánimos de lidiar con policías —asegura Damascus—. Anezka tiene razón. Ahora sí es tiempo de partir hacia Washington.

El consenso está en contra de Jericho y tiene que aceptarlo, consolándose con la idea de que si alguien resultó herido ya habrá llamado a una ambulancia, además de a la policía. Tal como Anezka predijo, se oyen varias patrullas que se aproximan, en el preciso instante que aprovechan la oscuridad de la noche para correr hasta el coche que Damascus aparcó en la parte trasera del edificio donde residían. Una vez adentro, y con Damascus al volante, aceleran en dirección contraria a los coches de policía, manteniendo una velocidad moderada para no levantar sospechas.

—Solo lamento haber tenido que dejar uno de mis abrigo —se queja Damascus, refiriéndose al perchero con su abrigo puesto que dejó en el piso franco para despistar a los espías.

Jericho y Anezka comparten una mirada e intentan no reírse. No acostumbraban a escuchar a Damascus manifestar ninguna queja de carácter doméstico, por lo cual resulta gracioso que, después de haber matado a tantos hombres, su principal preocupación sea un abrigo que ha dejado atrás. Omiten cualquier comentario al respecto y Jericho se concentra en observar a sus espaldas para comprobar si algún vehículo sospechoso los sigue. A las tres de la madrugada las calles de Atlanta están despejadas, por lo cual en menos de media hora ya dejaron atrás la ciudad y continúan el trayecto por carretera.

—Creo que podemos aventurarnos a asegurar que nadie nos sigue —dictamina Jericho—. Tendremos un camino despejado hasta Washington.

—¿Estás seguro? —pregunta Anezka preocupada—. Es muy probable que la policía de Atlanta no se haya percatado de nuestra huida. Lo que me inquieta es que haya otros espías pendientes de nuestros movimientos. Incluso nosotros cometimos el error de confiarnos, creyendo que eran menos de los que suponíamos en un principio. Quizá no todos estaban en aquel edificio.

—Hubo espías en otras partes de Atlanta —corroboró Damascus—. No contábamos con tiempo suficiente para ellos si queríamos llegar pronto a Washington. Tampoco descarto que sobrevivieran agentes enemigos en el lugar donde los atacamos, aunque no se atrevieron a continuar su trabajo persiguiéndonos fuera de la ciudad. Lo importante es que conseguimos abatir y al mismo tiempo desmoralizar a las fuerzas que intentaron salirnos al encuentro con artimañas torpes. Esto será una lección para ellos, para animarlos a intentarlo nuevamente con mayor destreza e ingenio.

—De cualquier manera, sabrán que estaremos en Washington —repite Jericho—. Smith sabía que nuestro siguiente objetivo nos conduciría a esa ciudad. Seguramente esta información fue proporcionada a los partidarios del Proyecto.

—Ya nos darán la bienvenida —vaticina Damascus—. Y si no lo hacen, nos encargaremos de mandarles nuestros saludos como solo nosotros sabemos hacerlo.

El resto del viaje continúan charlando animadamente, comentando sus impresiones sobre el asalto que efectuaron y celebrando el triunfo de haber tomado por sorpresa a sus enemigos para neutralizarlos. Se permiten algunos chistes, así como también discuten sus primeras impresiones sobre el objetivo a cumplir una vez que se instalen en Washington. Nunca antes se han sentido tan en comunión como parte de un mismo equipo. Resulta gratificante que, después de tanto tiempo, finalmente comiencen a sentirse a gusto no solo con el trabajo realizado, sino también con el hecho de compartir la difícil carga que este representa.

Capítulo 9

Washington D. C., noche del 2 de mayo de 1972

Si el mundo es concebido como un gran océano, entonces casi cualquier persona se cuenta entre uno más de los muchos peces pequeños que componen un cardumen. El impacto que podemos producir mientras vivimos se debate entre un rango de mínimo a mediano, circunscrito a nuestro entorno y a las personas con las que coincidimos. Sin embargo, existen en ese vasto océano metafórico del cual toda la humanidad forma parte algunos «peces gordos» cuyo impacto es mayor al usual, afectando la vida del resto. Un pez gordo no solo es difícil de atrapar, sino también de eliminar si alguien quisiera intentarlo, además de representar una gran responsabilidad por el tipo de consecuencias que puede traer para el resto.

Con anterioridad ya se habían encargado de objetivos que calificaban como «peces gordos»: empresarios influyentes cuyo capital era invertido para apoyar partidos, mantener Gobiernos o financiar operaciones secretas como el Proyecto Enoch. A pesar de su importancia, se trataba de negociantes cuya influencia política no era reconocible a mayor escala, y en tanto, su influencia dependía de la cantidad de capital invertido y no de sus capacidades para intervenir en las ideas o discursos que rigen la nación. Cuando llegaron a Washington pasaron varias semanas intentando contactar a los Conspiradores por mediación de Anezka, quien dejó mensajes cifrados con personas concretas y en lugares determinados con el objetivo de que llegaran a los jefes. Cuanto antes los Conspiradores reaparecieran, antes sabrían cuál sería el siguiente objetivo, del cual solo sabían que vivía en Washington.

Los Conspiradores tardaron en aparecer y sus primeros mensajes versaban sobre advertencias relacionadas con la desaparición de Smith. Una de las ventajas era que Smith no tenía información sobre quién era el objetivo de Washington, por lo cual los Conspiradores les dijeron que siguieran allí en espera de instrucciones. No deseaban señalar la identidad del objetivo hasta no estar seguros de que la información no se hubiera filtrado. Quizá en ese tiempo también intentaban asegurarse de que ellos no estaban trabajando para el enemigo, especialmente cuando consiguieron pruebas de que Smith era un doble agente a las órdenes de los partidarios del Proyecto Enoch. A pesar de estas pesquisas, nunca consiguieron enterarse de las circunstancias exactas de su muerte, ni mucho menos de la implicación directa de Jericho, Damascus y Anezka como protagonistas de este suceso.

Los Conspiradores celebraron que tomaran la iniciativa de abandonar Atlanta e instalarse en Washington en un apartamento distinto al nuevo piso franco dispuesto para ellos, considerando que, debido a la filtración de información por parte de Smith, ya no era seguro. En el transcurso de esa espera se condujeron con mayor precaución que la tomada en Atlanta, hasta el punto de que Damascus redujo considerablemente sus salidas nocturnas, ya que siempre cabía la posibilidad de que hubiese un nuevo grupo de espías pendientes de sus movimientos para reportarles a los partidarios del Proyecto sobre sus acciones.

Fue un mes de tensa calma durante el cual Damascus y Jericho se propusieron realizar una lista de empresarios partidarios de Nixon que vivían en aquel lugar, según consideraron que alguno de ellos podría ser su próximo objetivo. A juzgar por los objetivos similares del pasado, daban por sentado que sería uno de aquellos y por eso recolectaron tantos datos como les fue posible para estar preparados. De esta forma, cuando les dijieran alguno de esos nombres estimados, ya habrían completado parte del trabajo y serían capaces de completarlo con mayor antelación.

A veces dudaban de si los Conspiradores realmente querían deshacerse de ellos tras la desaparición de Smith, pero no querían comprometerse a una tarea tan difícil si debían atender otras mucho más importantes. ¿Acaso se limitarían a dejarlos esperando por una misión que nunca llegaría? Aunque un mes o dos pareciera una medida de tiempo no excesivamente larga, en términos de planes y conspiraciones secretas representaba mucho más porque implicaba que cada día transcurrido sin atacar a sus enemigos estos avanzarían para sacar el Proyecto adelante y mantener a Nixon en el poder. Les resultaba casi inadmisibles que los Conspiradores dejaran enfriar parte de lo que ya se había puesto en marcha con los asesinatos de empresarios en Atlanta. Un suceso como aquel habría conmocionado a sus enemigos, pero también se convertía en un incentivo para prepararse ante futuros ataques. Si seguía pasando el tiempo no solo sus enemigos conseguirían mayor apoyo para sus planes, sino que también estarían mejor preparados contra quienes intentaran hacerles frente.

La respuesta los tomó por sorpresa cuando Anezka recibió un mensaje cifrado para atender una llamada en una cabina telefónica del distrito. Enseguida supieron que se trataba de las instrucciones que estuvieron esperando hasta entonces y con ello se disiparon progresivamente parte de sus paranoicas presunciones acerca de que estaban siendo mantenidos al margen mientras evaluaban cómo se encargarían de ellos. Cuando Anezka regresó no tardó en anunciarles la información ansiada y quedaron atónitos al revelarles su siguiente objetivo: John Edgar Hoover, el célebre director del FBI, usualmente conocido como J. Edgar a secas. En definitiva, si alguna vez pensaron que sus encargos eran «peces gordos», la palabra ahora cobraba un amplio sentido con una figura de la talla de ese hombre tan temido como odiado, que durante décadas hizo temblar las piernas de los hombres y las mujeres más poderosos. Como guardia y custodio según su conveniencia de los secretos de una nación y sus habitantes, J. Edgar era el pez gordo indiscutible, aquel que nunca hubieran imaginado que les tocaría enfrentar.

Damascus y Jericho aceptaron la tarea. Se propusieron a cumplirla en el menor tiempo posible y, para ello, emplearon menos de tres meses de preparación para un plan digno de calificarse efectivo. Como en todos los encargos de los Conspiradores, no existía un patrón a seguir. Se les daba plena libertad para usar los métodos que quisieran siempre y cuando el resultado fuera el deseado: la eliminación del objetivo. Solo enunciaban sin dar mayores detalles. Limitarse a nombrar a alguien era una forma de desentenderse de la responsabilidad de lo que ocurriera. Técnicamente no existía una orden directa para matar a las personas nombradas, pero ese era el mandamiento tácito cuando se lidiaba con personas como Damascus y, ahora, Jericho, cuyo principal talento era completar aquellas tareas que nadie llevaría a cabo. En resumen, si les dabas un nombre a dos personas calificadas como «armas humanas», es decir, asesinos, ya todo estaba dicho sin necesidad de pronunciarse. No obstante, si estos morían en el ejercicio de su tarea o eran capturados, sin importar lo que dijeran, no existían pruebas reales capaces de permitir la implicación de cualquier miembro de los Conspiradores dentro de estos asuntos, ni tan siquiera la existencia de un grupo secreto como ese.

A pesar de ello, ¿cómo es que se atrevían a convertir a un sujeto como J. Edgar en el próximo objetivo? A primera vista se trataba de una misión condenada al fracaso, ya que se trataba de la persona que mejor comprendía lo que era la seguridad y la precaución. ¿Cómo atrapar a un hombre como ese con tantos medios a su alcance y una inteligencia superior a la del común denominador? J. Edgar poseía la clase de ingenio y malicia que le permitió mantener su cargo durante varias décadas sin importar cuántos presidentes asumieran el mando. Si ninguno de sus antiguos enemigos, semejantes en poder, nunca fueron capaces de derrotarlo, ¿cómo iban a lograrlo Damascus y Jericho? ¿Acaso esa era la estrategia de los Conspiradores ideada como

solución para deshacerse de ellos: una misión imposible equiparable a una broma? Por supuesto, eran lo suficientemente avezados para no descartar esta teoría.

Lo fundamental era detener el Proyecto Enoch a cualquier costo, y si J. Edgar estaba implicado o de alguna forma su muerte contribuía a que cesaran los intentos por revivirlo, entonces no había objeción lo suficientemente poderosa para disuadirlos de abandonar el ejercicio de una misión suicida como aquella. En todo caso, donde nadie más pudo haber logrado algo, ni lo lograría, era probable que, si existían personas capaces de destruir a Hoover, esos eran Damascus y Jericho: individuos con características sobrehumanas que no temían perder sus vidas en pos de una causa irrealizable siempre y cuando esta se correspondiera con la firme convicción de hacer justicia o vengarse, según la interpretación que se le diera.

Durante el proceso de investigación encontraron fuertes indicios de que si no participó directamente en la creación del Proyecto Jericho, al menos J. Edgar fue consciente de su existencia desde el principio, así como de las identidades de quienes participaron en él. Todo ello estaba bien documentado en sus archivos, tal como guardaba información sobre escándalos y vergüenzas de políticos y celebridades, probablemente sentenciado a quedar clausurado hasta que surgiera una ocasión provechosa en que necesitara protegerse de alguno de esos implicados o extorsionarlos con base a algún interés de Hoover. Pero ¿por qué los Conspiradores querían sacarlo fuera del juego? Nunca antes necesitaron hacer preguntas sobre sus objetivos porque si los espacios no eran llenados por quienes hacían el encargo, posteriormente sus investigaciones personales confirmaban las razones por las cuales merecían morir. Si alguien merecía morir, al menos para muchas personas que fueron víctimas de sus desmanes, ese era J. Edgar.

Pese a ello, ni a Jericho ni a Damascus les importaban las culpas, daños o crímenes que este hombre hubiera cometido en el nombre de la «justicia». Muchos de los perjudicados eran personas igualmente miserables o corruptas que alguna vez quisieron ser más astutos que el viejo zorro que comandaba el FBI. Lo que en realidad les importaba a ellos era descubrir hasta qué punto J. Edgar fue responsable del antiguo Proyecto, y llegaron a la conclusión de que su silencio y omisión fue tan grave como si hubiera participado directamente. ¿Cuánto hubiera podido evitarse si un hombre con el poder que este ostentaba se hubiera pronunciado en contra de ese experimento? En sus manos estaba la posibilidad no solo de desenmascarar el Proyecto, sino también de proporcionar las pruebas necesarias para juicios y encarcelamientos en contra de sus implicados. Resultaba un misterio determinar las razones por las cuales optó por no hacer nada y quedarse de brazos cruzados. ¿Recibiría algún beneficio del Proyecto? ¿Arriesgaba su vida si se oponía? ¿O simplemente le daba igual porque no atentaba contra ninguno de sus intereses? Seguro la última opción era la más plausible, pero eso no lo hacía menos culpable, sino todo lo contrario.

Y así llegó finalmente la noche en que debían introducirse en la casa de Hoover para completar ese trabajo inimaginable al que cualquier otro habría renunciado enseguida, calificándolo de imposible. Anezka no quiso acudir, alegando que debido a los peligros inherentes a la operación era mejor que fuera realizada por ellos dos a riesgo de que pudiera convertirse en un estorbo. Aceptaron sus razones de buen agrado, pero Jericho se preguntó si esta negativa no era también debido a la actitud animada de Damascus o a lo que podría encerrar una cajita forrada en cuero que este recogió del piso franco, destinada para el cumplimiento de la operación, aunque no dio detalles sobre su contenido ni tampoco permitió que la tocaran. Si bien sus reservas frente a Damascus cedieron un poco desde la huida de Atlanta, una parte de ella no le perdía el miedo; lo cual Jericho comprendía y aceptaba.

Por lo tanto, Damascus y Jericho se propusieron entrar a casa de Hoover esta noche. Resulta una sorpresa para ambos que un hombre tan importante como aquel haya decidido no tener un cuerpo de seguridad en torno a su casa. Si acaso un par de coches apostados frente a esta y algunos otros en calles circundantes, preparados para acudir a cualquier llamado de su jefe. Quizá se trata de la arrogante seguridad de quien ha estado invicto durante toda su vida y considera que esta situación es irreversible y vitalicia. También se dice que a Hoover le desagrade la presencia de guardaespaldas o agentes de seguridad dentro de su hogar; lo cual para muchos es signo de que mantiene secretos que prefiere que no sean descubiertos por alguien que lo vigile muy de cerca, aunque sea para protegerlo.

El caso es que el plan para introducirse en casa de Hoover consiste en entrar a la calle donde vive, evitando ser vistos por el equipo de seguridad mediano que mantiene vigilancia en el lugar e introducirse secretamente sin que reparen en ello los únicos dos coches apostados al frente. Para hombres con el talento y la habilidad de Damascus y Jericho la cuestión no representa ninguna molestia. Lo que les intriga es lo que pueden encontrarse una vez dentro. El misterio se aclara de inmediato para ellos cuando se introducen en la casa y comprueban lo que sus investigaciones habían arrojado: carece de seguridad interna y Hoover está solo. A pesar de tan tentadora «facilidad», se conducen con sigilo y no tardan en suponer la ubicación de Hoover, guiados por su respiración. Damascus señala el punto de donde proviene, detrás de una puerta entreabierta, desde la cual se adivina la presencia de un estudio.

Al asomarse por la abertura observan que Hoover se halla sentado detrás de un escritorio, con unas gafas de lectura puestas, revisando unos documentos. Se ve tan corriente en aquella actitud y estando tan expuesto... Parece increíble que un hombre tan temido como ese no inspire miedo cuando se le ve. Con una mirada acuerdan irrumpir intempestivamente, y al cabo de unos segundos traspasan la puerta del estudio plantándose frente a Hoover. El viejo alza la mirada y, por acto reflejo, saca un arma que guarda bajo su escritorio, dispuesto a dispararla en el preciso instante en que Jericho se lanza contra él para inmovilizarlo, sosteniendo el arma y golpeando con ella la cabeza de Hoover para noquearlo. La desconfianza es aún mayor debido a lo fácil que ha resultado entrar en su casa y arrinconarlo de esa forma.

—¿Cómo es posible que nadie nos haya salido al encuentro? —pregunta Jericho—. Todo ha sido muy fácil. Debe haber una trampa que no vemos.

—Al principio me pareció sorprendente, lo admito —destaca Damascus—. Pero conforme estudié mejor a este personaje comprendí que esta falta de precaución se ajusta a su personalidad. Hoover es un patético narcisista que se considera intocable. Vivir hasta este punto le ha confirmado esa presunción.

—Me sigue pareciendo increíble —exclama Jericho viendo al hombre desmayado en el suelo completamente reducido—. Un hombre como este inspira silencio y terror cada vez que entra a una habitación. Y aquí lo tenemos, a merced de lo que deseemos hacerle. Me cuesta creerlo.

—No alimentes paranoias —recomienda Damascus con afán de mitigar las dudas de Jericho—. Las presunciones de Hoover como alguien intocable sin necesidad de vigilancia interna no son descabelladas. El autoconvencimiento de esa seguridad no carece de razones, considerando las malas relaciones que ha tenido con individuos poderosos que no fueron capaces de ponerle ni un solo dedo encima, ya que nunca lograron su destitución, y esto incluía a varios expresidentes. Tengo entendido que hasta Nixon lo ha intentado sin éxito. Nadie se atreve a ponerle una mano encima porque muerto es tan peligroso como si estuviera vivo. Existen

montones de archivos secretos que él habrá dispuesto que se revelen si le llegase a pasar algo. Por supuesto, a individuos como nosotros esto no nos interesa. Para nosotros es un hombre corriente porque no tiene poder sobre nuestras vidas.

—Me gustaría escucharlo —declara Jericho—. Como bien dices, Hoover no representa nada para nosotros. Necesitamos razones incuestionables si queremos asumir este riesgo. Comprender hasta qué punto estuvo involucrado en el Proyecto y si tiene alguna relación con su resurrección.

—¿Y crees que te dirá la verdad? —cuestiona Damascus—. No existe nada en este país que Hoover no sepa. Mucho menos si se trata de operaciones clandestinas que involucran al Gobierno de la nación. Nadie sabe mentir mejor que él, amén de que con toda seguridad ha tenido la prudencia de mantenerse al margen de la preparación de los Proyectos Jericho y Enoch y solo ha allanado el camino con la intención de beneficiarse de los frutos de estos.

En medio de esta conversación, Hoover se levanta enseguida desorientado y se da cuenta de que los hombres que allanaron su estudio siguen allí.

—¡Bastardos! —insulta Hoover—. Van a pagar caro esta intromisión. Se van a pudrir en una cárcel.

A medida que profiere sus insultos y deja traslucir su ira por haber sido acorralado, las venas en su frente, acompañadas por sus gestos nerviosos, crean un retrato despreciable. Es el tipo de hombre que provoca querer reducirlo hasta hacerlo polvo con tal de lograr que se calle y para no tener que lidiar con su insoportable presencia. Pese a esta impresión, Jericho se sorprende al encontrar la fuerza de voluntad necesaria para no romperle el brazo, en parte porque tiene en cuenta la indicación expresa de no dejar rastro y en parte porque prefiere pensar que tiene el control sobre su agresividad.

A su vez, Damascus también parece relajado, escuchando a Hoover vociferar todos los insultos de su amplio repertorio. Se limita a empujarlo con una mano, obligándolo a caer sobre su asiento. Al sentir tamaña fuerza, se calla enseguida, aferrado al asiento y con la mirada paseándose de un rincón a otro dentro del estudio, evaluando la situación, intentando planear algún improbable escape o hallar una manera de pedir auxilio. Damascus, con parsimonia, se quita la bufanda y el sombrero y los deja, junto a la cajita, sobre el escritorio de Hoover. Luego revisa el escritorio, extrae un pañuelo de un cajón y, haciéndolo una bola, obstruye la boca de Hoover con él.

—Mucho mejor si nos privamos del cuestionable placer de escucharte —dice Damascus hablando directamente a Hoover—. En este momento debes estarte preguntando quiénes somos nosotros. O quizá lo sabes a la perfección tras observarme atentamente. ¿No te resulto familiar? La fuerza desmedida, el abrigo largo, la bufanda en torno al rostro y el infaltable sombrero. Soy una leyenda contada en los archivos más secretos del país. Sí, soy yo. ¿Ya has caído en cuenta? Seguro has leído mucho sobre mí durante los últimos años y has contribuido a que nada de esto se sepa. Porque no hay nada que J. Edgar no sepa, ¿cierto? Tu fama te precede, así como la mía. Aquí estamos frente a frente, dos de los hombres más temidos de América, teniendo una conversación. O, bueno, algo parecido a una conversación. Soy esa pesadilla y he venido a hacerla realidad.

Jericho se mantiene como espectador silencioso, admirando el aplomo con que Damascus le habla, al mismo tiempo que evidencia el progresivo palidecimiento de Hoover. En algún momento cree vislumbrar cómo se gesta el reconocimiento frente a lo que Damascus le explica. A juzgar por su rostro demacrado por una impresión de horror en combinación con el creciente temblor que invade el resto de su cuerpo, Hoover se está dando cuenta del adversario que tiene

enfrente.

—¡Ya sabes quién soy! —señala Damascus, también atento a las expresiones de reconocimiento reflejadas en el rostro de Hoover—. Exacto, tal como me conocen: Damascus, aquí presente. Para ninguno de los dos es un placer conocernos y probablemente preferiríamos no hacerlo. Sin embargo, hoy estoy obligado a estar aquí. Desde hace varios años emprendo una cruzada en contra de todos aquellos que me convirtieron en un monstruo. ¿Sabes a qué me refiero? ¡Por supuesto que lo sabes! ¡El Proyecto Jericho! Mi amigo aquí presente también fue uno de los sobrevivientes. El resto de los niños murieron luego de ser expuestos a una constante y dolorosa experimentación con sus cuerpos durante meses. ¿Y qué hizo usted mientras todo eso ocurría? No necesito escuchar su respuesta porque la evidencia histórica me la da: no hizo absolutamente nada. Y no crea que puede engañarme asegurando que todo esto ocurrió sin que usted lo supiera. En Estados Unidos nada ocurre sin que Hoover lo sepa. Así seguirá siendo hasta su muerte... Y esta puede que ocurra hoy.

Al hacer esta mención, Hoover busca la mirada de Jericho como queriendo solicitar su ayuda, apelando a su compasión para que detenga a Damascus antes de que cumpla lo que prometen sus palabras. Jericho se mantiene impassible, casi sin parpadear, demostrando su absoluto desinterés por intervenir. La evidencia de su culpabilidad por no hacer nada para detener el Proyecto se le hace mucho más clara al comprobar sus reacciones. Se trata de un ser minúsculo y egoísta al que solo le importa su bienestar, y tan envanecido por el personaje que se ha construido en medio de su innegable soledad que solo produce repulsión. No moverá ni un solo músculo para salvarlo. Apenas se contendrá de participar en lo que Damascus haya planeado hacerle, observando atentamente cada acción en representación de todos aquellos que sufrieron por culpa del silencio de Hoover.

—¿Usted no se horrorizó cuando supo la existencia del Proyecto? —interroga Damascus, aunque todas sus preguntas son retóricas, en tanto su prisionero está inhabilitado para darle una respuesta—. No, usted supo que experimentaban con niños y que estos eran torturados. Esos niños pudieron morir durante los experimentos y finalmente murieron cuando ya dejaron de hacerse, a excepción de los dos que estamos aquí presentes. Sobrevivimos, es cierto. ¿Pero a qué costo? ¿Cuánto perdimos? Nuestras vidas fueron marcadas por el trauma y el abandono. A nosotros, y al resto de los niños que no crecieron para dar su testimonio, se nos suministraron sustancias a menudo letales y capaces de provocar un dolor indescriptible que solo debía ser equiparable a la antesala de la muerte. ¿Por qué merecíamos sufrir tanto? ¿Por qué nadie pudo alzar su voz para interceder por nuestra inocencia? Fuimos niños huérfanos, algunos vendidos inescrupulosamente a cambio de dinero o por convicciones enfermizas. Si usted hubiera usado su poder para hacer justicia las cosas habrían sido muy distintas. En sus manos estaba el poder de salvar vidas y de lograr que unos criminales pagaran por sus delitos. ¿Sabe usted que ahora existe el Proyecto Enoch? ¡Está sucediendo de nuevo! Y otra vez no hará nada para impedirlo. ¿Alguna vez ha sentido un dolor insoportable? Usted no tiene idea de lo que significa querer morirse para no seguir sufriendo. Permítame darle esa valiosa lección y luego decidiremos qué hacer con usted.

Al decir esto, Damascus le hace una seña a Jericho para que se acerque. Ante su mirada expectante por las instrucciones que espera recibir, Damascus abre la cajita, dejando a la vista de Jericho una ampolla con un líquido desconocido y una jeringuilla vacía. Jericho comprende enseguida de lo que se trata y su corazón late con fuerza ante ese reconocimiento, a pesar de sus olvidos respecto al pasado. Damascus se quita los lentes, única ocasión en que lo hace frente a un interrogado, y dispone la inyección sin decir más, ignorando el pánico de Hoover, cuyo sudor

frío empapa su frente, a la vez que intenta gritar pese al trapo atado a su boca que se lo impide.

—Sujétalo —pide Damascus—. Y asegura el pañuelo en su boca.

Durante unos segundos de consternación Jericho se queda observando la jeringuilla que blande Damascus en su mano y siente cómo se le revuelven las entrañas. Damascus es paciente, pero carraspea para que vuelva en sí y lleve a cabo las instrucciones que le ha dado. Jericho agita su rostro, apartando la mirada de la jeringa, y con este gesto los recuerdos que empezaban a aflorar vuelven a ser sepultados en el olvido. Se sitúa detrás de Hoover para apretar sus brazos con el objetivo de limitar sus movimientos y no dejarlo apartar su espalda del asiento, mientras este se revuelve desesperado intentando escapar.

—Quizá te subestimo y no te duela tanto —apunta Damascus con una sonrisa siniestra—. Aprovecha, Hoover, porque podría ser la última vez que sientas cómo algo ajeno atraviesa tu carne.

El comentario inapropiado de Damascus hace que Hoover se revuelva con mayor fuerza en el asiento, en tanto su miedo se mezcla con la ira. Jericho hace presión sin hacer excesiva fuerza y consigue mantenerlo medianamente inmóvil. Damascus no pierde tiempo y le inyecta la jeringa en el cuello, dejando que el contenido que ha preparado en esta se vacíe por completo.

—Toma su tiempo, Hoover —advierte Damascus—. Al principio crees que tus músculos se entumescen hasta quedar inútiles, pero eso es solo el comienzo del daño. Lentamente recobras la sensibilidad y es mucho mayor de la que usualmente se tiene.

Para este momento Jericho lo ha soltado y retrocede para ver cómo Hoover respira con agitación durante un par de minutos, hasta que comienza a surtir el efecto que Damascus ha descrito. Hoover se retuerce, suda e intenta gritar dando claros visos del dolor inhumano que Damascus advirtió. Jericho puede escuchar, y casi sentir, cómo el ritmo cardiorrespiratorio de Hoover se acelera como si el corazón fuera a estallarle, hasta que, efectivamente, el órgano deja de latir. Jericho se siente enfermo y aliviado a la par, como si un tremendo peso que cargó sin saberlo durante toda su vida le hubiera intentado aplastar sin previo aviso y ahora hubiese desaparecido por completo.

Damascus lo desata y le toma el pulso al cuerpo exánime de Hoover sobre la silla. Esta vez se conduce con cuidado en la manipulación de su cadáver, con una delicadeza que no habría tenido si estuviera vivo. Damascus tuvo la previsión de atarlo de tal forma que no quedaran marcas sobre su piel, pero se encarga de revisarlo a fondo antes de reclinarle la cabeza en el escritorio. Jericho se mantiene silencioso atestiguando las acciones de Damascus y sorprendido por su forma paciente de tomar estas precauciones con el objetivo de asegurar un crimen perfecto. Damascus revisa el punto en su cuello y observa cómo este se va cerrando hasta desaparecer.

—El líquido que ellos usaban con nosotros estaba diseñado para no dejar marcas —explica Damascus—. Oficialmente, Hoover ha muerto a causa de un paro cardiorrespiratorio. Su salud ya no era óptima y todas las personas que lo conocían eran plenamente conscientes de ello. Nadie investigará la muerte por «causas naturales» de un viejo de setenta y siete años. No hay nadie que lo estime en realidad como para interesarle hacerle justicia en el caso de enterarse que se trata de un asesinato. Pero jamás lo sabrán. Solo tú y yo fuimos testigos de algo increíble. Es una lástima que esto no será registrado por la historia. ¿No es una gran ironía? Hoover conocía los secretos de las personas más importantes de nuestra historia, pero nunca nadie sabrá cómo murió realmente.

—La historia es un chiste —sentencia Jericho—. Y siempre la cuentan sus peores comediantes.

—Nuestro trabajo aquí ha sido completado —dice Damascus a medida que se pone las gafas y se enrolla la bufanda en torno a su cuello—. Supongo que matar a Hoover no fue una trampa, después de todo.

—Sobrestimamos nuestro objetivo por su importancia política e histórica —reconoce Jericho—. Al margen de eso, nos enfrentamos a un anciano decrepito por el cual nadie se preocupará de derramar ni una sola lágrima.

—Le hicimos un favor tanto a Nixon como a los Conspiradores —afirma Damascus ya de nuevo con el rostro cubierto por sus habituales abalorios—. Merecemos la condecoración y los tributos que mañana le harán por pura obligación diplomática. Somos héroes anónimos.

Damascus se ríe de su propio chiste y guarda la jeringuilla dentro de la caja. A Jericho le habría gustado observarla con mayor detenimiento, con la esperanza de que gracias a ello comenzara a llenar esas lagunas mentales, a recomponer las piezas perdidas del pasado sin huellas en su memoria. Puede que Damascus sea consciente de estos pensamientos por parte de Jericho, pero no hace mención alguna al respecto ni le ofrece tal oportunidad. Es muy probable que no se negara si llegara a pedírselo, pero Jericho reflexiona en que es mejor dejar las cosas tal como están. ¿En qué podría beneficiarle tener el peso de esos recuerdos? Si ya padece los resultados de las injusticias que sufrió, ¿merece la pena acentuar el dolor si recordaba vívidamente las causas que ya conocía? Damascus era la prueba fehaciente de que recordarlo todo solo conseguía envilecerte.

Sí, Jericho aparta la tentación de su mente y sigue los pasos de Damascus para salir discretamente del domicilio de Hoover. El olvido es ahora un alivio.

Capítulo 10

Washington D. C., principios de junio de 1972

Sus expectativas se quedaron cortas al entrar en el lujoso salón donde fueron invitados. Confirmaban que los Conspiradores no se reunían en sótanos oscuros o cabañas distantes, sino con el mejor camuflaje: fiestas privadas entre ricachones y con acceso restringido. Nadie podría sospechar que bajo este disfraz hedonista se escondían estrategias políticas con el poder de torcer o enderezar el futuro de la nación, así como el porvenir de sus líderes.

El grupo allí reunido no cuenta con sus principales líderes, sino tan solo con una parte importante conformada por políticos, empresarios y demás profesionales que contribuyen con su trabajo a los planes orquestados por esta organización secreta, a partir de los talentos de sus respectivas disciplinas. Algunos se preguntan entre ellos si vendrán ciertos nombres y otros les confirman que no se presentarán en aquella oportunidad. Quienes esperaban conocer a las mayores autoridades dentro del grupo se sentirán decepcionados. En cambio, quienes aprecian sentirse incluidos como parte de un grupo de personas notables agradece la oportunidad de su presencia.

Como parte del trío, Anezka es la que mejor se conduce dentro de aquel lugar a la hora de relacionarse con esas personas. Ella asume con propiedad la idea de formar parte de los «invitados de honor» y se mueve con elegancia, dando muestras de civilidad y decoro, sin perder su natural seducción, como un pez en el agua. O, más bien, como un pez que ha sido privado al agua de una pecera y nuevamente nada a sus anchas en el deseado mar. Su sonrisa es radiante y consigue el efecto de que los hombres se acerquen a saludarla por el simple placer de contemplarla de cerca y apreciar el busto destacado por el vestido largo ceñido que ha decidido usar para la ocasión. A su lado, Jericho camina correspondiendo saludos con asentimientos de cabeza, aunque evitando estrechar manos. No es particularmente amigable, pero tampoco hostil. Se siente algo impaciente cuando los llaman a entrar en otro salón para sentarse en torno a una larga mesa. En cambio a Damascus, cuya actitud fría resulta menos que depredadora, nadie lo saluda, aunque sea el más reconocible de los tres. En cierto modo, los presentes se contentan con saludar a Anezka o Jericho, evitando a Damascus, como un modo de darles la bienvenida a todos.

Jericho y Anezka se sientan juntos, mientras que Damascus se queda de pie apostado en un rincón a la vista de todos. Formalmente su actitud resulta incómoda, pero nadie se atrevería a decirle que tome asiento. A su vez, son conscientes del tipo de actitudes excéntricas que pueden esperarse de un sujeto como él. Muchos de ellos tenían grandes esperanzas de que no se presentara y en su lugar solo estuvieran los otros dos en su representación. Su asistencia remueve inquietudes y nuevamente muchos de los invitados entienden por qué no se hallan los verdaderos líderes del grupo. La evidencia de esta medida de seguridad acentúa el discreto temor entre ellos, preguntándose en silencio: ¿por qué deben exponerse a tolerar la presencia de Damascus y su impredecible comportamiento?

A pesar de estas reservas, para muchos de los allí congregados conocer a Damascus de cerca representa un tema digno de conversación para futuras reuniones donde no se encuentren sus «invitados de honor». Lo miran de reojo y comparten impresiones con gestos silenciosos, conocedores de que cuenta con un oído superafinado o la capacidad de leer los labios. Se limitan a almacenar los recuerdos de la velada como un registro del cual puedan dar cuenta luego. En esta ocasión se encuentran algunos empleados reconocibles dentro de la Casa Blanca, que trabajan como infiltrados, y uno de los principales secretarios de los Conspiradores, que esta vez

asume el rol de dirigir la conversación.

Jericho observa con atención cada uno de los rostros sentados a su alrededor y los graba en su memoria, como supone que debe estar haciendo Damascus en aquel instante detrás de él. Anezka se mantiene relajada, aunque en ocasiones comparte miradas con Jericho y se pone la mano en la nuca repetitivamente, siendo este un gesto que él identifica como una manifestación involuntaria del miedo de tener a Damascus detrás de ella. El secretario principal de los Conspiradores hace un llamado formal a permanecer en silencio, aunque son muy pocos los murmullos de conversaciones aisladas, ya que la mayoría están callados y a la expectativa de que la reunión dé comienzo. Lo primero que se dice es una excusa oficial por la falta de «sus hombres más importantes», los cuales se encuentran ocupados con sus obligaciones y también porque «es imperativo extremar las precauciones».

En este punto del discurso introductorio para dar comienzo a la reunión, Jericho alza las cejas y refrena la tentación de girar la cabeza para corroborar con Damascus el pensamiento que cruza por su mente: se les ha invitado como una muestra de reconocimiento por su trabajo, pero al mismo tiempo se recalca que no forman parte de su «club social». Esto es evidente no solo en tales ausencias, sino también en el comportamiento de los que sí fueron. Quienes no están incómodos por verse obligados a estar allí para disimular que tratar con ellos es un honor, a lo sumo se presentaron movidos por una morbosa curiosidad de comprobar de cerca la leyenda de Damascus y confirmar si es cierto todo lo que se dice de él o, en cambio, son exageraciones para infundir miedo. Por esa razón Jericho se contenta con mantener su actitud de discreta cortesía, sin demostrarles que se siente verdaderamente emocionado por estar allí. Anezka, por supuesto, se molestaría con encarnizamiento si le dijera esto, ya que se toma muy en serio el estar allí con personas de las cuales dijera antes: «cuya relevancia los hace dignos de estar aquí al igual que nosotros».

—Nos complace mucho contar con su presencia —declara el secretario de los Conspiradores—. No enumeraremos las operaciones exitosas que han protagonizado porque aquí todos conocemos sus logros y les agradecemos cada trabajo que han completado impecablemente.

El secretario aplaude animando al resto a hacer lo mismo, lo cual es imitado con torpeza por los demás sin demasiado entusiasmo. Jericho suspira hondo deseando que la reunión termine pronto, mientras Damascus incrementa la intranquilidad generada por su presencia cuando procede a pasearse en torno a la sala, aparentando indiferencia por lo que escucha.

—¿Y qué haremos a continuación? —pregunta Damascus con un tono grave al cesar los aplausos y logrando que se recrudezca el silencio dentro de la estancia—. Hemos sido bien recompensados hasta el momento, es cierto. Pero mientras queden vivos elementos con la capacidad para revivir el Proyecto, cualquier celebración resulta excesiva.

Al mencionar las recompensas, Damascus se refiere a las maletas de dinero que anteriormente recibieron como pago por sus últimos servicios. Sumas nada desdeñables con las cuales podrían dar comienzo a una nueva vida. Sin embargo, Damascus teme adivinar en esta celebración al trabajo realizado una forma solapada de despacharlos porque ya no los necesitan. Damascus quiere adelantarse a los anuncios, sea cuales sean los que tengan pensados hacer, para que reconsideren antes de cometer la falta de pronunciar palabras erróneas.

—Entiendo sus reservas —apoya el secretario sin descuidar el buen tacto en su trato—. No se equivoca. Todavía queda mucho por hacer. Pero merece la pena recordar los méritos y aportes logrados por ustedes, sabiendo de antemano que no serán los últimos. Contamos con ustedes en lo sucesivo hasta que el gran objetivo que a todos nos une se haya consolidado.

—Sigue en pie la pregunta de Damascus —interviene Jericho—. Pero seamos más exactos, ¿qué haremos nosotros mientras se consolidan esos objetivos? ¿Habrá nuevas misiones?

Anezka le da un codazo a Jericho sin borrar la sonrisa de su rostro, pero el secretario acepta de buen grado la pregunta sin demostrarse molesto.

—Permítanme ilustrarles cómo van nuestras operaciones —expone el secretario—. Como bien saben, el grupo conformado bajo el nombre de los fontaneros han sido los encargados directos de manipular el entorno con la finalidad de desprestigiar a Nixon. Los fontaneros ya están llevando su misión a la fase final. La tarea que desempeñarán conseguirá que Nixon sea arrestado y se desate el escándalo que pondrá en entredicho su gestión. ¿Qué harán ustedes mientras tanto? Pues lo mismo que haremos el resto de los aquí presentes: sentarse a disfrutar del espectáculo conforme se vaya desarrollando. Si vuelven a ser necesarias sus cualidades los buscaremos de inmediato. Siguen trabajando para nosotros y recibiendo los beneficios de nuestra protección hasta no cumplirse esos objetivos que defienden.

—Lo comprendemos —acepta Damascus para sorpresa y alivio de los presentes—. Supongo que un elemento clave para cumplir con éxito nuestros planes recaerá en el nuevo director del FBI, ¿no es así? No soportaría saber que aquel viejo zorro murió en vano.

La mención a Hoover hace que muchos contengan el aliento, sobre todo porque indirectamente refiere el crimen detrás del acontecimiento que significó su muerte. Una cosa es suponerlo y otra muy distinta recibir una confirmación. Entretanto, Damascus tiene sus dudas sobre si realmente Patrick L. Gray, el nuevo director del FBI, trabaja directamente con los Conspiradores o será extorsionado para conducirse según sus voluntades.

—Nada ha sido en vano —defiende el secretario—. Gray está al tanto de todo lo que sucede. Ha estado esperando este nombramiento y sabe a quién se lo debe. Ciertamente, como nuevo director del FBI, es una herramienta que le pone una cara visible a nuestra operación. No obstante, su función principal es servir de cobertura para nuestro colaborador esencial: William Mark Felt.

La mención de nombres y abierta descripción de lo que está sucediendo es una intención manifiesta de demostrarles que ellos son parte del grupo, que confían en ellos como para hacerles estas revelaciones. Sin embargo, si lo hacen, realmente es porque comprenden de antemano que ya Damascus debe conocerlas y es mejor no arriesgarse a engañarlos con información falsa que contradiga sus investigaciones individuales.

—Demasiada responsabilidad para un tipejo como Felt —acusa Damascus—. Lo he seguido de cerca. Todo está relacionado con el edificio Watergate, ¿no es así?

—Es un asunto mucho más complejo —tercia el secretario, dubitativo, sin deseos de ahondar en este punto—. Felt cuenta con nuestro apoyo y confiamos en su trabajo, pero su labor está asistida por muchos otros.

Damascus no necesita mayores explicaciones para confirmar las pistas que ha reunido. Como sede del Partido Demócrata, el edificio Watergate sufrió una intrusión importante el 17 de junio. Es más que evidente que esto se enmarca dentro de las maquinaciones orquestadas por los Conspiradores. En cualquier caso, le sigue pareciendo excesivo el nombramiento semiclandestino de Felt como director asociado del FBI. Es decir, es él y no Gray quien toma realmente las decisiones desde las sombras. Queda en evidencia que Felt es apreciado por los presentes, así que conviene no expresar sus verdaderas opiniones sobre aquel sujeto. A Damascus le preocupa lo que la nueva gestión del FBI pueda representar para su futuro, una vez que los Conspiradores se disuelvan tras la probable destitución que sufrirá Nixon. ¿Recordará los

favores y trabajos que permitieron su ascenso al poder? ¿O buscará la forma de encargarse de ese cabo suelto que sujetos como Damascus o el propio Jericho representan?

El resto de la reunión transcurre sin intercambio de palabras incómodas y los congregados se acostumbran al hecho de sentir que Damascus camina de un lado a otro de la habitación. Jericho desea que la velada concluya y no tener que seguir allí sintiendo la opresión del traje elegante que viste para la ocasión, según le fue enviado. Incluso Anezka parece fastidiada, en comparación con su entusiasmo inicial. Jericho se pregunta si por fin se dio cuenta de que tan solo es vista como una peona prescindible. Aquel agasajo solo fue una forma de tenerlos bajo control y confirmar la autoridad que pesaba sobre ellos en tanto no eran más que unos subalternos.

Capítulo 11

A veces, cuando salen juntos, actúan como si fueran una pareja de verdad, lo cual es incómodo y antinatural para ambos. Estas salidas entre Jericho y Anezka producen impresiones equivocadas, tanto para ellos como para cualquiera que las atestigüe. Su romance prosigue fundamentalmente en la cama, y es en los momentos de intimidad, cuando están a solas, que dichas contradicciones no cesan, sino todo lo contrario.

¿Qué sentían el uno por el otro? Esa era la pregunta que no se atrevían a hacerse, pero que flotaba como una interrogante cuyo silencio no la hacía menos visible en las miradas que compartían, en los besos que se prodigaban o en las largas noches apasionadas durante las cuales batallaban por abrazarse hasta la extenuación. Los meses posteriores a la reunión con los Conspiradores, cuando les quedó claro que pasaría mucho tiempo antes de que solicitasen su ayuda, o incluso cabía la posibilidad de que esto no sucediera y simplemente se les daría un bono final de recompensa en agradecimiento por contribuir al éxito de la operación, justo en ese tiempo se agudizaba para ambos la idea de que se tenían el uno al otro como nunca antes. O, incluso, tan acostumbrados a una vida obligada a la soledad, a veces sentían que nada más se tenían el uno al otro.

También esa pregunta quedaba flotando sin respuesta: ¿realmente solo se tenían el uno al otro? Y si esto era así, ¿contaban el uno con el otro bajo cualquier circunstancia que se presentara? Ninguno estaba completamente seguro, pero no por ello dejaban de buscar sus pieles bajo las sábanas o pasear por las calles, siendo alabados por los extraños como una «linda pareja», vistiendo alguno de sus disfraces de turno. Durante una de esas ocasiones, cuando intentaban buscar un respiro fuera del ambiente claustrofóbico que se creaba dentro del piso franco propiedad de Damascus, hubo una conversación muy significativa entre ambos. Caminaban por una plaza bien acomodada de Washington y se sentaron a contemplar a unos niños que jugaban en el césped bajo la vigilancia atenta de sus padres.

—A veces no consigo creérmelo —exclamó Anezka con un tono melancólico—. Todas esas personas capaces de tener vidas comunes y corrientes, ajenos a los sobresaltos que a nosotros nos corresponde experimentar a diario. ¿Cómo es posible que convivamos en el mismo mundo? Nuestra realidad comparada con la de ellos parece tan distante y, sin embargo, en un momento son capaces de coincidir sin problemas.

—¿Te gustaría una vida normal? —reaccionó Jericho demostrando interés—. O, mejor dicho, ¿te sientes cómoda imaginando una vida así para ti?

—Me incomodo menos si no pienso en ello —admitió Anezka—. Pero hay momentos en que no puedo evitarlo. Hoy es uno de ellos. Todo confluye para distraerme e incluso hacerme creer que algún día podría lograrlo. También un día como hoy no haré nada para decirme a mí misma que mi realidad es otra. A veces me permito sostener una esperanza.

—Yo no me atrevo a pensar demasiado en el futuro —reflexionó Jericho—. Pero me contentan estos breves espacios de tranquilidad que podemos permitirnos.

—¿Y te sientes bien compartiendo esos espacios? —preguntó Anezka, aunque sin apartar la mirada de los niños y evitando encontrarse con sus ojos—. Es decir, ¿te agrada compartirlos conmigo?

—No me quejo —respondió Jericho lacónico, pero con una mirada atenta al rostro de Anezka, que no se dignaba a girarse—. Casi puedo olvidar por un instante quiénes somos y por

qué hemos llegado hasta aquí.

—Tanto tiempo libre me ha hecho pensar mucho en nosotros —reconoció Anezka y se atrevió a devolverle a Jericho la mirada durante unos breves segundos, antes de retornarla en dirección a los infantes que proseguían con sus inocentes juegos, ajenos a quien pudiera observarlos—. Pienso en lo que sucederá cuando todo esto termine. No tenemos por qué dejar de intentarlo.

Esto sugería que Anezka dejaba abierta la posibilidad de continuar una relación con Jericho, quien no supo qué responderle. Antes de sentirse comprometido a decir algo, Anezka se puso de pie con la expresa intención de regresar al apartamento. Durante el trayecto de regreso no hicieron referencia alguna a la conversación que acababan de tener. Sin embargo, en la mente de Jericho rondaba la propuesta de Anezka y se contraponía a sus dudas. ¿En serio creía en esa posibilidad? ¿O tan solo se aseguraba de contar con la defensa de Jericho ante un eventual ataque por parte de Damascus? Confiar en Anezka era una apuesta insegura.

A pesar de que el tema no volvió a tocarse cuando llegaron al apartamento, lo que desahogaron en la cama aquella noche fue mucho más fogoso y extenso, como si estuviera animado por un nuevo combustible. Al separarse el uno del otro, sintiéndose saciados, se permitieron una charla de cama como colofón a la conversación mantenida horas atrás al aire libre.

—He estado recordando mucho a Lilian últimamente —precisa Jericho—. Ignoro el motivo de esta recurrencia, pero particularmente hoy agita mi memoria. No diré que tú me has recordado a ella. Son mujeres muy distintas. Pero has intentado acercarte a mí de una forma que muy pocas personas han logrado. Me conoces mejor de lo que me gustaría admitir. Con Lilian ocurría algo similar. Fue la única persona, desde los duros años de mi adolescencia en el orfanato, en que me vi obligado a aislarme, que pudo acercarse mínimamente mí. Pese a mi sequedad habitual, ella dio visos de creer que era, en el fondo, un buen hombre, que podía tener una vida distinta a la que llevaba durante mis años como detective privado. Me cuesta no dejar de preguntarme si tenía razón o no.

—Ya veo —exclama Anezka, desganada por la conversación en torno a otra mujer—. Nunca hablas mucho sobre ella.

—No hablo sobre todo lo que pienso —murmura Jericho—. Ni mucho menos sobre cada cosa que recuerdo.

La situación resulta incómoda y Anezka, pese a no decirlo, no parece realmente interesada en el tema. Ambas circunstancias conducen a que la conversación derive en otros asuntos.

—Recordar se nos da muy bien —destaca Anezka—. ¿Crees que Damascus aparecerá esta noche para conversar?

La relación entre Damascus y Jericho es mucho menos complicada de lo que hubieran estimado al principio. Sus puntos de encuentro son lo suficientemente sólidos para permitir un vínculo hasta cierto punto fraterno. Jericho se contenta con la idea de que alguien como Damascus nunca habría tenido un amigo y quizá él era lo más cercano a eso. No es que Jericho haya tenido una vida social nutrida, pero tuvo mejores oportunidades que Damascus para relacionarse con el mundo y sus habitantes.

Haber compartido trabajo físico e intelectual les permitió conocerse y apreciarse mejor. Ahora que experimentan una temporada de espera o descanso, según como quieran interpretarla, Jericho y Damascus conversan de vez en cuando, siempre en el piso franco, cuando este último

regresa por las noches tras haber estado fuera el resto del día. Jericho nunca le hace preguntas y deja que sea Damascus quien decida si hablarle sobre alguna investigación de rastreo que ha llevado a cabo en torno al trabajo de otros agentes de los Conspiradores o si, en cambio, prefiere discutir otros temas. A pesar de ciertas observaciones suspicaces por parte de Anezka, cuando Damascus sale del piso franco lo hace tomando precauciones para no ser detectado, ya que en ningún momento piensa disfrazarse como hacen Anezka y Jericho, ya sea andando juntos o en solitario.

Gran parte de estas ocasiones hablan acerca de cuestiones relacionadas con sus actividades recientes: tácticas de espionaje, de interrogatorio, de combate, información obtenida hasta el momento e hipótesis de cada uno respecto a lo que sucederá con los fontaneros, así como a evaluar formas de aprovechar sus capacidades como sujetos del Proyecto. A veces, cuando Damascus comenta algo sobre métodos de tortura, Jericho no es demasiado receptivo ante esa alternativa, lo que Anezka, si se encuentra presente, aprovecha para crear un ambiente de rechazo. Debido a esto, se dan ocasiones en que, después de que ellos dos hablan, Anezka se comporta de forma rara y un poco hostil tanto en privado como en frente del propio Damascus. Resulta una acción temeraria, pero Anezka ya no se siente obligada a fingir simpatía por Damascus. Hasta ahora no hubo ningún problema con eso, porque Damascus está acostumbrado a que el miedo que sienten por él se confunda con la repulsión. No obstante, a Jericho le molesta sobremanera que Anezka tenga una mala actitud con Damascus, por considerarlo injusto.

—No lo sé —responde Jericho, comprendiendo que Anezka no desea seguir escuchándolo hablar sobre Lilian, así como él no tiene ánimos de discutir sobre sus incomodidades a causa de Damascus—. Lo sabré cuando duermas y yo deba enfrentar mi insomnio allá afuera. Quizá entonces conversemos. Tú ni te darás cuenta, si eso te preocupa.

—Da igual —desestima Anezka—. Prefiero que aparezca a tan altas horas de la noche. Me basta con no tener que verlo tantos días como sea posible gracias a que duermo.

Con esta declaración Anezka se voltea y ocupa su lado de la cama, marcando una distancia entre ella y Jericho, quien se sale de la cama para pasar la noche afuera, consciente de que no se dormirá próximamente. Cualquier frágil esperanza, manifestada entre declaraciones veladas o suposiciones melancólicas, queda nuevamente invalidada por el simple hecho de nombrar a Damascus y recordarse que no son más que dos personas destinadas a compartir un mismo destino solo por la conveniencia inherente al trabajo en común.

Noches como esas, las respuestas quedan claras para ambos y una vez más triunfan sobre sus neciamente esperanzadas dudas: no, no se tienen el uno al otro. Y, por lo tanto, es mejor que tanto él como ella se digan a sí mismos que no sienten nada y no deben hacerlo.

Capítulo 12

Washington D. C., mediados de agosto de 1972

—Si te concentras lo suficiente, no solo distingues la respiración de alguien —explica Damascus en torno a sus habilidades en común—. También consigues contar los latidos e incluso adivinar si alguien está a punto de tener un infarto, antes de que ellos mismos se den cuenta. Podrías llegar a ese nivel si entrenas lo suficiente tu concentración.

—Igual no podrías salvar a alguien, solo por saberlo de antemano —argumenta Jericho—. Pero sí, me gustaría mejorar mis habilidades al respecto.

Anezka ha dado un portazo al entrar y los ha encontrado hablando de este modo. No desea interrumpirlos, pero tampoco tiene ganas de escucharlos. Se giran para verla y reparan en el dossier que lleva en sus manos. No hacen preguntas y esperan que sea ella quien hable. Es la encargada de transmitir una información importante que aún desconocen, pero igual nada se pierde si dedica algunos minutos para entrar a la habitación y tomar una ducha. Sobre todo, desea evitar ser partícipe y testigo de esas molestas conversaciones que deliberadamente la excluyen, porque crean un mundo particular donde solo caben ellos dos, como si tuvieran un espejo enfrente. Le desagrada sentirse excluida, en especial porque si se atreviera a expresar algún tipo de queja al respecto le dirían que son impresiones suyas, pues era libre de participar de las conversaciones si así lo quería. Pero no quiere y simplemente le gustaría que estas no sucedieran. Se guarda sus quejas y alimenta preguntas: ¿por qué Jericho y Damascus querrían comportarse como amigos?

Por lo tanto, cuando se siente más refrescada y de mejor ánimo, vuelve a salir para informarles sobre el contenido del dossier, el cual ha tenido sumo cuidado de llevar consigo al baño, así como sus recientes conocimientos respecto a lo que los Conspiradores se traen entre manos.

—Finalmente te dignas a hablar con nosotros —se burla Damascus—. Háblanos de ese dossier. ¿Qué quieren ahora los Conspiradores? ¿Invitarnos a otra cena especial?

—Sería demasiado bueno para ser verdad —contraataca Anezka—. Estimo que no nos invitarán a otras cenas en el futuro. Tu comportamiento durante la anterior ocasión será razón suficiente para desistir.

—Tanto mejor para mí —replica Damascus—. Solo a ti te gustan esas vanidades.

—Dinos, Anezka, ¿qué hay en el dossier? —interpone Jericho a tiempo para impedir que los ánimos entre ellos se caldeen—. ¿Tenemos una nueva misión?

—Así es —confirma Anezka—. Se acabó la espera y la noticia les alegrará el día. Los Conspiradores les han asignado un nuevo objetivo. Su nombre es Bernard Porterfield, quien lleva unos meses con paradero desconocido.

—Ya me estaba acostumbrando a la idea de seguir en Washington hasta que terminara el año —dice Jericho—. ¿Alguna pista de dónde podría estar?

—No hay que moverse de Washington, al menos no todavía —aclara Anezka—. Se presume que está aquí, pero parte de nuestro trabajo es averiguar si eso es así y actuar conforme a ello. En el dossier, además de información acerca de Porterfield, hay algunos indicios que podrían servir para localizar a alguien a quien sonsacar la ubicación de Porterfield.

—Me suena su nombre —refiere Damascus, agarrando el dossier que Anezka le extiende para abrirlo e ir revisando su contenido—. Ya recuerdo. Es uno de los partidarios más

conservadores de Nixon. ¿Por qué su paradero actual es desconocido?

—Se presume que lo protegen con celo —describe Anezka—. Supongo que parte de eso está destacado en el dossier. Porterfield es de especial interés para los Conspiradores porque él tiene el conocimiento adecuado para poner en marcha el Proyecto Enoch.

—Con gusto nos encargaremos —dice Jericho con un tono sombrío tras escuchar sobre su implicación en la resurrección del antiguo Proyecto—. Sujetos como ese parecen reproducirse el doble cada vez que los exterminas, aunque cambie el nombre y tengan otro rostro.

—Sus datos familiares son curiosos —subraya Damascus con base a lo que ha leído en los documentos del dossier—. Aquí dice que en los círculos donde acostumbra moverse es bien sabido sobre el maltrato al que somete a su esposa. No solo ha hecho manifestaciones públicas que denotan un profundo desprecio, sino que existen fuertes indicios de ocasionales agresiones físicas. Esto es suficiente para que me entren ganas de exprimirlo. También tiene un hijo, aunque a él no le da el mismo trato que a su madre.

Damascus cierra por un momento los ojos e intenta dar con algo que su memoria acaba de rescatar.

—¿Lo conoces de antes? —pregunta Jericho cuando abre los ojos—. ¿Te resultó familiar algún dato?

—Sí, vaya que lo recuerdo —revela Damascus—. Se relacionó directamente con los implicados originales del Proyecto. Recuerdo que hace tiempo compró una casa perdida en las montañas boscosas del estado de Montana, haciendo partícipes de esto solo a sus hombres de confianza y a algunos hombres del Proyecto Jericho. Luego, unos meses atrás, al mismo tiempo en que yo puse en marcha mi plan de ataque contra mis jefes del Proyecto, supe que Porterfield huyó a su casa de Montana, decidiendo no llevar con él a nadie por miedo a posibles traiciones. No lo perseguí porque no era importante. Ahora lo es. Debí encargarme en su momento, pero pronto resarciré mi error.

—Ese dato puede sernos útil —celebra Jericho—. No descartemos el hecho de que lo encontremos en esa casa de Montana que mencionas.

—Es una teoría viable —acepta Damascus—. Pero debemos corroborar esa información con el contacto que mencionan en el dossier. Entonces sabremos si finalmente nos toca abandonar el distrito de Columbia.

Anezka suspira resignada. Aunque esta vez hablaban sobre una misión que los involucra a todos, las palabras de Damascus van dirigidas exclusivamente a Jericho, acentuando con su actitud su poca importancia. Quizá se está vengando por sus comentarios respecto a su comportamiento durante la reunión especial con los Conspiradores.

—Manos a la obra entonces —dice Jericho y con su mirada incluye también a Anezka—. Esperemos que tanto ocio no haya oxidado nuestros engranajes.

Washington D. C., principios de octubre de 1972

La misión ha tomado más tiempo del que estimaron en principio y ni siquiera porque estuvieran localizando directamente el paradero de Porterfield, sino porque no ubicaban dentro de Washington a un contacto que les permitiese obtener dicha información, pese a que los archivos de los Conspiradores insistían en que lo hallarían dentro de aquel estado.

La información del dossier ha resultado ser fidedigna, incluso en sus imprecisiones, y dos meses después de su asignación consiguen finalmente descubrir dónde vive el hombre que fue guardaespaldas de Porterfield durante varios años. Si bien no era el primer allegado de Porterfield a quien han investigado, sí es el primero al que han localizado que, según creen a juzgar por el dossier de los Conspiradores, podría saber dónde está Porterfield. Aunque sepan que desconoce cualquier información acerca del Proyecto, no permitirán que mienta al decir que ignora la situación de su exjefe. Pero para extraerle esa información necesitan hacerle hablar. Pretenden interrogarlo con los métodos de Damascus, aunque Jericho pide estar presente para impedirle a Damascus excederse, en caso de que la euforia lo entusiasme en exceso.

El hombre en cuestión vive solo y Damascus lo secuestra con facilidad, llevándolo a un galpón abandonado donde Jericho los espera. Lo atan a un poste y esperan a que despierte, ya que Damascus se ha asegurado de dormirlo inyectándole un leve somnífero. Mientras Jericho vigila los movimientos del secuestrado, por otra parte, Damascus se prepara para torturar al exguardaespaldas de Porterfield, seleccionando diversas herramientas de aspecto inquietante. Cuando Jericho les echa un vistazo a estos implementos, enseguida se siente alarmado e interrumpe su atenta concentración:

—Ten en cuenta quién es nuestro objetivo real —insiste Jericho—. Te pido moderación al momento de interrogarlo. El exguardaespaldas es ajeno a las faltas de Porterfield, e interponerse en su camino sin saberlo no le hace culpable. Tratemos de disuadirlo con autoridad, pero sin excedernos.

—De acuerdo —cede Damascus sin demostrarse molesto frente a la recomendación—. Tú mandas.

Damascus reanima al hombre con ligeros golpes en las mejillas y salpicando su rostro de agua. Cuando este despierta le explica la situación: su secuestro es temporal y podrá salvar su vida, dependiendo de sus respuestas, las cuales deben estar ajustadas a la verdad.

—No conozco el paradero de Porterfield —asegura el exguardaespaldas, nervioso—. Hace mucho tiempo que no trabajo para él. No estoy al tanto de lo que ha hecho con su vida.

—Lo conociste lo suficiente para tener una idea de sus principales escondrijos —tercia Damascus—. Todo lo que sepas sobre él será útil.

—¡Por favor, déjame ir! —ruega el exguardaespaldas, preocupado, pero sin mostrarse desesperado, como quien está seguro de que no tiene nada por lo cual sentirse culpable y su presencia allí es un accidente temporal—. No he tenido contacto con Porterfield desde entonces. Tampoco quiero saber que he contribuido a que alguien sufra un daño terrible y no merecido.

Esta observación le resulta curiosa a Damascus, pero en lugar de hacerlo sentir molesto consigue un efecto contrario. Comprende que el pobre hombre nada sabe sobre su antiguo jefe, ni mucho menos su antigua responsabilidad con el Proyecto. Es necesario exponerle por qué ese daño no será «inmerecido», tal como lo califica.

—Hagamos un trato —propone Damascus—. Tú me contarás todo lo que sabes sobre Porterfield cuando yo te describa todo lo que sé. Si al final de mi historia sigues insistiendo en que Porterfield es una buena persona, entonces te dejaré ir sin que me digas nada. De cualquier manera, estás a salvo.

A Jericho le sorprende escuchar que Damascus le promete a una víctima que nada malo le ocurrirá. También su propuesta es un método novedoso dentro de sus usuales estrategias, pero le parece tan inteligente como apropiada. Tras haber expuesto sus términos, Damascus le habla al

exguardaespaldas del Proyecto y enseguida ven cómo se refleja en su rostro que es convencido respecto a los argumentos que demuestran la clase de persona que es Porterfield.

—Porterfield es un hombre con un carácter inquisitivo —recuerda el exguardaespaldas—. Nunca hizo nada malo contra mí, pero no me gustaba el modo en que le hablaba a su esposa. Aunque no creía que los rumores que se decían sobre él fueran ciertos. Se susurraba entre algunos empleados que convivían dentro de su casa que no solo le gritaba durante las noches, sino que también la golpeaba en zonas del cuerpo donde no fuera visible el impacto de sus embestidas. Pero ¿cómo es posible que alguien participe en una atrocidad como la que me cuentas? ¡Con niños inocentes! Y aun así no me sorprende que Porterfield no pensara en su propio hijo cuando contribuía a hacerles daño a unos huérfanos. Siempre consideré que era un hombre extremadamente egoísta, pero hoy confirmo que, en efecto, no era una buena persona. Ahora comprendo muchas cosas. Hace unos años, poco antes de que renunciara, me resultó extraña la forma en que un buen día se ocultó sin razón aparente, llevándose consigo a su esposa e hijo, como si necesitara esconderse, como si fuera una especie de prófugo de la justicia.

—Estamos de acuerdo entonces —celebra Damascus—. Llegó la hora de que Porterfield pague por sus delitos. ¿Te gustaría contribuir a hacer lo correcto? ¿Dónde crees que podría estar escondiéndose Porterfield?

—Sospecho que volvió a huir al mismo lugar de aquella vez —señala el exguardaespaldas—. Se trata de una casa de retiro localizada en Montana que Porterfield adquirió en secreto un tiempo antes de decidir marcharse. Yo mismo estuve allí durante las primeras semanas de ese forzoso retiro. Luego renuncié alegando que tenía un familiar enfermo al cual cuidar. La verdad es que no me gustaba nada la situación y preferí zafarme de ella antes de que se tornara peligrosa.

—¡Lo sabía! —exclama Damascus girándose en dirección a Jericho—. Lo que recuerdo de Porterfield es precisamente esa orden que le dieron los jefes del Proyecto de buscar un refugio. Y se habló justamente de una propiedad en Montana.

Todas las sospechas de Damascus eran ciertas y, aunque no lo menciona, infiere que la huida de Porterfield coincidió con el momento en que Damascus le declaró la guerra abierta a los jefes y partidarios del Proyecto, procediendo a encontrarlos para exterminarlos. Fue así como supo que Porterfield escapó a Montana, temiendo que fuera uno de sus objetivos. Damascus no estaba particularmente interesado en ir a ese estado hasta no haber resuelto otros asuntos, y así consiguió salvarse de él. Sin embargo, necesitaba ubicar la localización exacta de ese refugio, y la contribución del exguardaespaldas era vital para lograrlo. En un gesto de buena fe le hace una seña a Jericho para que lo desate, quien obedece enseguida, complacido de que no se derrame sangre. Al mismo tiempo, Damascus extrae un mapa del bolsillo de su abrigo y lo planta frente al rostro del exguardaespaldas.

—¿Me darías una posición aproximada? —pide Damascus—. Has sido de mucha ayuda.

—Aquí —responde él sin asomo de duda, poniendo su dedo sobre un punto muy específico—. Espero que reciba la justicia que merece.

—Así será —afirma Damascus—. Te garantizo que no volverás a vernos y que nada malo te ocurrirá a ti o a tu familia. Solo quiero que aceptes esto antes de irte.

Damascus ahora saca del bolsillo un gran fajo de dinero y el exguardaespaldas duda por un momento si aceptarlo. Quizá por un acto reflejo encuentra su mirada con la de Jericho y este asiente, animándolo a tomarlo. El exguardaespaldas toma el dinero y abandona el lugar sin mirar atrás, sabiendo que jamás olvidará a aquellos sujetos, pero agradeciendo la promesa de no tener

que reencontrarlos nunca más.

Capítulo 13

Zonas boscosas de Montana, octubre de 1972

Las indicaciones del exguardaespaldas de Porterfield les permitieron encontrar su escondite con bastante facilidad. Anezka se siente preocupada a pesar de que Damascus y Jericho aseguran que este será uno de sus objetivos más fáciles. Solo se toman un día para vigilar el panorama de la casa donde se encuentra antes de irrumpir en ella, y comprueban que, en su temor, Porterfield optó por no llevar a nadie junto con él y su familia. Quizá tema que cualquiera pueda traicionarlo, apelando a que su mayor seguridad es permanecer en una casa solitaria en medio del bosque.

Vista desde afuera es una hermosa construcción, amplia y sólida, con dos pisos sobre los cuales descansa una opulenta terraza. Aunque vista de lejos tiene la apariencia de una cabaña de madera y solo conforme te vas acercando descubres que se trata de una propiedad que le sirve de albergue a alguien rico e importante. Acceder a la casa resulta una tarea muy fácil, lo cual inquieta a Anezka, quien se reserva sus comentarios. Al cabo del día de diagnóstico, esperan que caiga la noche para introducirse en el edificio sin que sean notados. El primer piso luce vacío y en las habitaciones del segundo comprueban lo que las respiraciones ya les sugirieron a Jericho y Damascus: la esposa y el hijo se encuentran durmiendo en sus respectivas habitaciones, pero Porterfield no está con ninguno de ellos.

—Debe estar en la terraza —susurra Damascus, buscando la escalera de acceso que le permita subir hasta allá—. No creo que haya abandonado a su familia, aunque no lo dudaría de un hombre como ese.

Damascus encuentra el punto de acceso y les indica que lo sigan. Anezka se mantiene detrás de Jericho y ambos cargan sus respectivas armas. Solo Damascus anda con las manos vacías, así que les corresponde a ellos guardar sus espaldas, como si eso fuera en verdad necesario. Al traspasar una puerta que lleva a unas nuevas escaleras hacia la terraza exterior, enseguida Damascus identifica la respiración sosegada de alguien que está allí arriba. Ha de ser Porterfield, y no pierde tiempo en ir a su encuentro para revelársele. En actitud contemplativa y con un aire reposado, Porterfield contempla el hermoso paisaje boscoso que se extiende hasta el horizonte. Un aire resignado surca su rostro cuando se da la vuelta para ver quién ha entrado, consciente de que sus intentos para escapar han sido fallidos, pero no particularmente sorprendido de que esto sea así.

—Me encontraron —suspira Porterfield—. Solo dejen en paz a mi hijo, es lo único que pido. Pensé que mi única salvación era que existieran personas más importantes de las cuales encargarse antes de llegar a mí, y que luego, cuando eso sucediera, ya no tendría importancia cazarme.

—Y nos hemos encargado de ellas —afirma Damascus—. No esperes tener la misma suerte que años atrás. Vayamos al grano. Debes saber quién soy yo y por qué estoy aquí. Apoyas el Proyecto Enoch, ¿cierto? Te pido que no hagas las cosas más dolorosas para ti. Yo no tendría problemas en extraerte una verdad si te resistes a dármele, pero supongo que no querrás despertar a los tuyos y someterlos a que tengamos que encargarnos de ellos.

—¿De qué me serviría mentirte? —concuerta Porterfield—. No necesitas amenazarme. Diré lo que quieres escuchar: sí, apoyo la apertura del Proyecto Enoch porque siempre he sido un entusiasta de que eso finalmente se lleve a cabo. Y si hoy no podemos, algún otro lo hará posible. ¿Me matarás? Haz lo que quieras, pero, por favor, nuevamente te ruego que no le hagas ningún daño a mi hijo.

En todo momento, durante esta conversación, Jericho y Anezka se han encargado de crear un perímetro entre Damascus y Porterfield para apuntarlo con el arma y cubrir la entrada en caso de que alguien aparezca. A Jericho le llama particularmente la atención que Porterfield no mencione a su esposa en ningún momento, como si ella no mereciera el esfuerzo de interceder por su vida del mismo modo en que con insistencia clama protección para su hijo.

—No cometas el error de dar por sentada mi misericordia —acusa Damascus—. ¿Por qué habría de preocuparme por tu hijo? De haberse iniciado el Proyecto Enoch, cientos de niños hubieran sufrido a causa de ello. Muchos sufrieron en el pasado durante el primer intento del Proyecto. ¿Por qué tu hijo merece la compasión que le ibas a negar a otros niños?

Ante las rudas palabras de Damascus, la desesperación se apodera de Porterfield. Se arrodilla a los pies de Damascus en un gesto suplicante.

—No le hagas daño —ruega Porterfield—. Tampoco dejes que me vea morir. Del resto haz todo lo que quieras.

Porterfield cubre su rostro ahogado en llanto. Todos ignoran su actitud y se mantienen impasibles en sus posiciones. A pesar de que le resulte despreciable, Jericho casi siente lástima, aunque más por la familia de Porterfield que por el propio Porterfield.

—Démonos prisa —dice Anezka hastiada—. No hay nada que necesitemos saber de él que ya no sepamos. La tarea es acabar con él. Terminemos con esto y vámonos.

Jericho comparte el sentimiento de Anezka, no comprende por qué Damascus se complace tanto en alargar el tiempo para llevar a cabo lo ordenado. Así que espontáneamente apunta su arma con el objeto de dispararle, pero la voz de Damascus lo previene de hacerlo.

—Espera —lo detiene Damascus alzando su mano—. En algo tiene razón el miserable. Es mejor que su hijo no sea testigo de un espectáculo sangriento.

Y sin agregar más, Damascus se lanzó sobre Porterfield como un depredador, cerrando sus manos en torno al cuello para asfixiarlo. No le toma ni un minuto antes de que caiga muerto. El trabajo ha sido completado. Van a marcharse por la terraza cuando Damascus empieza a cargar al difunto Porterfield, con el objeto de llevarlo al bosque y que así su familia no tenga que sufrir el horror de encontrar su cadáver. A pesar de este cuidado, la voz de un niño los previene de que alguien intenta llegar hasta arriba:

—Papá —llama el hijo de Porterfield—. ¿De nuevo aquí? ¿Por qué no duermes abajo?

Un poco más lejos se escucha la voz de la madre en respuesta:

—No molestes a tu padre —le regaña con dulzura—. ¡Vuelve abajo!

Como respuesta a esta situación, Damascus deja el cuerpo de Porterfield y, para disgusto de Anezka y alarma de Jericho, se dirige al interior de la casa, en dirección a las voces. Anezka se queja con señas y permanece en el sitio, mientras Jericho sigue a Damascus, temiendo lo peor. Lo halla en el pasillo, ahora sin bufanda ni lentes, avanzando hacia la esposa y el hijo de Porterfield. La mujer, que presenta señales leves de los malos tratos que sufre, se queda inmediatamente paralizada cuando Damascus se arrodilla ante el niño. Jericho acelera el paso, pero se relaja, sin dejar de sentirse confundido ante la escena, cuando escucha la voz de Damascus.

—Tu padre ha sido llamado a una misión muy importante —miente Damascus con una voz mucho más cálida y humana de la que Jericho jamás habría creído posible—. Debe irse con nosotros y pasar un tiempo lejos de casa para ayudar a muchos niños como tú. Lo necesitamos. Se reunirá con el presidente y otros hombres importantes.

Jericho se aparta hacia la esposa de Porterfield, quien está muy asustada, pero se tranquiliza cuando este se acerca hasta ella y le dice en voz baja, acercándose a su oído:

—Tranquilízate. Ni tú ni tu hijo sufrirán ningún daño. Nunca más.

El niño regresa al lado de su madre, muy contento con la historia que Damascus le ha contado. La mujer se retira con su hijo para encerrarse en su habitación, hasta que los intrusos desaparezcan. De vuelta en la terraza, Jericho ayuda a Damascus, quien se ha puesto de nuevo los lentes y la bufanda, a cargar el cuerpo de Porterfield, para evitar que el niño lo vea y que la mujer pueda tener problemas de alguna clase.

—No comprendo —se queja Anezka—. ¿Qué se supone que haremos con el cadáver?

—No te preocupes por eso —responde Damascus obstinadamente—. Yo me encargo.

Capítulo 14

Washington D. C., febrero de 1973

Desde que regresaran de Montana, la relación entre Anezka y Jericho fue sufriendo una fractura progresiva, acentuada por una actitud aislacionista y sombría por parte de ella. A menudo buscaba excusas para discutir con Jericho o aferrarse a alguna nimia acusación para salir de la cama y encerrarse en el baño durante horas. Incluso el sexo perdió parte de su fogosidad habitual, ya que, en algunas ocasiones, tras estas grandes discusiones, Anezka se cruzaba de brazos y fingía dormir para evitar que Jericho la trajera a su lado con besos y caricias.

Durante algún tiempo Jericho se propuso ignorar este tipo de actitudes y pensó que quizá estaba algo susceptible, así como impaciente. No la culpaba en ese sentido. Ya estaban muy cerca de que se consolidara el triunfo de los Conspiradores y con ello vendría ese tiempo soñado de emancipación para labrarse una nueva vida, con un expediente limpio y en algún lugar lejano donde no fueran molestados por las sombras de su pasado. Daba la impresión de que Anezka había ido perdiendo toda esperanza y Jericho no conseguía entender por qué.

Una tarde de febrero Jericho no aguantó más y decidió confrontarla, después de que tuvieron sexo tras largas horas en las que no se hablaron:

—¿Por qué te comportas así, Anezka? Ya no eres la misma.

—Soy la de siempre —replica cruzándose de brazos sentada en la cama—. Y todo seguirá igual, ¿cuál es la sorpresa?

—Hemos llegado muy lejos —repite Jericho—. Muy pronto se habrán logrado todos los objetivos de los Conspiradores y también los nuestros. Podremos tener una vida normal.

—¿En serio lo crees? —pregunta Anezka sin ocultar su cinismo—. ¿Acaso te refieres a compartir una vida normal conmigo?

—Lo hemos discutido antes —recuerda Jericho—. Podríamos intentarlo. ¿No lo hemos intentado todo este tiempo?

—Ya va siendo hora de que nos sinceremos —objeta Anezka zafándose de las sábanas y envolviéndose en su bata—. No pretendamos que somos una pareja normal. Jamás lo seremos.

—¿Crees eso realmente? —reclama Jericho—. Cuántas veces me presionaste para que nuestra relación fuera algo más que sexo. Hiciste insinuaciones sobre la posibilidad de tener una vida normal juntos y yo las acepté de buen grado.

—Confórmate con lo que has conseguido —contraataca Anezka con un tono amargo—. Ninguno de los dos podría tener una vida normal. ¿Qué más da? He sido lo mejor que pudiste encontrar siendo la clase de hombre que eres.

Anezka hace un énfasis cínico con sus palabras. Jericho quiere lanzarle nuevas acusaciones, pero en cambio se calla. Enfurecido, decide que lo mejor esa noche es marcharse del piso franco y vagar por las calles hasta calmarse.

Con mayor frecuencia, Jericho evita la habitación que comparte con Anezka y permanece fuera, despierto, con un vaso de alcohol en las manos. Hubo un tiempo, durante los últimos dos años, en que consiguió reducir su consumo notablemente. Casi creyó que podía superar la adicción con la cual se estaba matando de a pocos. Pero ahora solo tenía ganas de beber y,

mientras no tuvieran noticias de los Conspiradores, beber era su mayor distracción, considerando que esto era mucho mejor a lidiar con una mujer que con frecuencia daba demostraciones de no soportarlo. El sexo ya no era suficiente, y todo lo demás que integraba la inusual relación que habían construido se fue perdiendo y distorsionando lentamente hasta que solo quedó el sexo, y luego ya eso comenzaba a negársele. Anezka no demostraba el mismo deseo e interés de antes y Jericho se perdía en bares para desahogarse con otras mujeres que allí encontraba.

En algunas ocasiones Damascus también pasaba sus noches de desvelo en el piso franco y entonces Jericho compartía con él sus habituales conversaciones. Aquella era una de esas noches, pero era Damascus quien dominaba la charla frente a un Jericho bastante apagado, exponiendo sus especulaciones acerca de los próximos pasos de la Operación Diluvio.

—Todo depende de los fontaneros —describe Damascus—. Pero no preciso si existe algún nuevo objetivo antes de que se descubra el escándalo. Puede pasar cualquier cosa. Hay más escenarios de los que incluso creen controlar los Conspiradores. Si algo se tuerce en el camino tendrán que recurrir a nosotros para enderezarlo.

—El proceso ha sido muy lento —observa Jericho—. ¿Por qué no se ha hecho nada para señalar a Nixon de manera directa?

Damascus se encoge de hombros y en ese preciso momento Jericho se percata del tiempo que ha pasado desde la última comunicación por parte de los Conspiradores. Toma esta duda como un incentivo para decidirse a preguntarle a Anezka al respecto. En ese lapso ella ha seguido ocupándose de mantener las vías de comunicación abiertas con los Conspiradores sin revelarles la situación del piso franco.

Argumentando una vaga excusa, Jericho abandona a Damascus y va camino a la habitación con el objetivo de hablarle a Anezka. Cuando entra al dormitorio la encuentra ebria. Ni siquiera está acostada, sino apoyada en una pared con una sonrisa bobalicona pero una mirada triste, absorta en una realidad ajena a la de Jericho.

—Siguen sin haber novedades de los Conspiradores —le habla Jericho esperando que al escucharlo vuelva en sí—. No nos hace bien tanta inactividad.

—Hace dos semanas que no se produce contacto con ellos —responde Anezka con una voz somnolienta, sin mirarlo—. No nos necesitan. La verdad, prefiero que sea así. Me siento agotada. Estoy cansada de esas misiones, de Washington, de Damascus. Y de nosotros.

A Jericho le resultan molestas la sinceridad y el desparpajo con que Anezka expresa sus incomodidades. Sin embargo, hace el esfuerzo de no enfadarse al notarla en un momento de indefensión, acentuado por el alcohol que ha consumido.

—Acuéstate un rato —aconseja Jericho, acercándose a ella para llevarla a la cama e intentando calmarla—. Mañana te sentirás mejor.

Anezka se revuelve desesperada para zafarse de las manos de Jericho y retorna a su sitio en la pared.

—No es esa clase de cansancio —acusa Anezka—. Y tú menos que nadie conseguirá ayudarme.

Jericho trata de calmarse y hace un último intento por reconciliarse con Anezka, rodeándola con los brazos para llevarla a acostarse, pero nuevamente esta se zafa. La discusión continúa, tomando un viso violento cuando ella lo empuja profiriendo insultos ininteligibles producto de la borrachera y Jericho golpea la pared, a unos centímetros de donde la mujer se apostó, para desahogar su enojo.

—¡Basta, Anezka! —grita Jericho montando en cólera como respuesta a su actitud—. ¿Qué esperas de mí? Esta es la vida que elegiste.

Los gritos y golpes han conseguido que Damascus entre enseguida a la habitación. Ambos sienten la puerta que se abrió y lo contemplan de pie en el umbral, inmóvil, simplemente observando lo que sucede. Al notar esta presencia, Anezka se enfurece con mayor encarnizamiento.

—Lo que sucede aquí dentro no es asunto tuyo —le increpa—. ¡Vete de aquí!

En un arranque de histeria se lanza contra él con los puños en el aire para golpearlo inútilmente. Sin abrir la boca, Damascus mueve un brazo con escalofriante rapidez, cortar la yugular de Anezka con una pequeña cuchilla que ha sacado de la nada bajo su manga. Jericho se alarma e intenta socorrer a Anezka, poniendo su mano sobre la herida de ella, quien extrae un revólver ligero y hace ademán de apuntar a Damascus, pero luego apunta al pecho de Jericho e intenta dispararle, perdiendo la fuerza de la mano y muriendo, con el rostro surcado de lágrimas, antes de hacerlo. Anezka muere en brazos de Jericho, cuyas manos rebosan de su sangre. Llevado por la ira, Jericho intenta atacar a Damascus, pero este es más rápido y retrocede.

—¿Qué has hecho? —dice Jericho horrorizado y cayendo al suelo—. ¡Perdiste la cabeza!

Jericho se pone de pie enseguida, trastabillando, y da pasos tentativos hacia Damascus, como si le costara decidir si dejar el enfrentamiento o abalanzarse sobre él.

—Ella es una traidora —se limita a explicar Damascus—. Los Conspiradores se han puesto en contacto conmigo. ¿Por qué crees que actuaba de una forma tan extraña durante meses? Tenía miedo de ser descubierta. Anezka iba a traicionarnos porque comenzó a trabajar para los partidarios del presidente. Ella no tenía nuestras convicciones. Nunca fue de fiar. ¿Quién puede adivinar lo que había realmente en su consciencia? De cualquier manera, esto no ha sido un ataque personal, sino una orden de los Conspiradores.

A Jericho le zumba la cabeza y agita sus manos, incapaz de reaccionar. A duras penas llega hasta la cama y se deja caer. A pesar de haber entendido perfectamente todo lo que Damascus le dijo, se concentra en el zumbido. Comenzaba a comprender muchas cosas y en el fondo sabía que algo así ocurriría con Anezka. Lo más doloroso es que no le sorprende. Quiere dormirse, pero esto no será posible. Al menos se quedará inmóvil durante horas, ignorando el hecho de que Damascus esté allí mismo encargándose de llevar el cadáver de Anezka sobre sus hombros para hacerlo desaparecer.

Capítulo 15

Washington D. C., abril de 1973

El despacho facilitado por los Conspiradores, dentro de un edificio de oficinas, resulta absurdo y surreal cada vez que Damascus se pasa por allí con todo su aire extravagante para reunirse con algún miembro, conforme a una cita previamente acordada por métodos de mensajería poco ortodoxos. Tras la muerte de Anezka, Damascus se hizo cargo de la comunicación con los Conspiradores, y estos le participaron que Gray, el director «de paja» que colocaron al frente del FBI, ha escapado a su control y empezado a hacer negocios con el mejor postor, lo que incluye a Nixon y sus partidarios.

En esta ocasión llegó acompañado por Jericho, quien se queda absorto viendo el despacho común y corriente, pero procesando el hecho de sentirse ajeno a un lugar como ese. Le recuerda a su antigua vida de detective privado, aunque en ese entonces trabajaba en su apartamento y nunca tuvo una oficina dentro de un edificio así. La razón de su presencia allí es una reunión que tendrán con Gray para transmitirle un mensaje especial por parte de los Conspiradores. Su llegada al lugar es puntual, pocos minutos después de que ellos se presentasen. Se sorprende al verlos, pero no demuestra ningún nerviosismo al respecto frente al hecho de que sea Damascus quien ha sido enviado para hablarle. Jericho se pregunta si Gray no se siente demasiado confiado de que no intentarán hacerle daño dentro de un edificio como aquel.

—¿Acaso han ascendido? —pregunta Gray burlonamente—. No sabía que ahora eran mediadores.

—No lo somos —corresponde Damascus—. Por eso el mensaje debe ser muy claro. Esto es un ultimátum.

La expresión bufonesca de Gray muda enseguida, con un nudo visible en su garganta. Damascus ha conseguido que recuerde no solo quién es, sino también lo que hace. Su seguridad resulta más voluble de lo que estimaba.

—He hecho mi trabajo —se defiende Gray—. No necesito un ultimátum.

—Demuéstralo entonces —contraviene Damascus—. Nunca olvides que nadie es intocable. Ni siquiera Hoover lo fue cuando más seguro se sentía de que nada grave le ocurriría. Su último aliento fue una prueba que contradujo tan arrogantes presunciones. No seas tan estúpido como él.

—Dile a tus jefes que he captado el mensaje —dice Gray tras un largo y concienzudo minuto de silencio—. Haré lo que ellos me pidieron: dimitiré de mi cargo para dejarle vía libre a Felt. ¿Eso es todo?

La presencia de Damascus consigue el efecto disuasorio que los Conspiradores deseaban. Gray comprende que si le toca encontrarse a Damascus por segunda vez no viviría para contarlo. Con curiosidad le arroja algunas miradas a Jericho, quizá esperando que este también intervenga, pero, en cambio, él se mantiene prácticamente distraído de lo que sucede durante la conversación.

—Puedes irte, en efecto —concede Damascus—. Solo no olvides algo: los Conspiradores tienen sus órdenes, es cierto, pero no son mis jefes. Es mi decisión trabajar con ellos mientras nuestros intereses coincidan. De igual manera, si tus intereses contradicen alguna vez los míos, no importa lo que los Conspiradores sentencien para ti, yo me encargaré de recordarte tu lugar.

Otro nudo se forma en la garganta de Gray y este traga saliva antes de asentir con una expresión de rabia solapada en su rostro. Ese segundo mensaje le llega con mayor claridad que el primero. Cuando se aleja del lugar puede soltar un suspiro, agradeciendo lo que pocos podían

presumir: habló con un monstruo como aquel y vivió para tratar de olvidarlo en lugar de contarlo.

Washington D. C., abril de 1973

A Jericho no se le escapan los detalles de este otro despacho al cual los mandaron llamar. Es un lugar que denota alta categoría por mínimos detalles como la pintura blanca en las paredes sin rastros de suciedad, los muebles de madera fina, el olor aséptico de la estancia y, por supuesto, las personas que allí se encuentran. Eso solo consigue que se sienta más ajeno e impropio de lo acostumbrado, en especial cuando hace mucho que se ha dejado apoderar por una inmensa desgana frente a todo lo que lo rodea.

Irónicamente, es Damascus quien ahora ha asumido la tarea de lidiar con estas situaciones de encuentro con sus jefes, conduciéndose con presteza a pesar de las naturales reservas que inspiran. Ambos han sido convocados a una reunión en la cual se encuentran presentes personas verdaderamente importantes, a diferencia de la anterior ocasión, como lo son John Dean, David Young, Egil Krogh y Gerald Ford. A este último en particular todo el mundo parece prodigarle un respeto especial, saludándolo con mayor énfasis y dirigiendo sus miradas a él. Conforme avanza la reunión descubren el porqué: Ford será próximamente nombrado el próximo vicepresidente de Estados Unidos. Eso significa que pronto se convertirá en nuestro próximo presidente.

Una ronda de aplausos recorre el despacho, mientras que Jericho y Damascus permanecen al margen sin participar de ello. Mantienen una actitud similar a la de la ocasión anterior, pero esta vez Damascus no hace énfasis en ponerlos nerviosos con sus movimientos. Se limita a guardar asiento, atento a cada palabra hasta que sienta ganas de expresar una opinión. La reunión es bastante distendida y optimista, con cierto ambiente de celebración propia de quienes están demasiado seguros de sus victorias, aunque estas no hayan terminado de concretarse.

—Comprendemos que todo está llegando a su fin —señala Damascus en algún momento de la reunión—. Sin embargo, existen algunos implicados del Proyecto Enoch, los cuales permanecen ilesos.

—Nixon tiene los días contados —le responden—. En parte eso ha sido gracias al trabajo de ustedes. El éxito del Proyecto Enoch iba ligado al destino de Nixon como presidente. Su gestión se ha visto debilitada y en poco tiempo se verá forzada a acabar, entonces cualquiera de esos partidarios del Proyecto sufrirá un tremendo golpe. Cuando Nixon deje de ser un problema, nos encargaremos de esos restos que quedan y a ustedes se les concederá el honor de atar esos cabos sueltos.

—No solo los ataremos —jura Damascus con un tono grave—. Quemaremos la cuerda para que nunca vuelvan a usarla.

Capítulo 16

Maine, marzo de 1974

Damascus se conduce con aplomo guiándolo dentro de aquellas instalaciones subterráneas, dando la impresión de que ha estado allí en alguna ocasión anterior. Este se detiene en una bifurcación del pasillo y le hace una seña a Jericho para que entren por una puerta. Jericho obedece y se introduce con Damascus dentro de una sala de operaciones con pantallas, desde las cuales pueden verse los videos en vivo registrados por las cámaras de seguridad. Damascus no se quita las gafas, las cuales ahora son de cristal negro, y se queda de pie frente a aquellos monitores.

En el transcurso del último año, Jericho y Damascus se han encargado de realizar progresivamente ejecuciones encubiertas de varios partidarios del Proyecto Enoch en zonas muy distantes del país. Esto ha logrado el objetivo de sembrar la zozobra entre quienes se encuentran involucrados y todavía no recibieron la visita de Damascus y su compañero de lucha. Gracias a ese miedo se vieron obligados a contactarse entre ellos e intentar buscar alguna protección oficial por parte del presidente que les permita resguardarse durante un tiempo. Precisamente, este miedo sembrado en ellos ha conseguido que se conduzcan con una desesperación que supera las precauciones, y por eso, cuando cada uno recibe un supuesto mensaje cifrado por parte de Nixon, con sello de la Casa Blanca, para reunirse en aquel sitio, propiedad de los Conspiradores, la trampa consigue atraerlos para emboscarlos en un mismo lugar.

De esta forma, Jericho observa cómo el monitor que señala una sala de reuniones se va llenando progresivamente con algunos de los rostros que no abandonan su memoria tras haber leído sus archivos, así como las evidencias de su implicación con el Proyecto Enoch. Al cabo de un rato se les une una pandilla de agentes de los Conspiradores dentro de la sala de control, quienes no pierden el tiempo saludando y se disponen a darles un reporte de la situación.

—Ya están todos aquí —informa uno de los agentes—. Esperan que en cualquier momento entre el presidente para reunirse con ellos, según les han informado. Esto nos da al menos cinco minutos antes de que vuelvan a preguntar qué sucede o sospechen que en realidad nadie irá a reunirse con ellos. ¿Procedemos?

—Cierren las puertas de inmediato—ordena Damascus—. Si alguno no ha entrado porque se ha quedado rezagado en algún sitio o dentro de algún baño no duden en dispararle con silenciador.

Los agentes aceptan la instrucción y se van de la sala de operaciones con el objeto de cumplirla. Desde los monitores pueden ver cómo atrancan las puertas, mientras que los reunidos no se dan cuenta de lo que sucede. Un par de esos invitados quedó afuera y Jericho ve con cierto horror cómo los emboscan para arrinconarlos contra una pared y dispararles. Últimamente se ha acentuado su repulsión frente a la violencia, en especial cuando se derrama sangre. Ahora consigue dormir mejor, pero solo para despertar en medio de pesadillas en las que cree sentir que sus manos están llenas de sangre, tal como se le empaparon cuando Anezka murió en sus brazos. Justo ahora piensa en aquellos sueños y trata de apartarlos de su mente. A Jericho la situación le desagrade, pero está resignado a que es necesaria para impedir que el Proyecto Enoch se consolide.

—Al menos el resto no sangrará —anticipa Jericho—. ¿Cómo lo harás?

Jericho mira a su alrededor y luego dentro de los monitores porque no consigue comprender

el modo en que se llevará a cabo lo que Damascus le describió anteriormente. Damascus sonrío y le indica una caja negra al lado de los monitores. Su presencia es tan anodina que no ha reparado en ella hasta que se la señala. En los monitores ve cómo alguien se pone de pie para abrir una de las puertas y la encuentra cerrada. A pesar de no contar con el sonido de lo que dicen, es evidente que comienzan a sentirse confundidos. Ha llegado el momento de su juicio final y lo comprenden paulatinamente cuando abandonan sus asientos para intentar empujar las puertas, las cuales son de hierro sólido a pesar del recubrimiento de madera que servía de engaño.

—Unos segundos más de impaciencia —dice Damascus poniendo su mano sobre la caja negra—. Concedámosles el peor regalo: unos segundos de esperanza.

Al abrir la caja negra, Damascus presiona un botón. A razón de esto, frente a los monitores, se alza un panel con una llave y una palanca. Los agentes han vuelto para ser testigos de la operación junto con ellos. Es Damascus quien gira la llave y baja la palanca. A través de los monitores se ve a los últimos partidarios del Proyecto caer víctimas del gas letal que se extiende por el complejo. No se desmayan enseguida. Damascus le explicó a Jericho que es un gas que consigue hacer sentir un dolor extremo acompañado con la asfixia, pero que solo te mata por completo minutos después, de forma que el proceso es lento y angustioso para quien lo padece. Uno a uno van cayendo y la sala ya solo queda llena de cadáveres.

—¡Lo logramos! —celebra uno de los agentes de los Conspiradores y los otros lo vitorean—. Esas ratas han obtenido lo que merecen.

Damascus apenas les presta atención a las imágenes y se quita las gafas para estrujarse los ojos. Luego observa a Jericho. Ninguno de los dos celebra el suceso, pero son capaces de adivinar en sus respectivas miradas el alivio de dar el asunto por finalizado. ¿Eso es el comienzo de la libertad?

Capítulo 17

Washington D. C., finales de julio de 1974

Reunirse con un presidente de los Estados Unidos es un evento indiscutiblemente trascendente, aunque se trate de un presidente acabado como Richard Nixon. Por supuesto, conocer a Nixon antes del escándalo Watergate es mucho menos memorable que hacerlo después, del mismo modo en que un rey caído es poderoso como símbolo gracias a lo que representa como lección para la posteridad. Sin embargo, hasta el momento no habían sentido que cada una de sus acciones contribuyó a escribir la historia del país, aunque nadie les dé crédito por ello. Justo allí, frente al presidente, se les revela con mayor fuerza la importancia de sus actos. Jericho se siente asqueado al tenerlo delante, pero no deja de apreciar a Nixon desde una perspectiva justa: ellos serán olvidados, nadie contará sus vidas, pero sobre aquel hombre se seguirá debatiendo en los años por venir, ya sea para condenarlo rotundamente o para hacer defensas apasionadas que lo reivindicquen. Así es la historia; algunos hombres consiguen la suerte de dejar una marca en el tiempo, aunque sea por las razones erróneas, mientras otros quedan sepultados por el olvido a pesar de haber hecho lo correcto para enderezar destinos torcidos y lograr que alguna vez triunfe la justicia.

Damascus es mucho más diplomático frente al hombre, al saludarlo estrechando su mano, pero sin dejar de reafirmar su posición indirectamente, como representante de los Conspiradores, quien han conseguido vencerlo.

—Este es el fin, ¿eh? —vaticina Damascus ante un Nixon abatido—. Supongo que has escuchado hablar de mí, ¿no es así?

—Lo tengo presente —titubea Nixon— ¿Te han mandado ellos?

Nixon se refiere a los Conspiradores. A esas alturas no existen secretos que no supieran ambos bandos sobre sí mismos, aunque el pueblo americano los desconocerá para siempre.

—Nadie me manda, Richie —subraya Damascus—. Voluntariamente decido si quiero encargarme de un trabajo o no. Mi presencia aquí es suficiente como mensaje. No hace falta transmitirlo, pero igual lo diré por si acaso las tribulaciones no te permiten pensar como es debido. Ser destituido o enviado a prisión serán preocupaciones nimias comparadas con la perspectiva de una segunda reunión conmigo. Esto puede darse con suma brevedad, dependiendo de tu comportamiento a partir de este momento. No entorpezcas el proceso y sobre todo jamás vuelvas a emparentarte de forma alguna con nada ni nadie que remita al Proyecto, porque te haré lamentarlo.

Nixon termina balbuceante, asintiendo con la cabeza para dar a entender que ha comprendido el mensaje, sudando a mares, sin ocultar su nerviosismo. Cuando se marcha no se despide de Jericho y Damascus. Por un momento perciben esos engranajes de la historia moviéndose a su favor, sin importar que no haya registro de sus nombres. Tanto mejor para ellos, porque eso les permitirá vivir una vida al margen de lo que otros recuerden.

Washington D. C., finales de agosto de 1974

El sabor de la libertad comenzaba a sentirse dentro de la Casa Blanca. Pero esta sensación no respondía al hecho de que un nuevo presidente, Gerald Ford, la ocupaba, ni mucho menos a que esto pudiera significar mejores momentos para la nación. Era difícil asegurar esto, ya que

después de Watergate el pueblo americano tardaría en recuperar la confianza en sus líderes, así como a tenerle fe a un sistema que demostró sus fallas y expuso la inmensidad de su corrupción. Con Watergate se exterminó de golpe la edad de la inocencia, sin una transición pacífica hacia la madurez.

Por eso, la libertad que comenzaba a sentirse dentro de la Casa Blanca era la que Jericho experimentaba dentro de sí al saber que no tendría que preocuparse en lo sucesivo por el nuevo encargo de los Conspiradores, por algún partidario del Proyecto, por el propio retorno del Proyecto o incluso por tener que asegurarse de que a Damascus no se le fuera la mano con alguna víctima. Todo esto, a pesar de ser muy reciente en su memoria, estaba destinado a quedar atrás. Se le presentaba entonces el futuro como una hoja en blanco, la cual todavía no tenía idea de cómo llenar. Pero esa era precisamente la mejor de todas las esperanzas: la posibilidad de un nuevo comienzo desde cero.

—El homenaje que hoy reciben es silencioso y discreto —declara Ford en la última reunión de los Conspiradores, celebrada en la Casa Blanca—. En especial nuestros dos héroes aquí presentes no recibirán todos los aplausos que merecen, pero esa es precisamente su recompensa. Su contribución a la nación y al sustento de la democracia es invaluable. Por eso nos aseguraremos de que nunca más deban preocuparse por la vida que les arrebataron y en cambio nos encargaremos de apartar cualquier obstáculo que les impida ganarse la vida que merecen.

Una ronda de aplausos llena la estancia y en seguida se hacen varias proclamaciones oficiales, que no son meras promesas. No solo Jericho y Damascus reciben recompensas, sino cada uno de los Conspiradores que allí se encuentran. La repartición es justa y, dependiendo de los intereses de cada uno, se obtienen puestos en grandes empresas, pagos millonarios, perdones presidenciales e identidades nuevas. En fin, Damascus y Jericho no asumirán ningún tipo de cargo importante, permaneciendo para siempre en el anonimato de una nueva identidad. Ya nada les faltará hasta el fin de sus días y una cierta sensación de melancolía los embarga.

Terminada la reunión, Damascus le pide a Jericho que se encuentren en una plaza no muy lejos de allí para sostener lo que podría interpretarse como una despedida, o al menos así lo siente Jericho, aunque Damascus carezca de estos sentimentalismos.

—Ha sido un placer trabajar contigo, Nathan —alaba Damascus—. Nunca me sentiré completamente a gusto trabajando al lado de alguien, pero si debo elegir un compañero, ese siempre serás tú. Por supuesto, ya no te hará falta.

—¿A ti sí? —pregunta Jericho extrañado—. Yo no tengo ni idea de lo que haré mañana, ni en los días siguientes. Me contenta la perspectiva de descubrirlo, en cualquier caso, ahora que ya no debo seguir huyendo. ¿Tú seguirás huyendo?

—Ni una nueva identidad podrá calzarme como disfraz —reconoce Damascus—. A veces nos parecemos mucho, pero nos separa un detalle fundamental: tú comprendes el significado de la esperanza y lo abrazas. Yo aprendí a vivir sin esperar nada, sin querer nada. Mi única ambición es dedicar mi vida a no dejar que se repitan las injusticias que vivimos, que ningún niño se vea obligado a experimentarlas.

—Entonces, ¿buscarás nuevos objetivos? —interroga Jericho—. No te juzgo. La inactividad no está hecha para ti.

—Sí, tengo en mente algunos objetivos —confirma Damascus—. No he olvidado al amante de Hoover. También comprendo que existen otras formas de castigar a Nixon que no conllevan su muerte. Su naturaleza neurótica me da la facilidad de atormentarlo durante lo que le reste de vida. Sin embargo, cabe la posibilidad de que me aleje de este país por un buen tiempo,

aprovechando las recompensas que hemos recibido. Soy consciente de que volveré y me involucraré en operaciones similares para el Gobierno, siempre y cuando se ajusten a mis demandas. Me acordaré de ti y tendré cuidado de los daños colaterales.

Jericho cree adivinar una sonrisa imperceptible en su rostro. En aquel momento lo aprecia e incluso es probable que lo extrañe, aunque comprende que lo mejor es que sus caminos se separen definitivamente.

—Yo aún no tengo nada decidido —confiesa Jericho—. Pero estoy seguro de no querer involucrarme con la política y alejarme de eso por lo que me quede de vida.

—Mientras descubres lo que harás, puedes comenzar en Nevada —sugiere Damascus—. Idaho tenía una cabaña allí y él quería que tú fueras para dejarte información de su interés. Quizá ya no importe lo que encuentres y pertenezca a un pasado que prefieres olvidar, pero también podrías descubrir algo significativo. Nada pierdes con intentarlo. Conozco la dirección.

Damascus le dicta la dirección en cuestión y Jericho la almacena en su prodigiosa memoria.

—Muchas gracias —expresa Jericho—. Iré hasta allá. No tengo nada que perder, tal como dices.

Sobran las despedidas que no sellarán con abrazos fraternos o apretones de manos. Prescinden de todo eso porque les basta saber que están unidos por una historia común. Sin importar dónde se encuentren, se recordarán el uno al otro como extensiones de sí mismos. No son amigos, pero hasta cierto punto son casi hermanos de un mismo padecer, y ese es un vínculo que jamás se quebranta.

Desierto de Mojave, Nevada, septiembre de 1974

La cabaña se alza en el bosque, tan solitaria y desprotegida que le sorprende la perspectiva de encontrar algo allí dentro, suponiendo que no haya sido saqueada antes. Si no ha sido así es porque esta no cuenta con vecinos próximos a varios kilómetros a la redonda. Tampoco es un lugar óptimo para la caza o algún otro tipo de actividad. La cabaña parece más bien una trampa, en otro tiempo lo sería, o un escondite diseñado expresamente para guardar un secreto.

Jericho la ha localizado tras días de búsqueda, aunque no alberga dentro de sí ninguna expectativa sobre lo que encontrará en ella. Solo siente que es necesario llegar hasta allí y ver lo que se guarda dentro, sin importar su utilidad. Lo fundamental era hacer un viaje que le permitiera ocupar su mente para planificar sus días, y luego de esto se encargaría de decidir cómo pasaría los próximos años de su vida. De esta forma, llegar a aquella cabaña importaba, porque al salir de ella se vería obligado a determinar su destino.

Al alcanzar la puerta, Jericho ve que la cerradura está rota. De alguna forma sospecha que ha sido visitada antes, recientemente. A pesar de eso no parece que los archivos de Idaho hayan sido extraídos, porque no existen pruebas de violencia o saqueo dentro del lugar. Tras revisar unos cuantos baúles, Jericho encuentra un documento que parece fuera de lugar y da pistas para hallar el «Fin de Jericho». Se trata de archivos relacionados con este Proyecto y sus partidarios, tanta información que pudo ser útil durante sus momentos de mayor extravío en pleno cumplimiento de la misión y que ahora se le antojan lejanos o de nula importancia. Aun así, los lleva consigo como un recuerdo de sus años de mayor tribulación. Al voltear una de aquellas carpetas descubre una dirección anotada al lado de un mapa. Una flecha marcada a lápiz indica un punto con la letra L y, más abajo, otra flecha que señala el punto exacto de Nevada, donde se

encuentra con una inscripción que dice: «Ruta de Jericho para encontrar a L».

Jericho no necesitó haber visto nunca su letra. Todo quedaba claro para él en un instante. La huella de Damascus es casi imperceptible al momento de entrar, pero esa nota le confirma que él ha estado allí antes. El corazón le retumba y una gran emoción agita su estómago. Agradece el obsequio que tiene entre las manos: una ruta hacia su destino definitivo para ponerle punto final a su pasado y estar junto a ella, la letra L, que lo ha estado esperando todo este tiempo.

—Gracias, Damascus —susurra Jericho antes de abandonar el lugar—. Gracias a ti también, Idaho.

Epílogo

Localización desconocida, abril de 1976

Le gusta sentarse en el porche, ver pasar a la gente, corresponder a los saludos sin pronunciar una palabra y sentir el frescor de la tarde. Desde adentro le llega el aroma de un delicioso estofado que han estado preparando y su estómago reacciona enseguida, retumbando, deseoso por ser complacido. Sin embargo, todavía no quiere entrar a la casa ni ponerse de pie, sino seguir disfrutando de la calma del vecindario, acompañada por niños que juegan, parejas de ancianos que pasean tomados de la mano y ocasionales coches que cruzan por las avenidas.

—Nathan —lo llama Geraldine poniendo una mano sobre su hombro—. Ha quedado delicioso. Pronto lo serviremos.

La dulce voz de la anciana hace que aparte la mirada del panorama doméstico del suburbio. Su rostro arrugado, su cabellera canosa y su contextura menuda despiertan la ternura de cualquiera, incluso la de un hombre como él, acostumbrado a no manifestar abiertamente sus sentimientos. En el pasado, con el hábito puesto, fue el único símbolo materno de su infancia. Ahora solo tenía el placer de llamarla «madre» todos los días que le quedaban por delante.

—Gracias, madre —responde Jericho—. En un rato entraré.

Geraldine le corresponde con una sonrisa y acaricia su hombro un buen rato antes de introducirse a la casa. Al cabo de un rato se pone de pie y va siguiendo el rastro del olor desde la puerta hasta la cocina. Lilian se encuentra sirviendo los platos para llevarlos al comedor. Al verlo entrar le sonrío y él se acerca para darle un beso.

—Hoy han estrenado una nueva película —anuncia Lilian—. Podríamos ir a verla en la tarde. Se llama *Todos los hombres del presidente*.

—Quizá otro día, querida —responde Jericho afectuosamente posando su mano sobre su cabello—. Hoy quiero estar en casa. Aunque no me llama mucho la atención ese título.

—Solo era una sugerencia —sonríe Lilian—. Hace una tarde hermosa.

—Así es —apoya Jericho—. Podemos salir a caminar un rato. Como prefieras. Yo estoy contento con lo que te complazca. Todo cuanto me interesa está aquí.

A cierta distancia, sentada en una butaca, Geraldine está bordando un tejido. Al escuchar las palabras de Jericho alza la mirada para sonreírles.

—¿Has traído el periódico? —pregunta Geraldine—. ¿O lo dejaste afuera?

—Lo dejé afuera —se disculpa Jericho guiñándole un ojo—. No tardo en traerlo.

Después de darle otro beso a Lilian, corre hasta afuera para buscar el periódico que ha dejado en el porche. Aprovechando la ocasión, sale hasta el buzón para verificar que se encuentra vacío. Se detiene a leer el nombre allí inscrito. Siempre lo hace con un gesto de extrañamiento para recordarse a sí mismo que él es ese «Sherman» al cual el buzón hace referencia. En esas pocas letras se suscribe su nueva vida y lo invade una extrema gratitud ante tanta felicidad. Su estómago lo trae de vuelta a la realidad, recordándole el hambre que siente. Adentro, un delicioso almuerzo lo espera para compartirlo junto con su madre y su esposa.